Joaquín Pérez Azaústre

El querido hermano



EL QUERIDO HERMANO

JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE

Galaxia Gutenberg


© Ricardo Martín

JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE

Nació en Córdoba en 1976 y vive en Madrid, donde obtuvo una Beca de Creación en la Residencia de Estudiantes y se licenció en Derecho por la Universidad Complutense. Es autor del libro de relatos *Carta a Isadora* (Ediciones B, 2001) y las novelas *América* (Seix Barral, 2004), *El gran Felton* (Seix Barral, 2006), *La suite de Manolete* (Alianza, 2008, Premio Fundación Unicaja Fernando Quiñones), *Los nadadores* (Anagrama, 2012, traducida a varios idiomas), *Corazones en la oscuridad* (Anagrama, 2016), *Atocha 55* (Almuzara, 2020, Premio Albert Jovell) y *La larga noche* (Almuzara, 2022, Premio Jaén). Ha publicado los poemarios *Una interpretación* (Rialp, 2001, Premio Adonáis), *Delta* (Visor, 2004), *El jersey rojo* (Visor, 2006, Premio Fundación Loewe Joven), *El precio de una cena en Chez Mourice* (Algaida, 2007), *Las Ollerías* (Visor, 2011, Premio Fundación Loewe), *Vida y leyenda del jinete eléctrico* (Visor, 2013, Premio Jaime Gil de Biedma) y *Poemas para ser leídos en un centro comercial* (Vandalia, 2017). Entre 2012 y 2014 dirigió el festival *Cosmopoética. Poetas del mundo en Córdoba*. Profesor del Máster de Creación Literaria del Grupo Planeta y la Universidad Internacional de Valencia, colabora en varios medios y es director y guionista del podcast *No eran molinos. Clásicos de Literatura Española* en RNE.

La mañana del sábado 25 de febrero de 1939, en Burgos, Manuel Machado recibe la noticia de que su hermano Antonio acaba de morir. Al día siguiente, Manuel y su mujer, Eulalia Cáceres, reciben las

condolencias de sus amigos en la pensión Filomena, donde viven en una habitación desde que, al comienzo de la Guerra Civil, el matrimonio quedó atrapado en Burgos. Obligado a permanecer en la capital del franquismo, Manuel se ha adherido al Alzamiento Nacional, pero poco se sabe de las auténticas razones que lo llevaron a hacerlo y del peligro que corrió su vida. Su hermano Antonio representa la otra España, que seguirá a la República al exilio. Sin embargo, a pesar del riesgo, Manuel decide acudir, por última vez, al encuentro de su hermano.

Con la muerte de Antonio Machado, para Manuel termina un mundo, porque ha perdido a su mayor compañero en la literatura y en la vida. Con un chófer falangista, Raúl, que esconde un secreto relacionado con él, Manuel y Eulalia inician un viaje en coche hasta la tumba del hermano, entre la devastación del paisaje fratricida y sus propios recuerdos junto a Antonio; especialmente, en el París de 1900, con la presencia espectral del último Oscar Wilde, donde ambos encontraron sus identidades poéticas y vivieron historias increíbles.

Con un estilo ágil y sugerente, Joaquín Pérez Azaústre novela con maestría el universo fascinante de Manuel y Antonio Machado. Del Madrid bohemio de su juventud al Burgos de 1939, en *El querido hermano* asistimos al relato de un viaje convertido en revelación moral, con dos hermanos separados por la guerra, pero nunca en el cariño, que encarnan la tragedia de un país, con el fanatismo ideológico frente a las emociones verdaderas.



Esta novela fue galardonada con el XVI Premio Málaga de Novela, concedido el 14 de diciembre de 2022 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján, Alberto Olmos, Ana Cabello y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2023

Imagen de portada: Manuel Machado, 1932

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 978-84-19392-84-8

Para mi hijo Joaquín y mi hermano Eduardo.

Con Gonzalo Figueroa y José Luis Rey.

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

ANTONIO MACHADO

PRIMERA PARTE

1

LA SOMBRA DEL MENSAJERO

Manuel Machado sabe que su hermano Antonio acaba de morir. El sonido de la madera al encajarse se apaga en el portal. Se mira el dorso de las manos, con los dedos extendidos hacia la calle Aparicio Ruiz. Aún es casi de noche. Siente el frío bajo la piel, como si estuviera congelándole las venas; pero sigue inmóvil frente a la puerta cerrada, envuelto en su batín, y ni siquiera piensa en frotarse las manos. No recuerda haberle respondido al emisario de la noticia, pero la pregunta se le incrusta en la garganta, permanece dentro de su cabeza. En ese instante, Manuel Machado es esas palabras. No existe nada, no logra concebir nada más allá de esa información. No duda de su autenticidad, aunque debe verificarla, y durante un segundo cree ver a su hermano arrastrando su corpachón envejecido por una carretera nocturna y acechada, en una procesión de almas en pena convertidas en barro bajo la lluvia. No, no duda de que su hermano Antonio ha muerto. Quizá por eso no ha podido dormir en toda noche y ha bajado desde la segunda planta de la pensión Filomena para estirar las piernas, antes de que todos despertaran. Entonces ha sonado el timbre. Ahora, su pecho es un tambor que redobla hacia dentro. Según le contará años después a su biógrafo, ha sido un cartero quien le ha dado la noticia. Tras entregarle la correspondencia, que ha recibido casi sonámbulo, el hombre se le ha quedado mirando, a la espera de algo indefinido que de pronto estaba entre los dos: le ha preguntado si es pariente de un tal Antonio Machado, sobre cuyo fallecimiento en Francia ha leído algo en un periódico. Es en ese momento cuando la vida se ha parado para Manuel. Permanece frente a la puerta. Comienzan a llegarle tenuemente los sonidos de arriba: si no le cuenta nada a ningún huésped, y sobre todo a Eulalia, durante unos minutos, podrá fingir también ante sí mismo que no ha recibido la noticia. Mientras se guarde dentro su silencio, para la percepción de los demás, su hermano Antonio seguirá vivo. Ese artificio de normalidad, al detener el tiempo, le hace guardar las manos en los bolsillos y encarar los dos tramos de escaleras hasta la habitación que

comparte con su esposa.

Es sábado, 25 de febrero de 1939. Manuel aún no lo ha visto, pero el *ABC de Sevilla*, en la página 18, ha publicado una nota que parece definitiva: *Don Antonio Machado*. «París, 24. Se sabe que ha muerto en Colliure don Antonio Machado, que salió de Barcelona momentos antes de ser libertada. —REPORT». El cartero habrá repartido uno de esos periódicos antes de haber pasado por el número 8 de la calle Aparicio Ruiz, donde está la pensión en la que viven Manuel y su mujer. Al día siguiente, el domingo 26, el propio *Diario de Burgos* relatará en su noticia *Testimonios de pésame por la muerte del poeta Antonio Machado* lo siguiente: «El insigne poeta don Manuel Machado, residente en esta ciudad desde que se inició el Glorioso Movimiento Salvador, está recibiendo infinidad de demostraciones de afecto y de pésames con motivo del reciente fallecimiento de su hermano, D. Antonio, ocurrido el jueves último en París». Pero el día siguiente resulta un horizonte todavía imposible para Manuel Machado cuando apoya la mano en la baranda, muy pulida, por la que parecen haber pasado miles de manos para ir arrebatando a la madera la oscuridad nutriente de su espíritu. Saca la pitillera y se lleva a los labios el primer cigarrillo de la mañana, que también será el último de la noche. En el otro bolsillo guarda el mechero del mismo juego, con un dibujo de adelfas retorcidas y sus iniciales, *M. M.*, grabadas sobre la plata. Se lo regaló en París Rubén Darío. Por un momento detesta su procedencia, niega el recuerdo que le asalta y también otros más felices; pero lo acerca al cigarro y deja que prenda. Sus pulmones arden hasta el estómago. Descarta subir. No quiere encontrarse con Eulalia, aunque seguramente seguirá dormida. Se sienta en un escalón. Pronto bajarán los demás huéspedes. Mira por una grieta de la puerta mientras el humo asciende. Siente un suave crujido en sus cervicales que no le resulta doloroso, como si una almohadilla de arena se removiera dentro de su cuello, y vuelve a repetirse que su hermano ha muerto.

Pero no ha muerto su hermano. Ni siquiera su mejor amigo. Ha muerto su compañero en la literatura y en la vida. En la poesía y la vida. Esto es lo primero que tenemos que entender para alcanzar a sentir el pulso de la escena. No es sólo un amigo, ni un hermano, ni un correligionario mantenido desde su modernismo juvenil. Tampoco es el hombre con el que ha firmado varias obras de teatro durante la dictadura de Primo de Rivera y al comienzo de la República; aunque los más osados creyeran poder diferenciar la parte de Antonio de la de Manuel, dentro de cada obra, casi nunca acertaban. Porque se conocen casi exhaustivamente, se respiran el uno en los versos del otro. Por eso dieciocho años antes, en 1921, cuando el modernismo había muerto, Manuel publicó *Ars moriendi* y decidió retirarse, le escribió a Antonio:

«Dejaré de escribir. Tu poesía no tiene edad. La mía sí la tiene». Antonio respondió: «La poesía nunca tiene edad cuando es verdaderamente poesía, y la tuya lo es». Esta conversación la sostendrán los dos hermanos en otras ocasiones: cada vez que el mayor decida que ha llegado el momento de cortarse la coleta, como él dice, el menor se la recordará. Antonio siempre ha creído que lo mejor de Manuel está fuera de su perfil coplero popular; y que lo menos gastado de sí mismo es también lo más hondo. ¿Por qué lo recuerda ahora?

A la casa de Antonio, en Chamberí, en el primero derecha de la calle General Arrando, número 4, acudía Manuel cada domingo, en sus últimos años juntos en Madrid, antes del comienzo de la guerra, para sentarse con él en la mesa camilla que aún podía ser ocupada en su pequeño despacho-dormitorio —el viejo escritorio espléndido del padre, que conservaba Antonio, pegado a la pared, permanecía cubierto por esas torres babélicas de libros que llegaban al techo—, observados por José, pintor y el más joven de ellos, casi un lazarillo para Antonio que, si ha podido, seguramente lo habrá acompañado hasta el final. Los dos hermanos poetas se reunían para charlar entre risas, recitarse poemas recién acabados y repasar algunas frases de las obras que aún les quedaban por estrenar dos años antes, a comienzos del verano de 1936.

Todo esto lo evoca Manuel Machado entre otros muchos recuerdos que le llegan como estallidos mudos, concentrados en la ceniza mientras fuma en la escalera que conduce a la pequeña pensión Filomena, con apenas seis habitaciones en la segunda planta. Este hombre tiene ya 65 años cuando recibe en Burgos la noticia de la muerte de su hermano Antonio y comprende que, con él, pierde también media identidad, esa otra voz que ahora quedará sin respuesta. Del pasado apenas le queda un ademán, cuando se descubre en el espejo de la escalera, como si se evadiera de sí mismo.

En cada pierna arrastra la pesadez de una vida que desde hace mucho tiempo ya no le resulta frívola ni ligera. No hay gracia en esa forma de inclinarse sobre los peldaños. No tendría que haber bajado sólo con la bata; pero necesitaba salir de la habitación y dejar dormir a Eulalia, porque se ha movido toda la noche, la ha despertado varias veces y al menos el pasillo o la escalera podrían ofrecerle ese silencio, antes de que sonara el timbre de la puerta y el tiempo lo agarrara para siempre del cuello. Eso es lo que siente: la sombra del mensajero, sus palabras fugaces, golpeándole la boca cuando escucha el primer buenos días de la mañana, al abrirse la puerta de la habitación del torero Marcial Lalanda. Marcial se extraña ante la aparición de Manuel, desde la calle, con su batín, pero le sorprenden mucho más sus facciones desencajadas y pálidas y el balbuceo con el que le

responde. En la pensión Filomena, que sarcásticamente Manuel Machado llamó la «Filo Palace» una tarde de tertulia, festejada con una botella de coñac que había conseguido el otro huésped torero, Manuel Fuentes Bejarano, junto a los hermanos periodistas José Manuel y Luis de Armiñán, y Víctor Ruiz Albéniz, era conocida la voz alegre y sonora de Manuel Machado. Pero Marcial Lalanda no le insiste y deja que el poeta regrese a su habitación, mientras lo contempla al detenerse, delante de la puerta, como si le pesara el gesto de empujarla.

2

EL DESPERTAR DE EULALIA

Eulalia observa a Manuel desde el colchón, arropada con un chal negro de lana: el cuarto que hace también las veces de diminuta salita de estar del matrimonio es demasiado frío. Cuando se ha incorporado, al escuchar sus pasos, ha cogido el chal del cabecero de la cama, en el que cuelga un rosario, como un collar de perlas mínimas y oscurecidas por ese roce experto de los dedos en un túnel de años y susurrante plegaria, de invocación a un Dios que le responde y es una presencia sostenida. Pero esta mañana, cuando mira a su esposo, inmóvil, y permanece en silencio frente a él, sin atreverse a moverse ni a despegar los labios, ha sentido a Dios ligeramente ausente, aislado del momento que se ofrece con su pureza fría. Manuel cae en la butaca como si el peso del edificio se cerniera sobre sus hombros y viniera cargando desde la planta baja con ese cielo pálido que amenaza con estallar sobre la piedra de unas construcciones que parecen erigidas desde su yacimiento de roca, como un templo de arenisca y fe. Sin embargo, Eulalia espera. Mira fijamente a su marido, aunque sin impaciencia, y se pregunta qué le habrá hecho salir del dormitorio casi al alba, abrigado sólo con el batín, insuficiente para las corrientes del pasillo. Se ha extrañado aún más cuando le ha visto entrar con la correspondencia en la mano, que no suelta incluso cuando se sienta en la butaca, con los dedos crispados pinzando los sobres. Eulalia siempre se ha fijado mucho en los detalles o ha aprendido a entender a su marido más en los matices que en su conversación; y eso sin hablar de los poemas, que en muchas ocasiones simula no entender. Por eso aguarda: ha esperado siempre, y sabe que la única manera de conducirlo hasta ella es que sea él quien dirija sus pasos, su palabra encendida delante de los otros que se vuelve sumisa en su regazo, con un resto infantil al fondo de los ojos somnolientos.

—Espero no haberte molestado. No he podido dormir en toda la noche.

Eulalia respira antes de contestar y es cuando repara en el timbre roto de su voz.

—He salido para estirar las piernas. Han llamado a la puerta de abajo. Era el cartero. Me ha dicho que Antonio ha muerto en Francia, y sé que es verdad.

Durante un segundo, Eulalia duda. Después se levanta lentamente, porque también ella asume que es verdad, que Manuel lo ha sentido durante toda la noche antes de saberlo. A sus 59 años todavía se mueve con relativa agilidad y se arrodilla delante de él, le coge las manos y se las pega a la cara. No hay sumisión en su cariño, ni postración: en el gesto de acercarse las manos, de calentarlas entre sus mejillas, de besarle los nudillos y los dedos, se concentra un instante el sentir de una vida, la profunda ternura por Manuel que se le reveló al conocerlo, en Sevilla, más de cuatro décadas antes. Entonces entendió, por encima de requiebros con abrupto final, que sólo debía esperar.

Eulalia levanta la vista cuando empieza a percibir el temblor no sólo en sus manos, sino en todo el cuerpo de Manuel. Atraviesa los visillos una luz oscurecida por el cierre de las contraventanas. Es la segunda vez que advierte a Manuel así, tan vulnerable y frágil, como si no estuviera hecho de tejidos y de carne, sino de un papel fino a punto de resquebrajarse. Durante los últimos dos años, en Burgos, desde que se quedaron atrapados allí al comienzo de la guerra, cuando trataron de regresar y perdieron el último tren a Madrid antes de que el Alzamiento llegara a la península, y ya no pudieron volver con su familia, los mayores instantes de zozobra que ha advertido en Manuel le han llegado a través del recuerdo de su hermano. Así, esa ausencia de Antonio se ha ido convirtiendo, poco a poco, en una expresión neutra de silencio o tristeza que antes nunca había entrevisto en su esposo, tan dado a la alegría dentro y fuera de su casa en la calle Churruca, el domicilio madrileño que dejaron atrás cuando se vieron obligados a permanecer en Burgos; o cuando lo conoció, en Sevilla, antes de que repartiera su primera juventud entre Madrid y París. En todos esos escenarios Manuel siempre ha tenido un paso interpuesto entre el sueño y la celebración, aunque nunca llegó a dejar de lado una relativa sensatez en su trato con la realidad: *la tragedia ridícula / de la bohemia*. Desde que llegaron a Burgos y tuvo lugar aquel malentendido peligroso que acabó con Manuel en prisión, y también luego, cuando la lejanía con Antonio, y el resto de su familia, se convirtió en una certeza inamovible, su espiritualidad y su fe se han ido fortaleciendo en ese antiguo rastro de los primeros rezos.

Su esposo se inclina sobre ella y apoya la cabeza en su frente. Es un llanto sin lágrimas, pero le sobrecoge a Eulalia ese temblor. Se levanta con trabajo, de manera que el rostro de Manuel queda cobijado en la blandura de su vientre, liberado bajo el camisón. Le sujeta y luego le acaricia las mejillas.

—Manolo, cariño —le habla muy despacio, en un murmullo—, no puedes quedarte aquí. Quítate el batín, vístete y vete a la Oficina de Prensa. Intenta que te reciba José Antonio Giménez-Arnau. Ese hombre te aprecia o parece que te aprecia. O por lo menos fue la impresión que dio cuando te nombraron académico. En estas circunstancias tan terribles puede ser el único en Burgos con información fiable. Yo mientras no desayunaré, me quedaré aquí esperándote y rezaré hasta que regreses para que acabe esta pesadilla, para que sea una equivocación.

3

EL ÚLTIMO DOMINGO

Manuel Machado sale de la pensión, pasa por el Palacio Arzobispal, deja a un lado la Audiencia Provincial y camina hasta la Oficina de Prensa. El viento helado que rebota en la piedra le refresca las sienes, que siente arder debajo del sombrero. Su ritmo es lento al principio, porque todo su cuerpo le parece una estatua de bronce recién salida de la fundición que fuera a hundirse en la nieve; pero a medida que se va dejando sacudir por el viento frío y áspero, de loma al descubierto, que le airea el poco cabello de los parietales y le desciende por la espalda, sus piernas van ganando dinamismo y antes de darse cuenta está sentado en la antesala del despacho de José Antonio Giménez-Arnau, que todavía es jefe del Servicio General de Prensa. Porque sólo unos días después, en marzo, como recompensa a sus servicios como autor intelectual de la Ley de Prensa de 1938 —que ha convertido el periodismo en un servicio de difusión masiva del Alzamiento Nacional, con medidas absolutas como el nombramiento y el cese de los directores de periódicos o la censura previa de cualquier información contraria a los valores del Estado surgido el 18 de julio—, Giménez-Arnau sería enviado oficialmente a Italia como parte de la misión diplomática de la nueva España. Al igual que su famoso protector, Ramón Serrano Suñer, Giménez-Arnau es un admirador de la Alemania nazi, que visitará los próximos años, llegando a ser corresponsal en Berlín para la agencia EFE y *Arriba*.

Antes de pasar a su antesala, cruzar las piernas y encenderse el octavo pitillo de la mañana, Manuel ya ha podido examinar la noticia tal y como aparece en el *ABC de Sevilla* y está convencido de su veracidad. Pero no sería la primera defunción falsa de la guerra, y antes de dar por muerto a su hermano necesita la confirmación de la máxima autoridad de la Oficina de Prensa. También espera conseguir un coche que los conduzca a París, aunque sólo lleguen con el tiempo justo para velar la tumba de Antonio. Esto último se ha convertido en su obsesión: de la forma que sea, tiene que acudir para despedirse de su hermano. Debe de resultar difícil conseguir un coche y el trayecto

no estará despejado, teniendo en cuenta el éxodo republicano que, como le cuentan, tiene colapsada la frontera, con miles de hombres y mujeres agolpados en las puertas de Francia, a la espera de ser rescatados por una República no ya agonizante, sino inexistente, apenas un fantasma de sí misma. Pero aspira a que sus exaltaciones de la España Nacional, en prensa o radiadas, y su condición de académico de la Lengua desde 1938, le proporcionen el trato de preferencia que requiere para llegar en el menor tiempo posible y despedirse de su hermano.

Manuel Machado aguanta la espera en el sillón que le han indicado. Se repite que viene a pedir y que le conviene ser prudente; pero después de un rato desde que preguntó la primera de las veces, cuando el secretario le respondió, sin mirarlo, con una voz que le pareció gris y monótona, ministerial, ligeramente atiplada, que José Antonio Giménez-Arnau volvería pronto, tanta demora lo impacienta. Sin embargo, siempre ha sido consciente del lugar que ocupa no sólo en Burgos, sino en todos los órdenes o desórdenes de su vida, y no esperaba demasiado de esa primera aproximación. Pero el día es largo o amenaza con serlo y él está dispuesto a mantenerse ahí hasta que haya resuelto lo que ha venido a saber; al menos, la duda o la certeza sobre la muerte de Antonio en suelo francés, y si pueden aclararle algo acerca del estado de su madre, de su hermano José, su cuñada Matea y sus sobrinas, que seguramente viajarían con él. Nada se dice sobre ellos en la información de *ABC* —aunque ninguno tiene la relevancia de Antonio, espera que, si les hubiera pasado algo, su nombre arrastraría a los demás— y por eso, aunque se siente cada vez más desesperado, su mayor urgencia es confirmar qué ha sido de Antonio.

Quizá por su agitado duermevela durante la noche o por la calefacción que adensa el aire, Manuel se arrebuja morosamente dentro del abrigo, todavía con el sombrero puesto, se va reconcentrando en su postura hasta apoyar el mentón en el pecho, con las manos en los bolsillos, manteniendo las piernas cruzadas, en una posición que se vuelve fetal, encogiéndose sobre sí mismo, da varias cabezadas y se queda dormido. Sueña y cree entrever a Antonio en la misma postura antes de espabilar con nuevos bríos y tomar otro café en veladas etéreas con Valle-Inclán, Paco Villaespesa, los Sawa, Rubén y Santos Chocano, en un piso destartalado que parece ser aquel de Fuencarral con paredes azules o quizá es otro, envuelto en brumas líquidas, y ellos no lo son del todo o sus gestos y voces alterados se mezclan con otros que llegaron después, huéspedes también de la pensión o sus hermanos, todos juntos, en su última comida de domingo; pero en su vigilia sigue en aquel piso que le recuerda al de la calle Fuencarral, son jóvenes aún y pueden salir por las ventanas para volver de nuevo planeando con un cigarrillo de oro entre los

labios del que caen brasas doradas, están iniciando una revolución y hasta Juan Ramón ha salido volando de su sanatorio en un Pegaso blanco para estar con ellos hasta el amanecer, la revista *Electra* será un éxito como lo ha sido la versión de Galdós y vamos a echar de sus sillones a Echegaray y a la madre de Echegaray, los poemas que se leen flotan en el aire celeste y los escriben casi a veinte manos mientras cubren el piso de alfombras de ceniza; pero todas las caras se diluyen en su espiral de viento antes de que su hermano le diga que se casa y que su esposa ha muerto en una misma frase, como un relámpago en la oscuridad. Entonces abre los ojos y estira la espalda, con un susurro interno de piezas de dominó que se levantan y endereza el cuello, se recompone dentro del abrigo y mira a su alrededor, como si el día comenzara de nuevo, al descubrir que la mesa del ujier se ha quedado vacía.

Mientras mira hacia el fondo del pasillo, esperando que llegue alguien que pueda decirle cuánto tiempo tardará Giménez-Arnau, le atormenta la evocación de la última vez que estuvo con sus cuatro hermanos. Recuerda que el 15 de julio de dos años y medio antes, en 1936, fue sábado, porque aquel día Eulalia y él tomaron un tren de Madrid a Burgos para pasar con Carmen, la hermana de Eulalia, destinada allí como religiosa de la orden de las Esclavas del Sagrado Corazón, la festividad de su onomástica. Aquel 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, cayó en domingo; así que el domingo anterior, el último que pasó con sus hermanos, tuvo que ser el 9 de julio.

Aquel día, como cada domingo, Antonio y su madre, Ana Ruiz, su hermano José, su cuñada Matea y sus hijas Eulalia —llamada así por la esposa de Manuel—, que tiene entonces 12 años, María, de 10, y Carmen, que ha nacido el año de proclamación de la República y cuenta sólo 5, se han reunido en su casa, en el primero derecha del número 4 de General Arrando, junto a su hermano soltero, Joaquín, dos años menor que José, y Francisco, el más joven, con su mujer, Mercedes, y sus niñas Ana, que ya ha cumplido 19 años, Mercedes, de 18, y Leonor. Leonor, la más pequeña de las hijas de Francisco, es ahijada de Antonio y ha sido llamada así en homenaje a Leonor Izquierdo, la muchacha con la que se había casado en Soria en 1909, fallecida tres años más tarde.

Leonor Machado es una niña de apenas 11 años. Muchas décadas después, tras su océano vivido de rostros borrados con ternura y pérdida abisales, en el homenaje que recibirá en septiembre de 2014 en la terraza acristalada del Café del Espejo, en el mismo Madrid que amaron sus tíos a principios de siglo, tan diferente al de ese desencanto amenazante previo a la contienda, ya cumplidos los 90 años, seguirá recordando el último domingo en que los cinco

hermanos estuvieron juntos, cuando una niña de 11 años los escucha con fascinación; pero no haciendo hincapié en el tono sesudo de la charla tras compartir un cocido, sino en las carcajadas que se suceden frecuentemente, en cuanto comienza la tertulia de los adultos, al otro lado de la puerta.

Imaginemos antes la llegada a esa casa. Aunque en el rótulo de la escalera, en el descansillo, se especifica que estamos en un primero derecha, tras subir dos tramos largos comprendemos que estamos ante un falso primero que en realidad es un tercero. Al entrar nos encontramos con tres habitaciones seguidas que dan al pasillo, con un salón central, en el que se celebrará el almuerzo, un pequeño gabinete y otro cuarto: un dormitorio que es a la vez despacho, con balcón, que ocupa Antonio, y donde se celebrará la tertulia. Como recordará José Machado, la casa está orientada al norte y apenas se calienta. El frío ya es un viejo amigo de Antonio Machado: lo acompañará siempre, hasta su última soledad, como antes lo ha hecho en Soria, en los inviernos esteparios de Baeza, en Madrid y en un París homicida que resultó demasiado húmedo para los pulmones de Leonor. Antonio siempre cobijado en su gabán, que en sus últimos días se irá agrandando mientras él se empequeñece dentro. Antonio siempre con el frío en la espalda, en los riñones, en los pies y las manos al atravesar las madrugadas volcado sobre sus papeles, con la luz de una vela como único calor y la fricción suave de las enaguas en la mesa camilla sin brasero.

Frío, frío en esa casa, pero también calor de los hermanos que se sientan alrededor de la mesa que ha dispuesto la madre, saludándose entre motes —*Antoniarón, Josefarón, Quinaco* y *Brabancio*. El único que no consentirá esa adjudicación, y que tampoco la empleará con los demás, será Manuel, que se queda en Manolo: *No se ganan, se heredan, elegancia o blasón*. Calor de voces que atraviesan el aire con el humo del tiempo y les hacen volar como en el sueño que ha tenido Manuel, hace un instante, mientras espera en la antesala del despacho de Giménez-Arnau, en la Oficina de Prensa del Glorioso Alzamiento Nacional, para saber si es cierto lo que ya sí ha leído en el periódico.

La Leonor Machado que 78 años después evocará esa imagen del 9 de julio de 1936 no puede saber entonces, a los 11 años, porque se lo tratarán de ocultar, que unas placas tectónicas de sangre y destrucción se están moviendo bajo sus pies: sólo un día antes, el 8 de julio, ha sido detenido un grupo de dirigentes falangistas, y dos días después del último almuerzo dominical de los hermanos Machado en la casa de General Arrando, el 11 de julio, otro grupo de falangistas, esta vez sin dirigentes a la cabeza, asalta una emisora de radio en Valencia para emitir proclamas fascistas mientras se cuenta que el presidente del

Gobierno de la República, Santiago Casares Quiroga, en una entrevista, preguntado por los rumores de un alzamiento armado contra su gobierno, ha respondido: «¿Así que me dicen que los militares se van a levantar? ¡Pues yo me voy a acostar!». Nadie confirma la veracidad de la contestación, pero ha llegado hasta nosotros. Al día siguiente, el 12 de julio, el teniente José Castillo, de la Guardia de Asalto, miembro de la Unión Republicana Antifascista e instructor de la milicia de la Juventud Socialista, es asesinado a tiros por cuatro falangistas encapuchados; como respuesta, el 13 de julio, a falta de poder ir a por el líder de la CEDA, el católico José María Gil Robles, que descansa en Biarritz, y tras pedir permiso al ministro de Gobernación, Juan Molés, para hacer «unas rondas nocturnas», un grupo de Guardias de Asalto saca de su domicilio, de madrugada, a José Calvo Sotelo, diputado de Renovación Española que es famoso por sus intervenciones parlamentarias exigiendo al Gobierno de Casares Quiroga la restauración del orden público. La escuadra es liderada por Fernando Condés, un militar insurrecto que se había levantado en el golpe del 34, rehabilitado luego, como tantos otros, por el Frente Popular. Al parecer, Calvo Sotelo se resiste al principio, pero Condés consigue convencerlo de que se trata de una convocatoria urgente ante la Dirección General de Seguridad. A mitad del trayecto, Calvo Sotelo es asesinado. La noticia se extiende rápidamente, así como el rumor de que los autores del crimen son miembros de *La Motorizada*, una milicia socialista madrileña, y que los dos tiros en la nuca se los ha dado Luis Cuenca, conocido por ser el guardaespaldas del líder socialista Indalecio Prieto. Aunque no figura en el Diario de Sesiones —y por lo tanto debe ponerse en cuarentena— tenemos la exclamación de aquellos días en el Congreso de los Diputados, atribuida por Josep Tarradellas y Salvador de Madariaga a Dolores Ibárruri, *La Pasionaria*, contra Calvo Sotelo: «¡Hoy has dado tu último discurso!». Realidad o ficción retrospectiva sostenida por ambos, que una afirmación semejante fuera posible o verosímil y que se materializara unas semanas después da una temperatura del momento.

Por eso aquella niña de 11 años, convertida en una anciana de 90 en el homenaje que recibirá en el Café del Espejo de Madrid, en 2014, como última testigo de aquellas conversaciones entre risas latentes, que ella continuará escuchando al abrigo de inviernos, Leonor, la última de las hijas de Francisco, ahijada de Antonio, que guardará con él cierto parecido al apretar ligeramente la mandíbula y dejar caer los párpados, se emocionará otra vez y exhibirá la fuerza cristalina de sus ojos azules, que seguirán siendo hermosos y guardarán aún la estampa de esa tarde, al evocar a todos los hermanos todavía sentados a la mesa, cuando Manuel les comenta que el domingo siguiente Eulalia y

él viajarían a Burgos, para visitar a su cuñada Carmen.

Leonor recordará las palabras de Antonio: «Manuel, las cosas están muy mal. Hay rumores de golpe de Estado y parecen ciertos. Quédate con nosotros estas vacaciones. No vayas a Burgos». Y Leonor Machado, esa niña que escucha con atención y sin conciencia de estar viviendo un momento extraordinario, aunque lo sabrá más adelante, mucho antes de ser la anciana que nos narre la escena, cuyos ojos azules son el fondo líquido del tiempo y su último fulgor, quizá no recuerde con idéntica nitidez la sonrisa resignada de Manuel, mirando de reojo a Eulalia y encogiéndose de hombros, junto a la preocupación seria en el rictus de Antonio, antes de que los demás estallen en una carcajada que se escucha desde la calle.

Manuel Machado vuelve a oír las carcajadas de sus cuatro hermanos en aquel último encuentro, hace poco más de dos años, como si pudiera acecharlos desde el presente. Se había adormilado y ahora, al desperezarse aprovechando que sigue estando solo en la antesala, advierte que en su evocación le ha faltado una de las risas: la suya, aunque juraría que entonces rio tan fuerte como los demás. Descruza las piernas y sacude los talones sordamente contra el suelo de baldosas negras. Ya ha decidido ir a cualquier otro despacho, entrar directamente y preguntar, porque son casi las dos.

Mientras se va incorporando desde su asiento para ponerse en pie, se dice que a la zozobra por la falta de una ratificación se le une un malhumor que lo incomoda, del que intenta desprenderse al estirar las piernas. Justo cuando recompone la posición del sombrero y se dispone a atravesar el pasillo, escucha unos pasos enérgicos que vienen hacia él. Resuenan con la determinación de quien ha decidido el sentido de su trayecto: porque sabe perfectamente, al contrario que él, dónde está y qué lugar ocupa. Cuando lo ve aparecer y reconoce el bigote muy recortado y la figura esbelta y grácil, flexible como un junco, de José María Pemán, se pregunta cómo no se le ha ocurrido antes acudir a él.

4

VIRGEN DEL CARMEN

Cuando se queda sola, Eulalia vuelve a acostarse y se cubre con las mantas hasta la barbilla. Ese frío sólo se le puede quitar de una manera, pero aún no está preparada: es un corte helado que le cruza la piel y se le incrusta en el hueso, como si lo desmenuzara desde su interior, aunque la sensación de destemplanza que le asciende desde la cadera no se debe solamente al reúma. Esa helada le nace dentro de sí misma y se le clava en el ánimo. Sabe cuándo comenzó: la mañana en que se llevaron a Manuel de la redacción de *El Castellano* con acusaciones vagas, dos meses después de haber llegado a Burgos, cuando pensó que podía perderlo para siempre o que al día siguiente alguien lo encontraría, igual que a muchos otros, muerto y arrojado junto a la tapia del cementerio.

Se dice que debería estar rezando por el pobre Antonio, y lo hará después; ahora mismo, piensa en Manuel. En este momento, mientras frota sus muslos bajo el camisón para reconcentrar el calor que aún resiste en su cuerpo, no logra dejar de verlo derrumbado y aterido en la butaca, tembloroso y ausente, y luego en pie, mientras ella le quita el pijama, como si fuera un niño de 65 años que de pronto ha perdido cualquier movilidad en los brazos, con la mirada ida hacia un lugar extraño que parece esconderse del dormitorio, en la oscuridad cada vez más lumínica que acecha al otro lado de las contraventanas. Prácticamente lo ha vestido ella, porque ha comprendido que su esposo no tenía fuerzas para hacerlo. Le ha descalzado con rapidez: últimamente su bronquitis se ha recrudecido y se ha horrorizado al descubrir sus pies desnudos dentro de las zapatillas. Ha buscado en el armario unos calcetines de lana y se los ha puesto delicadamente. Ha hecho lo mismo con los pantalones, agachándose de nuevo sobre él, que se ha apoyado en sus hombros para introducir las piernas con una dificultad que le ha resultado nueva en él y que le ha recordado, vagamente, la torpeza aparatosa de Antonio en cualquier movimiento cotidiano que no consista en cruzar serranías a paso contemplativo, pero casi con ritmo militar. Le ha abrochado la camisa tras haberle

cambiado la camiseta de tirantes y Manuel ha consentido que le haga el nudo de la corbata sin oponer ninguna resistencia, algo inaudito en él, y ha percibido su olor dormido y cálido, dejado entre las sábanas, al abrocharle el chaleco y la chaqueta.

De nuevo bajo las mantas, vuelve a verse dos años y medio antes, en la estación de tren de Burgos el día 18 de julio de 1936. Han llegado el 15 y han pasado el santo con su hermana Carmen, que es, como ella, prima de Manuel. Así, el 16 almuerzan juntos y pasean por las galerías del convento de las Esclavas antes de ir a misa. Manuel está especialmente simpático, con una especie de brillantez piadosa que no resulta excesiva, en sus observaciones sobre Santa Teresa y San Juan de la Cruz, secundadas por Carmen, que es una lectora voraz y le pregunta por *El divino impaciente*, la obra de Pemán que ella, por supuesto, no ha podido ver representada, pero de la que le han llegado noticias incluso en su reclusión burgalesa; y que Manuel sospecha, por las observaciones que le hace, que sí ha llegado a leer. Entre paseos y comentarios no exentos de ingenio, pero respetuosos, Manolo logra lo que *a priori* a Eulalia siempre le parece imposible, o que no es muy frecuente: esa cordialidad natural de su hermana emergida desde su gesto de gravedad y dureza, un salir parcialmente de sí misma y de los muros en apariencia transparentes de su vocación, pero opacos en su sensibilidad y en su manera de expresarla o compartirla con ellos: porque Eulalia no ha llegado a descubrir, nunca, qué se esconde en ese corazón. Pero cuando concurre la participación de Manolo, que son las más de las veces, a Eulalia le resulta algo más fácil encontrarse con la muchacha que aún guarda dentro de ese cuerpo de mujer, quizá hostigada por la soledad y la penuria de ese frío rocoso, aunque no dé demuestras de ello y les parezca vivificada por la fe. Algo hay en su hermana que atrae a Eulalia irremediablemente; pero esa misma sustancia o su misterio le provoca, a la vez, un rechazo sutil que en un principio nunca identifica, aunque tras unas horas se va solidificando, acaba al despedirse y luego, tras separarse definitivamente, nunca logra explicarse. Se lo ha dicho a su confesor: que, tras haber estado con su hermana Carmen, a pesar de la cortina invisible que parece colgar entre ellas hasta que se despiden, después queda complacida y desea con sinceridad que el siguiente encuentro no se demore tanto, que no tenga que transcurrir, de nuevo, un año más, hasta la siguiente festividad de la Virgen del Carmen, para que los tres vuelvan a estar juntos.

Esa sensación de melancolía súbita tras despedirse de su hermana la embarga nuevamente en el andén, después de tres días agradables, el 18 de julio de 1936 a las ocho de la mañana. En el comedor de la pensión, durante el desayuno, han escuchado rumores acerca de un

levantamiento militar en Marruecos. Han salido pronto, con tiempo de sobra para coger el único tren hacia Madrid. Le ha parecido que Manolo está algo inquieto: aunque ya tienen los billetes de vuelta, ha insistido en ir antes, porque está deseando reunirse en Madrid con su madre y sus hermanos, especialmente con Antonio. Sin embargo, cuando llegan a la Estación del Norte no pueden creer lo que les dice el mozo de equipajes: el tren ha salido con media hora de antelación. Se dirigen a su superior, que es todavía más críptico: no se sabe de quién ha partido la orden, pero había urgencia y el tren se ha ido.

Así que tienen que permanecer en Burgos a la espera del tren del día siguiente. Lo primero es encontrar un lugar para pasar la noche. Vuelven a la pensión en la que se han estado hospedando: afortunadamente, su habitación no ha sido ocupada y nadie la ha reservado. Vuelven a subir las escaleras, dejan la maleta encima de la cama y se disponen a pasar las horas, pensando que al día siguiente podrán coger otro tren. Eulalia razona que con los billetes que aún conservan, seguramente les darán plaza en el próximo. Pero Manuel se queda pensativo, mientras se desabotona el cuello de la camisa y se afloja el nudo de la corbata, antes de encenderse un cigarrillo. Es entonces cuando suelta una frase que Eulalia no va a olvidar nunca, porque se queda suspendida en el aire de la habitación como una grieta en la normalidad.

—Si cortan la comunicación con Madrid, a ver si tenemos que quedarnos aquí.

Al día siguiente se confirma la noticia del golpe de Estado militar promovido desde Marruecos. Burgos acaba de convertirse en una plaza de prioridad estratégica de los sublevados bajo el mando del general Fidel Dávila. En la pequeña pensión Filomena, que tiene seis habitaciones, los nuevos huéspedes ocupan también lechos improvisados en el pasillo, en el comedor y en la escalera. Son militares, toreros, funcionarios, abogados y periodistas que pasaban por Burgos, como el matrimonio formado por Eulalia y Manuel, y se han quedado atrapados allí. Durante los primeros días reina cierta jovialidad y Manuel hasta organiza una tertulia con su viejo amigo de la adolescencia, el actor Ricardo Calvo, y Juan Ignacio Luca de Tena. Pero Manuel, pese a su cordialidad —que anima a Eulalia, algo más pesarosa ante las circunstancias imprevistas—, es consciente de que debe resolver la cuestión económica. Tienen apenas una maleta con varias mudas, un traje más y un pijama para él, y tres ligeros vestidos de verano y un camisón para Eulalia. Todavía les queda un poco de dinero después de los tres días con Carmen y ella podrá prestarles algo, pero las noticias que llegan son desalentadoras: la situación se alarga y necesitan medios para subsistir en Burgos el tiempo que sea preciso.

El martes 25 de julio, una semana después del Alzamiento, Manolo sale temprano de la pensión. Esos días, en los que tanto Eulalia como él no se han cambiado de ropa, todavía se ha podido comunicar con su familia en dos conferencias interurbanas, antes de que sean suspendidas por el Gobierno de la República: incluso ha mantenido una conversación larga con Antonio, al que ha notado muy preocupado. Pero sus fondos empiezan a escasear. Se plantean acudir a Carmen y pedirle un préstamo.

—Eulalia, yo no dudo de tu hermana. Pero necesitamos una solución más permanente.

Con el último dinero que les queda lleva el mejor de sus dos trajes al tinte y ordena que lo dejen impoluto: «Como para una boda», indica. Manda embetunar y sacar brillo a sus botines. Se encarga él mismo de la empuñadura de plata de su bastón y de la diminuta contera. Cuando se cala su sombrero, deja a Eulalia en la habitación sin decirle a dónde se dirige. Da un paseo cordial, sonriendo a todo aquel con quien se cruza por la calle, en la que ya empieza a ser un rostro conocido, hasta llegar al Ayuntamiento. Allí se presenta como Manuel Machado, director de la Biblioteca y Museo Municipal de Madrid, para ofrecerse a trabajar en la Junta Técnica del Estado. Después de pasar por tres despachos, se sienta ante la mesa del cuarto funcionario, superior de los anteriores: es Juan Puyol, jefe de propaganda, con quien recupera su puesto en el Cuerpo Facultativo de Archiveros. La tesorería del Ayuntamiento le adelantará las mensualidades que debería recibir en Madrid, que serán reembolsadas al consistorio burgalés cuando termine la guerra.

Eulalia evoca con una sonrisa de ternura, ovillada bajo las mantas, la indisimulada satisfacción con que volvió Manolo, enarbolando firmemente su bastón, como si hubiera rejuvenecido de pronto.

—Lo importante está hecho. Debes saber también que a partir de mañana comienzo a colaborar en la redacción de *El Castellano*. Me he presentado al director, Francisco Estévanez, para ayudarles gratuitamente. Y como te imaginarás, ha aceptado encantado.

—Pero Manolo, ¡si tú siempre has dicho que no hay que escribir gratis para nadie!

Él sonríe mientras deja el sombrero sobre la mesilla, enciende un cigarrillo y cierra la pitillera de un golpe.

—Nuestras circunstancias han cambiado.

Ella asiente y le coge la mano.

—Pues vamos a empezar por ir juntos a misa todos los días. Y, además, que te vean.

Pero no todo va a consistir, como recuerda ahora Eulalia cuando se levanta de la cama y abre las contraventanas, buscando un hilo de sol,

ni en colaborar gratuitamente en *El Castellano*, ni en frecuentar a su director, Estévanez, o a ese joven y entusiasta periodista que lee a Manolo sus poemas, José María Zugazaga, ni en dar paseos con el padre jesuita José Zameza, que acabará siendo su confesor, hablando de clásicos latinos y de San Agustín, mientras condena la deriva estalinista de la República. Porque tras dos meses de relativa adaptación, aunque con la sombra de la guerra al fondo y su goteo oscuro de pesar, ante el desasosiego de no saber apenas nada ni del resto de la familia que han dejado en Madrid, ya con las comunicaciones telefónicas definitivamente cortadas, ni de su hermano Antonio, del que ya es notoria su involucración cada vez mayor en la causa republicana, el 29 de septiembre Manuel Machado es detenido por la policía y llevado a la prisión de Burgos.

Al recordar su zozobra de aquellos primeros días del Alzamiento, hace casi dos años y medio, Eulalia piensa en la angustia de Manuel. Quizá debería haberlo acompañado a la Oficina de Prensa. Si se confirma la autenticidad de la información y su hermano ha muerto, sólo podrá consolarlo su fe en Dios. Sabe que permanece ahí, intacta: únicamente necesita reencontrar la senda que lo lleve hasta Él. Y ella lo ayudará. Comenzará ahora mismo: Eulalia se hinca de rodillas en el suelo, con dificultad, apoyando los codos en la colcha de punto, y empieza a rezar un padrenuestro por el alma de Antonio.

5

PEMÁN

Cuando cuelga el teléfono y le confirman la noticia que ha leído por la mañana en el *ABC*, José María Pemán aparta los papeles del escritorio y mira por la ventana. Acaba de venir del frente, donde ha animado a las tropas con varios recitales de sus poemas. Entonces piensa: *Joder, otro Lorca*. Recuerda el caos de aquellos primeros meses de la Cruzada y las noticias confusas y alarmantes que llegaban de Granada y Sevilla, pero también desde Madrid, y lo que estuvo a punto de sucederle a Manuel Machado allí mismo, en Burgos. Desde su despacho el cielo le parece un vaho pálido y brillante que pudiera atravesar los muros de piedra. Echa la espalda hacia atrás y se recuesta: por un segundo desea evaporarse y traspasar el cristal que lo separa del frío. Pulsa el botón del llamador y llega su secretario.

—Vete corriendo a la redacción de *El Castellano* y te vuelves con Manuel Machado. Si no lo encuentras, allí pueden decirte dónde está. O prueba en la pensión Filomena.

—¿Y qué le digo?

—Que lo estoy esperando. Y ve ahora mismo. Lo de *corriendo* no era una metáfora.

Vuelve a quedarse solo y piensa en cómo ha sido su relación con Manuel, marcada por aquel primer incidente, que pudo resultar trágico, y la idea que tuvieron después, Eugenio d'Ors y él, de proponerlo como académico. Fue hace dos años. Pemán adivinó lo que podría ocurrirle aquel 27 de septiembre, al descubrir el título del artículo de Mariano Daranas en el *ABC: El comentario de un lírico burócrata*. El corresponsal en París escribió sobre unas declaraciones de Manuel Machado a una periodista francesa que lo había entrevistado en Burgos, con un ataque minucioso a la posición tranquila y cómoda del poeta, despreocupada de las exigencias que impone la contienda en la España Nacional.

En esos primeros momentos, turbios y descontrolados, aquello es suficiente para acabar en la cárcel o con un disparo en la frente. Lo sería también ahora, piensa Pemán, con la guerra casi concluida, pero

ya a nadie se le ocurriría hacerlo; y, menos que a nadie, a Manuel Machado, que comprendió entonces la realidad de las nuevas circunstancias. Saca de una carpeta el recorte de periódico con el texto de Daranas, aunque lo recuerda casi de memoria, porque tuvo que analizarlo, antes, para poder desmontarlo después. Decía así: «Bibliotecario, según creo, del Municipio de Madrid, crítico mediocre, poeta delicado y no exento de gracia y elegancia, Manuel Machado ha departido largamente en Burgos con una mujer de las letras francesas, Mlle Blanche Merris. Por esta escritora nos informamos en el diario *Comedia* de que el Sr. Machado y su señora se han visto «obligados» a prolongar su estancia en Burgos y de «que esto —dice el colaborador y correligionario de Pedro Rico— puede durar, como duró la guerra carlista, cinco años». A lo largo de una conversación que ocupa tres columnas no hubo más referencias a un movimiento que el redactor de *La Libertad* ha tenido la suerte, acaso inmerecida, de contemplar de cerca. La contrarrevolución —la revolución nacionalista— observada en su propia cuna, no ha suscitado entusiasmo, complacencia ni aprobación en este funcionario y periodista del Frente Popular. A la hora en que toda España vibraba y crujía bajo un huracán de sangre y fuego, Machado disertaba en la ciudad del Cid sobre el teatro español y la poesía francesa, no sin cierta egolatría. Por una vez, el eminente lírico y burócrata ha perdido de vista las nóminas del Municipio y del Estado». Así se afilaba el artículo, que en aquellos momentos equivalía al dibujo de una diana sobre la fotografía de Manuel.

La andanada le venía por varias vías: en primer lugar, se ponía especial énfasis en la afirmación de Manuel Machado de que su mujer y él no permanecieran en Burgos, capital del Glorioso Movimiento Salvador, por voluntad propia y orgullosos de hacerlo, teniendo «la suerte, acaso inmerecida, de contemplar de cerca», sino «obligados» por las circunstancias; también en su percepción algo pesimista —y el pesimismo era algo que no se perdonaba— de que la guerra podría ser larga o prolongarse, lo que ponía en duda la fe exigida entonces en la inmediata Victoria. Mariano Daranas, además, lo definía como «colaborador y correligionario de Pedro Rico», es decir: del alcalde del Madrid republicano entre 1931 y 1934, y luego nuevamente, justo antes del Alzamiento, durante el 36, además de diputado de Unión Republicana en las Cortes del Frente Popular, o sea: le estaba atribuyendo una falsa condición de militante del Frente Popular. Y, como remate final, Daranas lo citaba como un redactor del periódico *La Libertad*, que Manuel había abandonado expresamente dos años antes, en el 34, por su viraje hacia la izquierda radical.

Mientras aguarda el regreso de su secretario, Pemán recuerda la precipitación de aquellos tres días: dejando a un lado las inexactitudes de Daranas —aunque tiznadas de su corrosiva mala baba—, como el

nombre de la periodista francesa —se llamaba Blanche Messis, no Merris— y los años que, según él, podría durar la contienda —siete, como la guerra carlista, no cinco— Manolo reaccionaría con un artículo que le publicaría Paco Estévanez en *El Castellano*, en el que con ánimo y firmeza respondía a sus acusaciones. Uno de sus compañeros en la pensión Filomena, el funcionario Miguel Espín, contará que él presenció el momento en que Manuel Machado leyó el artículo de Daranas: relatará cómo se le descompuso el gesto, con un inusitado estupor, extraño en él, antes de encerrarse en su habitación. Podemos imaginar a Manuel Machado levantándose rápidamente de la silla, todavía con ese ejemplar del *ABC* en la mano, entrando en su dormitorio y extendiéndolo sobre la pequeña mesa, junto a la ventana, para comenzar a redactar con celeridad su artículo de exculpación. Tras explicar su situación profesional y que su ideología conservadora le había hecho ser considerado un «derechista impenitente» entre sus compañeros, generándole una escasa «fortuna burocrática después de veinticinco años de carrera de Archivero, Bibliotecario y Arqueólogo» en el Madrid republicano previo al Alzamiento, para las otras acusaciones fue aún más contundente: «Respecto a lo de «periodista del Frente Popular y redactor de *La Libertad*», el señor Daranas debería saber —esto sí debía saberlo él, como periodista— que hace más de dos años dejé yo ese diario, donde sólo ejercía la crítica dramática, cuando vi la orientación extremista, y para mí odiosa, que el periódico tomaba. Y que desde entonces hasta aquí he sido, repetidas veces, objeto de sus más crudos y sañosos ataques por mis inclinaciones derechistas. Yo no tengo en la actualidad otro periódico que «ABC», con cuya ideología estoy plenamente identificado, y con cuyo director me une la más cordial amistad».

Esto era cierto relativamente, o sobre todo en lo relacionado con su posicionamiento actual respecto a la España Nacional y el *ABC*. Pemán lo sabía muy bien, porque siempre había admirado al mayor de los hermanos Machado y había seguido sus publicaciones hasta que se conocieron una tarde en el Café Varela. Por eso estaba al tanto —como cualquiera que lo leyera habitualmente— de los artículos con cariz político de Manuel Machado en su sección *Antena*, de *La Libertad*, en la que acabó marcando claramente las líneas esenciales de su posición liberal. Así, con un cierto temor ante el avance de los partidos de masas en el Gobierno de la República, Manuel Machado se retiró definitivamente de su periclitado socialismo y, dos años antes del comienzo de la guerra, en su artículo *El Gallo ha vuelto*, publicado en *La Libertad* el 18 de marzo de 1934, celebró el regreso del matador y, con él, del esplendor y la gracia de la torería frente a la masa anónima y bestializada de la gente. A Pemán le había gustado aquel artículo no sólo porque también era seguidor de El Gallo, sino porque

solía releer con delectación —aunque no la secundaba— la poesía modernista de Manuel. Pero el artículo que minó su colaboración en *La Libertad*, que no conocía Daranas o había ignorado interesadamente, lo había publicado el 28 de mayo de 1933: «Soy Liberal en arte. Y Romántico en política… Liberal y Romántico, dos grandes palabras que hoy suenan casi totalmente a hueco. El mundo se debate hoy —lejos de toda libertad— entre dos dictaduras: la capitalista y la colectivista, la burguesa y la proletaria, entre el fascismo y el comunismo. Ambas son para mí igualmente detestables».

Respecto al hecho de que tanto su esposa Eulalia Cáceres como él se hubieran visto «obligados» a permanecer en Burgos, también se defendió Manuel en su artículo en *El Castellano* del día 30 de septiembre: «Adrede he dejado para el fin la, para mí más dolorosa de las inculpaciones de Daranas. Yo estoy en Burgos desde el 15 de julio —vine, como otros años por esta fecha a visitar en su día del Carmen a una hermana que tengo monja en las Esclavas del Sagrado Corazón — y aquí me sorprendió la magnífica explosión de este movimiento nacional, que va a salvar, que ha salvado ya, a nuestra Patria adorada. Y desde el primer instante, no ya mi adhesión, mi entusiasmo más ferviente lo acompaña». Así, tras proclamar su entrega fervorosa a la Oficina de Propaganda de Prensa, al *ABC* y al semanario *La Legión*, acababa: «¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva siempre España!».

Sin embargo, a pesar de la inmediatez de su reacción —el periódico la publica el 30 de septiembre—, esa respuesta llega tarde: sólo un día después del artículo de Daranas en el *ABC*, el 29 de septiembre, en la redacción de *El Castellano*, la policía detiene a Manuel.

Pemán piensa en su secretario. Debería estar de vuelta. No puede hacer nada hasta saber dónde está Manuel. Quiere darle él la noticia o corroborársela, en el caso de que ya le haya llegado. Vuelve a pulsar el timbre y espera con impaciencia que alguien le responda.

—¿Sí? ¿Qué mandas?

—¿Dónde está Raúl? Lo envié hace media hora a *El Castellano* a por Manuel Machado. Le dije que se diera prisa y todavía no ha aparecido. ¿Se sabe algo de él?

Tras un silencio, una voz que no reconoce, gris y ligeramente atiplada, le contesta:

—Yo estoy aquí de casualidad por otro asunto y a Raúl no lo hemos vuelto a ver desde que se marchó. Quien sí está abajo seguro es Manuel Machado. Llegó preguntando por Giménez-Arnau, le respondí que vendría pronto y todavía debe de seguir esperando.

6

VIACRUCIS

Raúl corre sobre la nieve con seguridad: si hay alguien que puede cumplir cualquier recado en poco tiempo es él. Cuando llega al vestíbulo de *El Castellano* el bedel lo saluda con un despreocupado movimiento de cabeza, reparando en sus botas mojadas, como prueba evidente de hasta qué punto puede tomarse con literalidad una orden; especialmente, si viene de Pemán. Sin hacer ningún comentario al bedel, que no le pregunta el motivo de su visita y sigue clasificando la correspondencia, pasa a la redacción sin que nadie se fije en él. Mira a su alrededor durante unos segundos, pero no lo ve por ninguna parte. Va directamente al escritorio de José María Zugazaga, con la cabeza sostenida entre las manos, apoyándose en los codos, tan inmerso en el montón de cuartillas mecanografiadas que Raúl da un golpe sobre la mesa.

—¿Pero a ti qué cojones te pasa? —exclama el redactor, tembloroso, antes de levantar la vista.

—¿Dónde está Machado? —le pregunta Raúl, con diligencia.

—Ah, eres tú. Perdona, vaya susto me has dado. Pues no tengo ni idea. Esta mañana no ha venido. De hecho, todos estos artículos para el periódico de mañana, que hay que llevar a la Oficina de Prensa para que los aprueben, los tendría que estar revisando él, que es un lince leyendo en diagonal. Es rapidísimo y no se le escapa nada. Ni un solo texto nos han devuelto de la censura desde que está con nosotros.

—Me imagino que Estévanez —sigue Raúl, escrutando las mesas aisladas al fondo del inmenso salón, donde se encuentra el despacho del director— tampoco sabrá nada.

—Si lo supiera, me lo habría comentado. De todas formas, ve y pregunta si quieres.

Pero Raúl ya ha dado media vuelta y acelera el paso sobre la alfombra.

—¡Espérate, hombre, nos llevas el ejemplar a la Oficina y así me ahorro un viaje!

Cuando la frase sale de su boca, Raúl ya está descendiendo a

zancadas los dos tramos de escalones, antes de empujar el portalón y lanzarse a la calle.

No piensa en demasiadas cosas antes de llegar a la pensión Filomena. Hace frío. Siente su cuerpo tonificado por la carrera. La capa de nieve no es profunda, pero le salpica las rodillas y percibe sus mejillas calientes por el esfuerzo al abrir la puerta del número 8 de la calle Aparicio Ruiz, que alguien ha dejado encajada. Sube las escaleras hasta la segunda planta. Hay una mujer enjuta, con el pelo recogido en un moño gris, limpiando el espejo con bordes dorados de la sala común.

—Por favor, ¿puede avisar al señor Machado? Tengo que verlo urgentemente.

Ella se gira con lentitud mientras alguien abre una de las puertas del pasillo. Una señora con un vestido oscuro, de cuyo cuello cuelga un pequeño crucifijo, hace un gesto leve a la mujer del espejo, invitándola a desentenderse del visitante.

—Buenos días, doña Eulalia —musita el muchacho.

—Buenos días, joven.

Su voz no es áspera por él, sino que parece haber salido de una región inhóspita, como si la nieve estuviera también en ese dormitorio, que a través de la puerta parece demasiado ensombrecido. La luz blanca del día permanece fuera.

—He venido a buscar a don Manuel por orden de don José María Pemán.

Eulalia se fija en la quietud repentina de Feliciana, la criada de la pensión, que, después de una pausa, continúa de espaldas, antes de dar por terminado el espejo y escabullirse por el pasillo.

—¿Se sabe algo de Antonio?

Raúl traga saliva antes de contestar. Le impresiona la dignidad pálida de su rostro.

—Señora, no estoy autorizado a decir nada. Sólo he venido a recoger a su marido.

Eulalia mira al suelo y se frota las manos, como si no pudiera desprenderse del frío que viene desde la calle.

—Mi esposo ha salido hace un rato y seguramente está ya en la Oficina de Prensa.

—Entonces me marcho, señora.

Pero esta vez no le va a resultar tan fácil a Raúl esfumarse escaleras abajo. Cuando está girando sobre sus talones escucha la voz seca:

—Joven, le he hecho una pregunta y le agradecería que me la respondiera.

Raúl se mantiene frente a Eulalia. No ha tenido muchas ocasiones

de cruzarse con esa señora, pero le gustaría bucear más detenidamente en el fondo de esos ojos cansados, que irradian una fuerza relajada, porque ha pasado por trances de dolor y los sabe amansar. Según le contaron, cuando al comienzo de la guerra detuvieron a su marido, Manuel Machado, considerado entonces un poeta del Frente Popular, izquierdoso, decadente, republicano y masón, esa mujer removió Burgos entero hasta que consiguió que lo soltaran. En aquellos primeros días fueron muchos los hombres detenidos sin cargos que acabaron delante de un pelotón de fusilamiento. Y las explicaciones posteriores, suponiendo que las hubiera, ya no le devolvían la vida a ningún muerto. Raúl lo había visto demasiadas veces y se consolaba pensando que en el otro lado sucedía lo mismo, o seguramente peor. La primera vez que vio un cuerpo en una cuneta supo que también él había perdido algo, y que ni siquiera sus victorias en las competiciones juveniles organizadas por la Falange podrían resarcirle del resto de sí mismo que se quedó tirado entre los arbustos de aquella carretera, junto a aquel muchacho de Valladolid cuyo nombre nunca había sabido, con el que había corrido alguna vez, con un boquete rojo bajo en mitad de la frente. Por eso respetaba la historia de aquella señora mayor que se había rebelado contra lo habitualmente inevitable: a través de su hermana, religiosa de la orden de las Esclavas del Sagrado Corazón, del sacerdote Bonifacio Zamora y del jesuita José Zameza, que se convertiría en un buen amigo de su esposo y en confesor del matrimonio, consiguió ser recibida por don Manuel de Castro Alonso, arzobispo de Burgos. Lo que esa mujer pudo contarle acerca de las definitivas creencias de su marido, su renuncia a un pasado mucho menos libertino de lo que difundían sus enemigos o su presente piadoso, con una fe que ya había aparecido en sus poemas incluso en su lejana época parisina, nadie lo escuchó nunca por boca del arzobispo; ni tampoco se ha llegado a conocer con certeza si su intervención, de haberla, fue definitiva o influyó mínimamente en su liberación.

Pero Raúl sí puede asegurar que la tarde-noche del 29 de septiembre de 1936 doña Eulalia Cáceres se personó ante el despacho de don José María Pemán; porque él estaba allí, tras su mesa, organizando el orden de las visitas. Aquellos primeros días eran muchas las gentes que acudían a Pemán en busca de una recomendación, de mejora o de mera sobrevivencia, porque no se sabía quién podía intermediar; y fue él, Raúl, quien la informó de que tendría que esperar. No ha podido olvidar su gesto adusto, transfigurado por una quiebra interna que se manifestaba tenuemente en sus rasgos, aunque lo contenía con su apariencia de serenidad, en el ligero temblor entre las manos unidas. También puede constatar Raúl que, a la mañana siguiente, don José María Pemán visitó a don

Manuel Machado a la prisión, porque fue él quien lo acompañó. Nunca ha sabido de qué hablaron ni las cosas que se pudieron decir, porque no le dejaron pasar a los calabozos y Pemán jamás le ha referido ni el más mínimo detalle de aquella conversación. Durante veinte minutos, permaneció al otro lado de la puerta que conducía a los sótanos, esperándolo.

Raúl recuerda que lo soltaron poco después, tras dos días y dos noches detenido. Volvería a verlo el domingo siguiente, 4 de octubre: esta vez con su esposa, a la salida de la misa de la catedral. Ella lo saludó con una inclinación de barbilla. Cogido a su brazo, el poeta, como él lo llamaba, le pareció entonces un hombre encogido, que andaba con pasos más menudos de lo que le correspondería, como si hubiera disminuido de tamaño.

—Señora, no sé nada. Pero creo que esta vez su marido no tiene nada que temer.

7

LA ESTATUA DEL PASILLO

José María Pemán desciende las escaleras con una agilidad recuperada. Desde que abandonó su perfil más encendido, mitad poeta, mitad monje, recorriendo los territorios conquistados en el Rolls de José Domecq de la Riva, apodado Pepe Pantera, para arengar a los combatientes veteranos entre discursos y declamaciones de los poemas entresacados de su *Romancero carlista* o redactados para la ocasión, y se recluyó en los cuarteles de invierno del Alzamiento en Burgos, un anquilosamiento progresivo y grumoso le ha ido ascendiendo por las pantorrillas, agarrotándole los muslos, lastrando su cadera como si se hubiera solidificado en un asiento con mucha menos acción que burocracia. Hay que ir pensando en la reedificación del Estado sobre el erial dejado tras la guerra, igual que en sus comienzos se había inventado los términos *Cruzada* y *Movimiento Nacional*, que hicieron fortuna hasta convertirse en la nomenclatura oficial y que, unidos a sus discursos en Radio Castilla de Burgos, le habían generado su buena posición en la nueva España.

Llegó a inventarse una leyenda para él mismo que ha funcionado bien: el *poeta-alférez* que siente, canta y vive la naciente Epopeya Nacional. Pero sabe que sólo son palabras, como sus proclamas, y que otros están librando la guerra por él. Y a sus 42 años, las caminatas matutinas o los paseos entre la Oficina General de la Prensa y ese otro despacho que viene a ser su mesa en el salón del Hotel Londres, en el que departe habitualmente con Eugenio d’Ors o cualquier otro poeta bélico al servicio de las tropas de la Liberación, como Dionisio Ridruejo, Luis Rosales o Luis Felipe Vivanco, no constituyen un estímulo suficiente para unas piernas andarinas que él percibe atrofiadas.

En este momento, sin embargo, después de levantarse del escritorio, se descubre desentumecido, mientras baja las escaleras, porque ha descubierto que el hombre al que buscaba está allí mismo. Lo hace muy despacio: sabe que podrá aclarar sus dudas, pero sin ofrecerle una salvación.

Al fondo del pasillo, Manuel Machado parece haberse convertido en una estatua. Está encorvado, como si su abrigo pesara en exceso. Cuando escucha sus pasos, Manuel Machado se incorpora. Pemán se apresura y se aproxima a él, adentrándose en los pozos cansados de sus ojos, y le extiende los brazos.

—Mi querido Manolo.

Ninguno de los dos ha reparado realmente en sus palabras ni ha apreciado el tono de su voz y lo que significa. Sólo con asistir al gesto apesadumbrado de Pemán, Manuel ya ha comprendido que cuanto le dijeron por la mañana y después leyó en la escueta nota del *ABC* es verdad. Ha intentado levantar las manos para recoger las que se le ofrecen, pero no ha reunido la fuerza suficiente y las ha dejado dentro de los bolsillos, en esa oscuridad cálida en la que se encuentran con algunos papeles arrugados —en eso siempre se han parecido los dos hermanos—, el mechero y la pitillera de plata con unas adelfas en relieve, que ahora recorre con las yemas de sus dedos con avariciosa lentitud.

—¿Qué es lo que se sabe?

—No demasiado. Parece ser que ha sido en la desbandada general. Son muchos los miles de españoles que tratan de cruzar a Francia por La Junquera y Portbou. Lo poco que se conoce es confuso. Pero su fallecimiento es cosa cierta. Me dicen que estaba muy enfermo, aunque había logrado llegar a París. Esta guerra es justa, pero nos exige un sacrificio demasiado alto. Mi más sentido pésame, Manolo. Estoy a tu disposición.

Manuel Machado consigue restituir ligeramente la postura, aunque da la sensación de haberse clavado al asiento durante las casi cuatro horas de espera.

—Es posible que mi hermano José y mi cuñada Matea, y quizá también mi hermano Francisco y su mujer, Mercedes, estuvieran con él. Las niñas los acompañarían. O quizá hayan conseguido ponerlas a salvo. No lo sé. Pero es seguro que mi madre estaría con él.

Pemán medita unos segundos. Le pone una mano sobre el hombro, que le parece huesudo bajo el abrigo.

—No sabemos nada de tus hermanos ni de tu madre. Ojalá pudiera decirte más. De todas formas, de ser así creo que también nos habría llegado la noticia, y únicamente se refería a Antonio. En cuanto me lo han confirmado esta mañana he mandado a mi secretario a buscarte. No podía imaginar que estabas aquí todo el tiempo, hasta que me lo han dicho y he venido.

Manuel se recompone, se apoya en los brazos de madera y se levanta.

—Tienes razón, debería haber acudido a ti. Eulalia me sugirió que

Giménez-Arnau podría decirme algo, pero qué iba a saber la pobre. Me ha costado mucho llegar, y ya no he tenido fuerza ni claridad para pensar nada más.

—Giménez-Arnau —le responde Pemán, resoplando discretamente— ya no creo que vuelva por aquí. Lleva toda la mañana con Juan Luis Beigbeder Atienza, al que acaban de nombrar ministro de Asuntos Exteriores. Y Beigbeder ha sido propuesto, a su vez, por Serrano Suñer, porque aquí quien no corre vuela. Ahora mismo tiene que estar celebrando su nombramiento de agregado de prensa de la embajada española en Italia y brindando por Mussolini.

José María Pemán escucha el eco de sus palabras como si estuviera hablándole a una estatua. Le está contando los movimientos de Ramón Serrano Suñer y el nuevo destino diplomático de Giménez-Arnau, pero eso no puede importarle a un hombre al que se le acaba de desmoronar la mitad de su mundo. Recuerda una de las últimas tardes en el Café Varela, cuando se sentó con ellos en la mesa que compartían con Miguel de Unamuno. Fue unos meses antes de la guerra, pero el humo posible ya se respiraba en todas las palabras que empezaban a escucharse dentro y fuera de ellos, con su mecha prendida, como si un ángel negro se estuviera elevando sobre el piano de cola del café.

En aquella ocasión, aún lucía Manuel ese porte medio gitano y medio parisién que él había imaginado leyendo sus poemas, y se mostraba extrañamente confiado ante lo que el futuro pudiera depararles, a pesar de la tensión contenida en las portadas de los periódicos y de los rumores alarmantes sobre las noches en Madrid, con movimiento de armas y disparos en la oscuridad.

La cercanía de los hermanos —también estaba con ellos aquella tarde, como otras muchas, José, el pintor, de menos edad, que no solía separarse de Antonio— parecía proporcionar a Manuel una placidez cálida, una especie de música de fondo que no podían alterar los acontecimientos. Pero en cuanto se sentó con ellos y comenzaron a hablar —él algo intimidado, como siempre, por la cabeza portentosa de Unamuno y su efigie de águila—, comprendió que la misma sensación de sutil tranquilidad que Antonio parecía irradiar sobre Manuel, funcionaba a la inversa. Esos dos hombres habían nacido para estar juntos. Pemán lo volvió a pensar aquella tarde y también las siguientes, ya sin Unamuno, que había acudido desde Salamanca y, como al parecer tenía costumbre, se había pasado por el Café Varela para verlos, departir acerca de poesía mística y quizá superficialmente de política, por alusiones más o menos veladas, mientras no prestaban demasiada atención al pianista. Escuchándolos advirtió, de nuevo, la cantidad de indirectas y sobreentendidos que aquellos dos hermanos podían intercambiar en un solo minuto, mientras el tercero, José,

asistía, igual que él, como un espectador. José había asumido su papel de lazarillo de Antonio con normalidad y gratitud y se mostraba encandilado, sensación compartida por Pemán. Así, en las ocasiones en que pudo estar cerca de los dos hermanos, de la conversación que proponían, como si un túnel invisible de palabras se generara entre ellos y sólo parcialmente, en la apariencia de lo que decían, lo estuvieran compartiendo con quienes se sentaban a su lado, reflexionó que se le habían quedado atrás varias etapas de su formación lectora y que otros podrían haber sido sus versos si los hubiera conocido antes o si hubiera tardado un poco más en comprometerse con la salvación de España. Pero no había habido tiempo, se dijo entonces, de dibujar su juventud con otros trazos, y la divinidad impaciente de su misión se le había impuesto a las posibles nubes o escarceos de su vocación poética.

El hombre que ahora mismo tiene frente a él es muy distinto al que había conocido en el Varela, pero se parece mucho al que se había encontrado, sólo dos años y medio antes, casi al comienzo de la guerra, al fondo de una celda, en la prisión de Burgos. Había pasado la noche encerrado y se le aceleraba el cansancio en las mejillas pálidas, hundidas por la falta de sueño y sin rasurar, y también en el pelo revuelto, a pesar de su esfuerzo por ordenárselo con los dedos. Cuando escuchó sus propios pasos sobre el suelo de baldosas en el corredor del calabozo, con un eco similar al que acaba de oír atravesando el pasillo que lo ha conducido hasta el asiento del que ya se ha levantado con silenciosa dificultad Manuel, supo que iba a encontrarse con un hombre que se estaría batiendo con su propio temor, con ese miedo cárdeno y desnudo que lo habría poseído en cuanto lo sacaron a la calle a empujones y lo condujeron a la prisión, escoltado y a pie, y lo encerraron. Pemán se había indignado cuando le dijeron que Manuel Machado había cubierto andando, a sus 62 años, los cuatro kilómetros entre el edificio de *El Castellano* y la cárcel; aunque, en este instante, cuando evoca aquel momento y sus protestas posteriores, piensa que la extensión recorrida por Manuel la mañana del 29 de septiembre de hace dos años no es nada, o ahora le resulta menos que nada, comparada con la que probablemente habrá tenido que padecer Antonio para pasarse a Francia, a no ser que sus guardianes del Quinto Regimiento le hubieran podido proporcionar un coche.

Manuel, en Burgos, dos años y medio atrás, había hecho el camino hasta la cárcel sin parar de toser. No le extrañó a Pemán cuando se lo contaron, porque conocía su pasión fumadora y la bronquitis que los laceraba, tanto a él como a su hermano Antonio. No le habían explicado los motivos de su detención, porque jamás se daban: ni siquiera ante la peor de las resoluciones, que podía concluir con un

paseo a medianoche o al alba.

Manuel recordaría el artículo de Daranas y la réplica que había entregado a Estévanez para que la publicara al día siguiente. Pero eso dejaba de importar, y Pemán lo sabía, tras la primera noche la celda, con una lámpara de gas en el corredor y la negrura inundando su respiración.

Por eso la primera vez que volvió a verlo, ya fuera de esos muros, sentado con Eugenio d’Ors en el salón del Hotel Londres, supo que estaba ante a un hombre renacido.

8

LA DENUNCIA

Nunca se ha llegado a conocer quién denunció en Burgos a Manuel Machado. Los cargos no existieron, o si los hubo no se han descubierto. En su expediente de ingreso penitenciario nos encontramos sus datos personales: «Manuel Machado Ruiz. Lugar de nacimiento: Sevilla; filiación: hijo de Antonio y de Ana; edad: 62 años; profesión: archivero-bibliotecario; instrucción: tiene; estado: casado; hijos: ninguno; domicilio: vecino de Madrid; antecedentes: se ignora. Se hace constar que ingresa por primera vez. Fecha de ingreso: 29 de septiembre de 1936, procedente de *la calle* —o el periódico, más bien, porque se lo habían llevado del despacho de Estévanez, director de *El Castellano*— y entregado por la fuerza armada». Lo hace en concepto de detenido, a disposición de la autoridad militar y con orden de la superioridad. Siguen las firmas del director y del subdirector de la prisión. Su salida de la prisión aparece al dorso del documento, con fecha de 1 de octubre de 1936: «Es puesto en libertad este detenido en virtud de orden del Excmo. Sr. General de esta División. Se acusa recibo». A continuación, vemos las firmas del director y del subdirector: Emeterio García Juárez, capitán de Caballería, y Carlos Beláustegui Más, del Cuerpo de Prisiones. Es todo lo que sabemos de aquellas 48 horas.

Los cargos no llegan a concretarse, es cierto; pero, durante aquellos primeros días de la contienda, no son necesarios. Tampoco meses después, cuando se asume que la guerra será mucho más larga de lo que los estados mayores de ambos ejércitos han pronosticado. Entonces se da paso a un laberinto de apariencias, insinuaciones malintencionadas, conversiones sobrevenidas y denuncias entre compañeros de trabajo, vecinos y hasta familiares, porque la ocasión es perfecta para hacer tragar una deuda, solventar un escarnio pretérito o presente e incluso reordenar la línea sucesoria de una herencia, con la presunción de culpabilidad por delante para quien no pudiera probar su pureza de sangre ideológica, en un bando o en otro. Por eso, entre el verano y el invierno de 1936, un artículo como el de

Mariano Daranas, en la España franquista, puede equivaler a un fusilamiento.

Nunca las esposas, los padres y los hijos han buscado con más desesperación a sus posibles contactos entre las nuevas jerarquías dominantes, nunca se han desempolvado con semejante fruición los antiguos favores, las viejas o las nuevas amistades y las delicadezas del pasado, como cuando esos miles de mujeres y hombres se lanzan a las comisarías, los cuarteles, las cárceles o los gobiernos civiles con un nombre en los labios o una fotografía. Nunca los cementerios han recibido semejante avalancha de rostros anhelantes cuando, entre la agonía del desconocimiento, alguien ha llegado hasta sus casas y les han dicho, o lo han escuchado en alguna parte, que unos cuerpos han aparecido a los pies de una tapia. Nunca habían pensado que podrían llegar a abalanzarse con un ansia parecida sobre esos amasijos de miembros quebrados y caras inertes para escrutar sus facciones, rotas o desencajadas, con tanta avidez, para comprobar si son de otros, o para hundirse en un dolor que los devorará.

Una de esas mujeres es Eulalia Cáceres. Por eso Raúl la admira, por eso le impresiona su expresión al salir del despacho de Pemán y también es preciso recordarlo: para entender su ánimo. Porque aquí, cuando hablamos de desesperación, nos referimos a la desesperación absoluta que precede a la posibilidad de la muerte. El hecho de que no se haya analizado este episodio, que no se le haya dado importancia o que, en la mayoría de las ocasiones, directamente se ignore cuando se habla o se escribe sobre su papel activo en los primeros años del franquismo, durante la Guerra Civil, es un indicador del rigor y la ecuanimidad con que han sido tratados el perfil biográfico y la evolución ideológica y moral, y no sólo poética, de Manuel Machado. No estoy diciendo que su actitud en Burgos y su entusiasmo lírico por los futuros vencedores se deba a esas dos noches en la cárcel sin saber qué le espera al otro lado de esos muros, qué madrugada fría o qué detonación; pero nadie puede saber lo que le pasa por la cabeza, y él mismo no dejará escrito ningún testimonio de esos días, con sus noches, en la prisión de Burgos. Dos días en los que su mujer, Eulalia, llama a todas las puertas para liberarlo, seguramente porque sabe lo que puede sucederle. Por eso mismo, no tenerlo en cuenta, en cualquier caso, es una manipulación del escenario.

José María Pemán, dos años y medio antes de la muerte de Antonio y con Manuel detenido, mientras acompaña a Eulalia a la puerta del despacho y hace pasar a Raúl, que sigue esperando fuera, piensa que el artículo de Daranas define la intención del autor: es una pena de muerte para ser ejecutada por otros. Se perciben la envidia y el resentimiento habituales en este tipo de acusaciones: «crítico

mediocre» y «poeta delicado» —lo que deja entrever varias interpretaciones—, aunque «no exento de gracia y elegancia», es decir: en algún momento Mariano Daranas lo ha admirado, o de alguna forma reconoce su talento. Pero el impacto en la línea de flotación de Manuel Machado en el Burgos del Alzamiento Nacional se encuentra más adelante, y cada afirmación está marcada a hierro: «La contrarrevolución —la revolución nacionalista— observada en su propia cuna, no ha suscitado entusiasmo, complacencia ni aprobación en este funcionario y periodista del Frente Popular». La andanada ha hecho temblar el suelo bajo sus pies cuando la ha leído esa mañana en el saloncito de la pensión Filomena, con el sudor frío remontando su espalda por debajo de la camisa humedecida de pronto, aunque no acabe ahí: «A la hora en que toda España vibraba y crujía bajo un huracán de sangre y fuego, Machado disertaba en la ciudad del Cid sobre el teatro español y la poesía francesa, no sin cierta egolatría».

Precisamente en eso no yerra el artículo de Mariano Daranas. Manuel Machado ha respondido a esa entrevista a Blanche Messis para *Comedia* como si estuviera en París, no en la capital del Alzamiento; pero ni siquiera en el París de 1936, sino en el de 1899, cuando Manuel Machado tiene casi cuarenta años menos, vive la bohemia de Montmartre con Rubén Darío y Amado Nervo y pasa las noches brindando en Calisaya y la Closerie des Lilas por la nueva poesía modernista que conquistará el mundo, aunque él siempre mirase aquellos entusiasmos con una cierta distancia sevillana, porque ya entonces sabe que otras naves más poderosas han naufragado antes de salir del puerto. Pero ahora está en Burgos, no en París; y no es un muchacho, sino un hombre de sesenta y dos años que ha contestado a esa entrevista como si no supiera, no hubiera querido enterarse o no le importara lo que significa titubear en la adhesión sin fisuras a la España Nacional.

Porque Manuel Machado, efectivamente, ha vivido las últimas semanas refugiado en su animada tertulia con toreros y periodistas, y por tanto relativamente al margen de la persecución que ha comenzado en Burgos el mismo 18, cuando Eulalia y él no pudieron coger el tren de regreso a Madrid, porque había salido con media hora de antelación. Justo cuando Manuel y Eulalia volvían a la pensión para recuperar su cuarto, mientras soltaban la maleta sobre la cama que aún guardaba el calor de sus cuerpos dormidos —porque, aquel 18 de julio, habían madrugado para ir a la Estación del Norte—, en ese mismo instante, la sede de la CNT y el Ateneo Popular, en la calle Fernán González, eran clausurados, con todos sus militantes detenidos, y empezaba la represión.

Sin embargo, Mariano Daranas continúa muy lejos, en París,

dedicado a promover campañas de propaganda a favor del franquismo en todos los medios de comunicación conservadores. Así que alguien habrá puesto su artículo encima de una mesa, en algún despacho, por iniciativa propia o de Daranas. Alguien habrá señalado el artículo a algún alto cargo de la Junta de Defensa Nacional, para que Manuel Machado acabe en la cárcel.

Raúl se mantiene erguido al otro lado del escritorio, frente a José María Pemán, ya sentado en su sillón de cuero, que se pasa la mano por las mejillas cuidadosamente rasuradas, antes de perfilarse lentamente el bigotito. Se le queda mirando, como si no entendiera qué hace ahí, todavía de pie.

—Descansa, hombre. Siéntate.

—A sus órdenes.

—Dime —comienza, mirándolo no como a su asistente, sino con lejanía—, ¿tú sabes algo de Manuel Machado?

Raúl duda por unos segundos, lo que tarda en mirarse la punta de los dedos, que estira y cierra con tensión, porque no está seguro de lo que debe contestar.

—No mucho, mi alférez. Lo he visto algunas veces con los periodistas Zugazaga y Estévanez y también en misa, con su mujer, esa señora que acaba de marcharse.

Pemán asiente y mira por la ventana. El cielo encapotado no termina de abrirse.

—¿Nada más?

Raúl aprieta los labios. Está a punto de comenzar una frase, aunque no se decide.

—Habla con libertad, hombre.

—No sé, mi alférez, algo he oído. Que si es masón, que si es un rojo. Esas cosas.

—Joder, masón y rojo. Lo que le faltaba —farfulla Pemán, moviendo la cabeza, y después vuelve a dirigirse a Raúl—. Pues ni lo uno, ni lo otro. ¿Quién va diciendo eso?

—No sabría decirle, mi alférez. Son cosas que están en el aire.

—En el aire.

—Sí.

Pemán se levanta de su sillón y se estira la guerrera nueva, que le queda impecable.

—Ahora tengo que irme, porque debo asistir a un acto solemne. Pero voy a hacerte un encargo y es conveniente que seas discreto. Quiero que vayas a los lugares a los que suelas ir, con la gente que conozcas, y que estés atento a lo que escuches. Quiero que busques esas cosas, las bajes del aire y me digas quién las va soltando por ahí.

9

EL REGRESO DE ABEL CUBERO

A pesar de la rocambolesca continuación de su involuntaria metáfora, esas *cosas en el aire* cuyo origen debe encontrar, o quizá recordar, Raúl ha comprendido la orden de Pemán. Escucha sus pasos al cruzar el pasillo y sale otra vez a una ventisca que ahora, a pesar de ir caminando muy despacio, le parece menos lesiva, como si su cuerpo hubiera generado un calor más intenso al entender que será más difícil de cumplir de lo que su superior puede imaginar, aunque no por las razones previsibles; o quizá sí lo sabe, o lo supone, y por eso le ha encargado que averigüe los nombres de aquel o aquellos que puedan haber colgado sobre ese hombre, Machado, la sospecha de la desafección. La tarea —llamarla misión le parece demasiado pretencioso—, sería aparentemente sencilla en un cualquier otra parte; pero en esos momentos, el 1 de octubre de 1936, la guerra ha convertido Burgos en una plaza con miles de recién llegados, teniendo en cuenta sus reducidas capacidades de hospedaje, y para cualquiera podría convertirse en un encargo imposible. Sin embargo, no es su caso.

¿Cómo ha sido el proceso, desde los primeros días de la guerra, que ha convertido Burgos en una ciudad superpoblada? El plan del general Mola ha tenido allí uno de sus puntos de partida, en el cuartel general de la VI División Orgánica, para reunirla con otra, llegada desde Zaragoza, cruzar el puerto de Somosierra por la carretera N-I y caer sobre Madrid. Además de la VI División Orgánica, Burgos reúne desde el comienzo de la guerra la 11ª Brigada de Infantería, el regimiento de infantería San Marcial número 22, el regimiento de artillería ligera número 11, el regimiento de caballería de España número 5, la comandancia de la Guardia Civil y varias unidades de la Guardia de Asalto. También hay dos aeródromos: el de Gamonal y el de Villafría. El general Mola, al frente de la 12ª Brigada de Infantería de la División, planea el golpe en su cuartel general de Pamplona.

Burgos no parece un objetivo hostil: la CEDA presume de una gran implantación a través de las organizaciones católicas agrarias y el

Partido Nacionalista Español de José María Albiñana se ha hecho con las calles, en parte porque Falange no cuenta con muchos miembros. Uno de esos falangistas es Raúl, asignado a la Oficina de Prensa tras haber sido herido en el sitio de Miranda de Ebro. Raúl es uno de los voluntarios que sale el domingo 19, a las dos de la madrugada, mientras Manuel y Eulalia duermen en su cama de la pensión, con el grupo que acompaña a la Guardia Civil y la Guardia de Asalto para leer el bando que proclama el estado de guerra. Se teme la llegada de un grupo armado de obreros procedentes de Arija y Reinosa, y otro de mineros de Barruelo de Santullán.

Al día siguiente, el teniente coronel Gavilán toma el gobierno civil y sus tropas controlan la Telefónica y Correos, además de la Estación del Norte y la emisora de radio. Se liberan los presos conservadores de la cárcel de Burgos, se desmantelan las gestoras del Frente Popular y se toma la Casa del Pueblo. En esa ocupación participa Raúl sin disparar un tiro, y cuando arría la bandera republicana alguien le grita que, desde Pamplona, el general Mola, al frente de la VI División, también ha declarado el estado de guerra.

Movilizado para contener la resistencia republicana en Pancorbo, Villadiego y Melgar de Fernamental, Raúl vivirá su peor momento en Miranda de Ebro, que sigue bajo el control de los ferroviarios: la lucha dura un día y Raúl, cuando empieza la anochecida, recibe un impacto en el costado, muy cerca del corazón, que parece mucho más grave de lo que acabará siendo. Pero Abel Cubero, el veterano falangista que no se separa de él, se preocupa por la aparente gravedad de la herida y lo sube al camión que ha llegado con los refuerzos, para que se lo lleve a Burgos: en cuanto la examina, comprende que hay que desinfectar y extraer la bala.

Esa herida libra a Raúl de acompañar al grupo de cien hombres, falangistas y guardias civiles, que parte hacia Somosierra, a 83 kilómetros del norte de Madrid. Tarda un mes en recuperarse y, cuando José María Pemán solicite un asistente, le hablarán de él.

Raúl piensa en la tarea en apariencia sencilla que le ha encargado José María Pemán, que en ese momento está en el salón del trono de la Capitanía General, firme y circunspecto ante la escena que marcará el devenir de España los próximos 39 años: la toma de posesión de Francisco Franco como Generalísimo del Ejército nacional y Jefe de Gobierno del Estado. Pero la calle no parece ser consciente de lo que está ocurriendo en el salón del trono de la Capitanía General, ante la presencia de los demás generales nacionales: entre ellos, Mola, que se ha resistido, y Cabanellas, que lo ha tenido en Marruecos sirviendo bajo sus órdenes y predice que a Franco ya sólo la muerte lo arrancará de semejante concentración de poder. La fotografía indeleble del

instante, tomada en imaginarios tonos sepia, pronto extenderá su colorido pardo y tentacular sobre todo el país, hasta cerrar la mano sobre él.

Sin embargo, la gente no se ocupa de eso —es algo que se espera, porque cualquier bando necesita una cabeza única que se dirija al frente y sin mirar atrás, como Franco en la liberación del Alcázar de Toledo—, pero empieza a angustiarse por la aglomeración que se ha concentrado en Burgos. Son miles los refugiados que siguen atrapados allí, porque no pueden regresar a un Madrid ocupado por los milicianos y el ejército de la República, al haberse cortado los accesos. Es el caso del matrimonio Machado y de la mayoría de los huéspedes de la pensión Filomena y de los demás hoteles, colapsados ante la llegada del numeroso personal militar y administrativo destinado a Burgos por las necesidades bélicas y estructurales del nuevo gobierno, hasta que ya no queda en la ciudad ni una cama vacía.

Quien más nota las diferencias con la ciudad que dejó, solamente dos meses atrás, es Abel Cubero, que ha regresado hace casi una semana de la batalla que se libra en Somosierra. Raúl, en cuanto se ha enterado, ha ido a dar la bienvenida al camarada falangista que lo libró de morir desangrado, porque se las arregló para subirlo a aquel camión en marcha que lo llevaría al hospital militar de Burgos. Después de haber pasado esos tres meses en el frente sigue siendo el mismo Abel Cubero que conoce: ese hombre de unos cuarenta años que lo dobla en edad con un nervio radical en sus planteamientos. Aunque algo ha emergido en él, algo que probablemente ya guardaba dentro, pero que ahora parece haberse apoderado definitivamente de su espíritu: no sólo por su rostro asombrosamente enflaquecido, con esos ojos que parecen en órbita y en una suerte de crispación al acecho, o las facciones huesudas bajo la piel de la mandíbula, con los pómulos más hundidos de lo que Raúl recuerda, sino por ese desprecio con que adorna cualquiera de sus frases al hablar de los que se han quedado en la retaguardia y no han tomado las armas, como él.

—No lo digo por ti, chaval. Tú le echaste huevos y casi te quedas en aquel poblacho.

Raúl asiente, mientras beben unos chiquitos de vino en la apretada barra del bar Cid, ocupado por otros militares que también regresan de permiso y gente de todo pelaje.

—¿Cómo es tu trabajo con el alférez-poeta? Menudo tipo —sigue, mientras mordisquea una aceituna—. Así también hago yo la guerra. Menudo señoritingo burgués.

—¿Lo conoces? —se sorprende Raúl, apurando su tinto y pidiendo otra ronda.

—Claro que lo conozco. Un día vino a leernos sus poesías. Si vieras lo planchado que llevaba el uniforme… Daban ganas de arrastrarlo

por el barro, para que estuviera como nosotros. No me convenció, no me lo creí. Pero a todo el mundo le gustó mucho. Menudo atajo de lameculos.

Raúl va a pagar, pero la mano de Cubero es más rápida y lo agarra por la muñeca, como una tenaza que parece capaz de hundirle el brazo en la barra. Sin embargo, durante un segundo, Raúl le mantiene el pulso: Cubero lo mira con sus ojos a punto de saltar y echar a rodar por el piso del bar, cubierto de serrín, y suelta una sonora carcajada.

—Caray con el gallito, ya veo que has recuperado tus fuerzas. Déjame que te invite, coño, que uno no vuelve de la muerte cada día y tenía ganas de volver a brindar contigo.

—Claro.

—Espero no haberte incomodado con lo que te he dicho de Pemán; pero si te molesta, te jodes. He visto morir a demasiada gente y tengo derecho a cagarme en los que se han quedado aquí. Se ve todo muy bonito desde la barrera, pero hay que bregar.

—No te digo que no —contesta Raúl, asegurándose primero de que nadie a su alrededor los está escuchando, gesto que no pasa desapercibido para Cubero, aunque no dice nada—, pero estarás conmigo en que en una guerra se necesita gente que haga de todo.

—Eso es verdad —responde Cubero, moviendo la cabeza y echándose al coleto el chiquito de vino de un solo trago—. Con quienes no puedo es con los falsos conversos.

—¿Los falsos conversos?

—Sí, joder. Como Manuel Machado. Menudo cabronazo. ¡Si ese tío pertenece al Frente Popular, y su hermano Antonio es un comunista! ¡Hasta fundó en Madrid, en el 33, una asociación de amigos de la Unión Soviética! Y aquí está, tan contento el hijo de puta. Ayer lo vi en la puerta de *El Castellano*. Con otros dos, partiéndose de risa, mientras los nuestros mueren en el frente. Joder, parecía que acababan de salir de la ópera. Y tenías que ver los aires que se daba, lo elegantito que iba… Como si la guerra no fuera con él.

Algo hay en el pasado de Cubero que se le escapa a Raúl, algo quizá escondido en sus días de juventud en Madrid. A veces lo desconcierta: puede perorar como el más malhablado de los hombres, escupiendo cuchillas por la boca, y de pronto es capaz de soltar otro tipo de sutilezas, como si se le escaparan involuntariamente y esa capa hosca y malencarada estuviera escondiendo una verdad más profunda, que se resiste a revelar. Sabe que se afilió a la Falange en 1933 y que se había ganado un trato de confianza con José Antonio. Llegó a Burgos los primeros días del Alzamiento, más o menos al mismo tiempo que los Machado, procedente de Madrid, donde se había ganado una fama de peleador callejero que solía salir bien parado en

los enfrentamientos y que, llegado el momento, no tenía ningún problema en tirar de gatillo. Sabe que es precisamente a él, a Cubero, al único que ha escuchado esos días en Burgos referirse en esos términos a Manuel Machado; pero también recuerda el ardor que le abrasó la piel casi en el mismo instante del disparo, aquella sensación de que una viga hirviente, al rojo vivo, le estaba taladrando la carne del costado. Evoca los brazos de Cubero levantándolo del suelo, echándoselo a los hombros y cargándolo en una carrera que a él le pareció infinita, bajo las balas de los ferroviarios en la toma de Miranda de Ebro. Vuelve a escuchar su voz arrebatada que hizo detenerse al conductor, mientras lo subía al camión.

Raúl entonces se detiene, gira sobre sus pasos y se dirige a la Oficina de Prensa.

10

ANTES DEL FRÍO

La mañana de domingo 26 de febrero de 1939, Raúl abandona la Oficina de Prensa con la orden de conducir a Machado en un viaje incierto, en dirección a la frontera con Francia. Pemán sabe que ya les será imposible llegar al sepelio, porque habrá concluido; aunque no tienen ningún dato, más allá de la certeza de que Antonio Machado ha muerto dos días antes. Sin embargo, desde que él mismo le confirmó la noticia, Manuel se ha mostrado firme en su intención de ir a París, aunque sólo sea para velar la tumba de su hermano. No irá solo: además de Raúl, lo acompañará Eulalia, su mujer.

Sentado tras su escritorio, cuando escucha el sonido de la puerta al cerrarse, Pemán recuerda la impresión definitiva que le había causado ese muchacho dos años atrás: cuando, tras encargarle que averiguara quién estaba vertiendo esos rumores sobre Manuel Machado, o quién podría haberlo denunciado utilizando como argumento el artículo de Daranas, Raúl se había ido a cumplir esa orden el mismo día en que Francisco Franco fue investido de todo su poder como Generalísimo del Ejército nacional y Jefe de Gobierno del Estado español. La ciudad, aquellos días, se mostraba tan efervescente de refugiados que hasta se rumoreaba que Ernesto Giménez Caballero, entre la extravagancia y la genialidad surrealista, había llegado a proponer como solución comenzar unas obras en las torres de la catedral, para distribuir su espacio en habitaciones, tras haber instalado un ascensor.

Vuelve a verse aquel día, regresando a su despacho por la tarde, después de haber asistido al acto de proclamación de Franco en el salón del trono de la Capitanía General. El cielo muestra su penumbra nebulosa, ese gris perlado en las agujas que las coronan y en los cimborrios de esas torres de la catedral que Ernesto Giménez Caballero, según parece, propone convertir en dormitorios con ascensores eléctricos. Si tiene alguna duda sobre la ceremonia sin ornato a la que acaba de asistir, no se lo comentará a nadie: sabe bien que, en esta nueva España, como en la anterior, cada uno es dueño de su silencio y esclavo de sus palabras. Se lo había dicho Franco, en una

ocasión, mientras se tomaban un café con picatostes y hablaban de los términos que definirían el Estado, del lenguaje que le daría forma y de cómo integrarlo en la iconografía de la Cruzada a la que él mismo, Pemán, había puesto nombre, revelando el origen bélico y verbal de un mandato divino.

Seguramente no hay dudas en Pemán, porque en los primeros meses de la guerra, y también dos años y cuatro meses después, cuando ordena a su asistente que conduzca el coche que llevará a Eulalia Cáceres y a Manuel Machado a París —donde, según las informaciones más fiables, ha muerto su hermano Antonio— a través del mapa de carreteras en el norte de la España Nacional, está entregado al liderazgo de Francisco Franco: tanto como Manuel.

Esa tarde de hace algo más de dos años Pemán regresa a la Oficina de Prensa para recoger unos papeles. Pero se encuentra allí con Raúl, aguardando en la misma silla en la que el día anterior ha esperado también Eulalia Cáceres, antes de entrevistarse con él, tras saber que Manuel había sido detenido. Cuando lo ve llegar, Raúl se pone en pie de un salto enérgico y se cuadra delante de él. A Pemán lo sorprende su gesto grave, y con un movimiento de la cabeza lo hace pasar a su despacho.

—¿Ya has averiguado lo que te he pedido?

—Sí, mi alférez.

—Pues adelante.

Raúl mantiene su silencio y Pemán se fija en la tensión que encierran esos ojos.

—¿Qué pasa?

—Mi alférez, esta mañana yo sabía, o ya creía saber, lo que me ha pedido que averigüe. Tampoco tengo una seguridad absoluta. Lo que sí sé es que no puedo decírselo.

Pemán gira la cabeza hacia un lado, achinando los ojos, y se encoge de hombros.

—Entonces, ¿se puede saber a qué has venido?

—A explicarle que si cumpliera con su encargo me traicionaría a mí mismo, mi alférez. Porque al único hombre que he escuchado hablar del señor Manuel Machado en los términos que usted me dijo le debo lealtad. Estoy en deuda con él por razones que no puedo contarle; porque, si se las explico, no le costaría nada identificarlo. He venido a pedirle disculpas y a decirle que estoy a sus órdenes y preparado para cualquier castigo.

Pemán se deja caer lentamente en su sillón, como si unas manos recias e invisibles lo estuvieran sosteniendo y lo ayudaran a acomodarse.

—Bien mirado —comienza, escrutándolo—, quien sea que haya

puesto a Manuel Machado en el foco de la acusación, se ha equivocado completamente: lo han liberado esta mañana. Aunque imagino que lo habrá hecho con el único fin de servir al glorioso Alzamiento Nacional.

—De eso puede usted estar seguro, mi alférez.

—Y estás en deuda con él.

—Sí.

—¿Y por eso te expones a un castigo?

—Así es, mi alférez. Pero también estoy agradecido al trato que usted me ha dado el mes que llevo aquí, y por eso he venido a decirle la verdad.

Pemán deja escapar la vista por la ventana, ya con un cielo totalmente oscurecido.

—Vamos a hacer una cosa. La inocencia de Machado lo ha sacado de la prisión, no yo. Aunque su mujer, Eulalia, sin duda ha contribuido a hacer visible esa inocencia ante quien haya sido preciso. Ahora me preocupa más que cualquier loco, harto de coñac, piense lo mismo que quien lo acusó falsamente, porque se haya creído lo que insinúa Daranas en su artículo o por cualquier otra razón; y que, en mitad del entusiasmo o de la borrachera, le dé por buscarlo y darle una lección. No me gustaría que eso sucediera, porque si algo le pasara a Manuel Machado resultaría nefasto para nosotros.

Permanecen en silencio, observándose durante varios segundos.

—Permiso para hablar. ¿Y qué manda mi alférez?

—A fin de cuentas, lo mío era un encargo, no una orden. Dejaremos correr la identidad de quien lo haya difamado injustamente y no investigaré si esa persona, a la que tú proteges, puso el dedo acusador sobre él, ni tampoco sus motivaciones. Pero quiero que te conviertas en la sombra de Manuel Machado. Aunque seguirás siendo mi asistente, desde ahora lo seguirás, sin que nadie, ni él, lo noten. Respondes de que no le pase nada.

Raúl permanece en silencio y sin moverse. Vuelve a sentir aquella quemazón en el costado y el temblor de la chapa en el camión al que lo ha subido Cubero, cargándolo sobre sus hombros, bajo el tiroteo de los ferroviarios. No sólo está esperando a que Pemán dé ese encuentro por terminado; sabe que ha tenido suerte, y que la sutileza de esa distinción entre orden y encargo es sólo una fórmula de conciliación sobrevenida, porque nada ni nadie le habrían impedido imponerle alguna medida disciplinaria. Por eso se resiste a lanzar la pregunta que le ronda la cabeza desde antes de volver a la Oficina de Prensa, aunque se evidencie en la expresión agudizada de sus ojos, como si estuviera tratando de atravesar las palabras de Pemán para asomarse al fondo.

—Puedes decir lo que quieras, muchacho. Si tienes alguna duda, es el momento.

—No es algo que me concierna, mi alférez. Disculpe si le he dado esa impresión.

Pemán se recuesta. Parece pesarle la acumulación de gravedad de la jornada y por un momento recuerda que, desde ese día, todos tienen ya un jefe supremo.

—No me has dado ninguna impresión, pero yo sí acabo de encargarte una tarea. Y aquí no te vas a poder escaquear con motivos de conciencia que prefiero no conocer, porque como alguien toque un solo pelo de Manuel Machado te mando de cabeza al frente o te pongo a pelar patatas en el comedor de tropa, lo que te dé más rabia. Así que pregunta.

—¿Por qué se preocupa tanto por lo que pueda pasarle a alguien como él?

—¿Alguien como él?

—Mi alférez, usted me ha dado permiso para hablar y eso es lo que estoy haciendo.

—Pues sigue, hombre. No te calles ahora.

—Ese artículo contendría muchas falsedades, como usted dice, no lo niego; aunque también medias verdades. Y por menos que eso se ha enviado al paredón a mucha gente.

—¿Pero es que lo has leído?

—Sí, mi alférez.

—¿Y eso es lo que piensas, que contenía medias verdades?

—Sí, mi alférez. Y la mitad de una media verdad siempre es una verdad entera.

Pemán se reprime la carcajada, porque está demasiado cansado y quiere terminar.

—No siempre, muchacho. Pero dejaremos la filosofía para Ortega, si no tienes inconveniente. Aunque no te falta razón: porque a partir de hoy vas a encargarte de la vigilancia, o de la protección, de este hombre, y tu curiosidad me parece necesaria.

Pemán abre un cajón de su escritorio de un golpe seco, saca un libro y lo deja caer sobre la mesa. El sonido del volumen es compacto entre el silencio de los muros de piedra.

—Cógelo.

Raúl da un paso dubitativo al frente y toma el libro. Lee: MANUEL MACHADO. *PHOENIX*. El título está escrito en mayúsculas rojas. Hay un subtítulo: *Nuevas Canciones*. Al pie de la portada: Madrid. Y también, en letras rojas, *Ediciones Héroe*. La fecha, MCMXXXVI. Y, de nuevo en minúsculas rojas: *Manuel Altolaguirre, impresor*.

Raúl alarga el silencio, como si no supiera qué hacer con un libro

en las manos.

—A ver, ¿no me has preguntado las razones de mi preocupación por Machado?

—Sí, mi alférez.

—Pues ahí la tienes.

—¿Es este libro? ¿Voy a ser la sombra de ese hombre porque ha escrito este libro?

—No. Vas a ser la sombra de ese hombre porque yo te lo ordeno. Pero ya que lo preguntas, y teniendo en cuenta la singularidad de las circunstancias, quizá te ayude saber que es un gran poeta. Uno de los muy pocos que nos van a quedar cuando todo esto acabe.

Dos años y cuatro meses después, el mediodía helado del 26 de febrero de 1939, Raúl sale de la Oficina de Prensa y se dirige al cuartel general de la VI División Orgánica, en cuyo garaje le espera un Bugatti Type 57 con motor de 8 cilindros en línea y doble leva. Con la carrocería azul y negra, llamativo en su línea aerodinámica, como un latigazo de metal en la planicie de las carreteras, podrá alcanzar con él los 190 km/h. Raúl sólo conoce un automóvil que podría superarlo: el Alfa Romeo 8C 2900; aunque no está seguro, y no recuerda ninguna competición en que se hayan medido. Y, si lo ha sabido en algún momento ahora remoto, ya no forma parte de su presente, como ha borrado de su cabeza tantas cosas que lo emocionaban o le concernían antes de empezar la guerra: entre ellas, las carreras de coches, en las que el diseño elegante y la potencia de los Bugatti siempre le habían hecho desear conducir uno.

Al arrancar, el ruido del motor parece provenir del centro de la tierra. Ignora cómo se las habrá arreglado José María Pemán para saber que ese coche estaba ahí, bajo una lona, o a qué teléfonos habrá llamado para requisarlo; pero, mientras la aceleración le sube por las piernas, Raúl descubre que ya está ante la pensión Filomena. Se abren los portalones y aparecen, como dos figuras de cera bajo la nieve, Eulalia Cáceres y Manuel Machado. Raúl lleva en la guantera los salvoconductos precisos para cruzar la frontera y una Astra 300 de 9 mm, además de su Astra 400 reglamentaria, engrasada, en su pistolera. Se dirigen a París, la ciudad en la que los dos hermanos fueron tan felices en su juventud, cuarenta años atrás. El mismo París donde, según las informaciones de las que han podido disponer poco antes de la partida, parece que ha sido enterrado el poeta Antonio Machado. No llegarán a tiempo y su única misión es llevar a Manuel Machado hasta la tumba de su hermano, como lo fue también, por orden de Pemán, protegerlo de cualquier exaltado. A Raúl no le sorprende, pero sí le conmueve, quizá remotamente, su ligero equipaje: llevan una sola maleta, que quizá sea la misma con la que se

quedaron en Burgos hace dos años y medio, al comenzar la guerra, aún con aquella llama del recuerdo del último domingo familiar. Antes del frío.

SEGUNDA PARTE

11

DIRECCIÓN PARÍS

Cuando salen de Burgos, Manuel Machado enciende un cigarrillo. Gira la manivela de la ventanilla y la vuelve a subir, porque el aire que entra le parece de arenisca acuosa y fría. Eulalia, tras un ligero ademán de contrariedad, reacciona con indiferencia a la primera bocanada de humo y tarda poco en cerrar los ojos. No ha querido quitarse el abrigo y se ha acurrucado en él, con la expresión calmada en las facciones, paulatinamente relajadas al adentrarse en el sueño. El conductor, cuando descubre por el retrovisor que la señora acaba de dormirse, le detalla la ruta: seguirán la N-I en dirección norte y encadenarán Vitoria y San Sebastián hasta cruzar la frontera por Irún. Con ese coche, tardarán un día en llegar a París. La carretera por delante está sumida en una niebla pálida que se va disipando ante el corte raudo del automóvil. Manuel observa al chófer en el espejo retrovisor: su rostro le resulta familiar, aunque no sólo por habérselo encontrado en la Oficina de Prensa, cuando ha ido a ver a Pemán, con quien suele reunirse frecuentemente en el salón del Hotel London, al que también acude Eugenio d'Ors. Intenta ubicar su cara juvenil, angulosa y despierta, concentrada en la carretera, con un gesto resolutivo que no parece necesitar segundas oportunidades, y se desentiende de él.

Pierde la mirada por la ventana. Percibe la potencia mecánica del coche y se repite, como si una parte de él no pudiera creerlo verdaderamente, que se dirige con Eulalia a París, su París, la ciudad de la luz desorbitada y las noches con pliegues en sus fiestas galantes, la misma fortaleza del placer que compartió con Antonio cuarenta años atrás. Pero, aquel hombre impetuoso y sensual que entonces estaba comenzando a vivir, de apenas 25 años, ¿se reconocería en este Manuel Machado de 65, casado desde hace casi tres décadas con la prima, entonces tan joven, que había dejado atrás, en Sevilla, cuando decidió que la única peripecia que merecía la pena ser vivida los estaba aguardando, a Antonio y a él, como poetas modernos, en París? ¿Podría aceptarse en este otro hombre, exhausto y aquejado de la

misma bronquitis de su hermano, que ahora cruza en coche la intemperie entre Burgos y París? Y más allá —o además— de los cuarenta años de diferencia entre aquel momento y el presente, si entonces le hubieran preguntado por el porvenir, ¿se habría presentido en esta silueta morosa y encogida que ha terminado siendo? ¿Queda alguna latencia en él de aquel muchacho?

Vuelve a contemplarse en la Gare de Lyon, esperando el tren en el que Antonio llegará a París, con una expectación opuesta al desmoronamiento que le provoca esta visión del paisaje, desolado por la acumulación de penuria tras los primeros combates. Van superando hileras de ruinas que se convierten en una visión en marcha y fragmentaria, mecida entre dos tiempos, a ambos lados del relampagueante Bugatti azul y negro de ocho cilindros —como el conductor le ha explicado— y ante la sucesión de pinos elevados hacia el cielo granítico.

París. Antes de encontrarnos allí con el Manuel Machado refinado y salvaje de 25 años que aguarda a su hermano Antonio en la Gare de Lyon, una tarde de julio de 1899, evocada ahora en el coche por el Manuel Machado de 65, que acaba de salir de Burgos para dirigirse hacia su entierro, del que apenas sabe nada, retrocedamos a cuatro meses antes: marzo de 1899, cuando Manuel decide establecerse en París. ¿Por qué lo hace? ¿Únicamente por su pasión vital, ese deseo de hundirse en la carnalidad del arte? Tratándose de Manuel, bien podría ser: su instinto expeditivo ya le ha descubierto que Madrid —o cuanto aquel Madrid canallesco, devorado por la penuria del regreso de los veteranos tullidos de la guerra de Cuba, puede ofrecer a alguien con su hambre de cenizas y cielo, en sus noches de tascas y figones—, ya no puede sorprenderlo ni revelarle nada.

En marzo de 1899 publica en *La vida literaria* un soneto titulado *Lo que dicen las cosas* que puede hacernos pensar que Manuel ya conoce o intuye la poesía de Verlaine, aquel dios demoniaco o príncipe caído en París tres años antes, después de tapizar con terciopelo de belleza sórdida las catacumbas de la poesía moderna. París es otra cosa. ¿Se lo ha dicho Alejandro Sawa, tras regresar de allí en 1896, el mismo año de la muerte de Verlaine? Es muy posible. Eso está en el aire, en la respiración verdosa de la absenta de las noches futuras. Pero hay otras razones, menos literarias y más poderosas: la muerte del abuelo, el catedrático Antonio Machado y Núñez, ha dejado a la familia en una situación económica calamitosa. La desafortunada y rara muerte del padre, Antonio Machado Álvarez, el primer folclorista español, seis años antes, tras contraer unas fiebres mientras trataba de prosperar como abogado en Puerto Rico, es una historia de oscura redención, con su estudio al límite de los cantos flamencos en su lumbre

despierta, sobre la terquedad de algunos hombres de espíritu largo en la ardua conquista de sus sueños; pero también acerca de la implacabilidad del destino en destrozarlos, a ellos y a sus ensoñaciones. Así, desde 1893, toda la familia Machado —la viuda, Ana Ruiz, la abuela, Cipriana Álvarez Durán, los hermanos poetas y los otros tres, José, Joaquín y Francisco, y las niñas Cipriana y Ana, que morirán con cinco años la primera y la segunda apenas con unos meses— pasan a depender del sueldo del abuelo por su cátedra en la Universidad Central de Madrid. Y cuando muere el abuelo, en 1896, la familia queda al descubierto.

Lo detalla Juan Ramón Jiménez, amigo entonces de los hermanos, con precisión y crueldad telegráficas: «Madrid. Abuela queda viuda y regala casa. Madre inútil. Todos viven pequeña renta abuela. Casa desmantelada. Familia empeña muebles. No trabajan, ya hombres. Casa de la picaresca. Venta de libros viejos. Muere abuela». Florituras modernistas, ovas y nenúfares en ese lago quieto del ocaso, no tienen lugar en este trance. Estamos en la buhonería de la lucha casi barojiana por la vida, en el mercadeo de títulos, en el pan duro en los dientes con cuchillo afilado. No hay romanticismo, aunque Manuel formule en paralelo su estrategia interior, su canto de sirenas de Montmartre con farolas acuosas. Ante el desmantelamiento de la vida familiar, uno de los hermanos más jóvenes, Joaquín, marcha a Guatemala para intentar ganarse la vida como peón y ser, en definitiva, una boca menos en el mantel decrépito de una casa tras otra, encadenando arrendamientos cada vez más baratos. Ese mismo marzo, Manuel viaja a París para buscar trabajo como traductor en la editorial Garnier Frères. Su idea es abrir paso para que se le una Antonio más adelante: no sólo dejar de ser una carga y contribuir al sostenimiento de los suyos en Madrid, sino recibir a su hermano, vivir y escribir juntos, y conquistar la ciudad.

Esa luz se le escapa ahora a Manuel en el horizonte en movimiento, con su cambio constante de tonalidades y registros de lomas y arboledas. Nunca le ha interesado ninguna descripción interior de la naturaleza, al contrario que a su hermano: su alma está dormida, acechante o rugiente solamente en la ciudad, en su canción del alba con las manos sucias tras la flor del encanto y las putrefacciones de la noche. No siempre ha sido así, pero qué importa. Eulalia se deja mecer por el temblor de las ruedas sobre algunos chinos que se disparan contra los troncos en las curvas cerradas, como en una metralla minuciosa. Le tranquiliza la serenidad sobria del conductor, que parece conocer bien la carretera y estar acostumbrado a manejar el vehículo a una velocidad alta. Una parte de él querría pedirle que aminorara: a fin de cuentas, nada va a alterar el desenlace

del viaje unas horas de diferencia. Sin embargo, Manuel siente algo clavado en el pecho, bajo la camisa, una especie de animal con garras invisibles que le presiona dentro de la piel, aterida y feble, y lo apremia en silencio. Así que no dice nada, vuelve a abrir la pitillera de plata con un relieve de adelfas que le regaló Rubén Darío y enciende otro cigarrillo. Humo en sus dibujos en la atmosfera quieta, como a salvo de la fugacidad arrastrada a ambos lados de la carretera, humo como el que se extiende alrededor de la máquina, brillante como un tigre de ébano metálico, del tren en el que su hermano Antonio ha llegado a París la tarde del 3 de julio de 1899, en una Gare de Lyon con las vidrieras azules bajo el sol de la tarde.

12

CALISAYA

Al Antonio Machado que llega a París el 3 de julio de 1899 le quedan veintitrés días para cumplir 24 años. Viene de beberse relámpagos de aguardiente en los cafés líricos más atrabiliarios y neblinosos de Madrid, como el Fornos y el Colonial, o en los cafés cantantes, donde ha escuchado flamenco con no menos de media docena de cañas de manzanilla por noche, como le ha enseñado Manuel, o durante las madrugadas interminables ante el escenario de cancanes castizos del frontón Jai Alai; por eso espera que el paso de su hermano mayor lo guíe entre las callejas de París, donde la noche aún no ha pronunciado su última palabra.

Antes de bajar del tren y fundirse en un abrazo con Manuel, que lo espera desde hace media hora, es posible que Antonio, si hubiese podido escoger, hubiera preferido recibir ese calor tibio de la tarde del primer lunes de julio no llegando a París, entre bosques radiantes, con los manteles abiertos sobre la hierba de meriendas agrestes, sino como Manuel: en la cama minúscula de su habitación del Hotel Medicis con la hermosa Miette, una camarera del Calisaya. Habría pasado la palma temblorosa de la mano sobre sus formas casi exánimes bajo la única sábana, dorada por el brillo que todavía se escurre entre los cercanos jardines de Luxemburgo y el boulevard Saint-Michel. Podría haberla pintado con la vista, podría haberse guardado la estampa en la retina de una mujer tumbada en ese sueño vulnerable, con esos muslos largos de una palidez que apenas es tocada por el sol.

A veces, cuando está sobre ella, Manuel se pierde en sus ojos grises. No es capaz de admitirlo y se guarda el secreto: Miette, perla esmeralda, gema. En el último éxtasis, también el primer trance nebuloso, lo aturde un idéntico mareo, y luego sobreviene una punzada súbita en las sienes. Siente ese escalpelo invisible y húmedo, fugaz, pero también corpóreo en su estallido, cuando se deshace dentro de ella, cuando Miette estira su cuello de cisne, sobre las clavículas marcadas, al borde del colchón, y sus dos cuerpos de pronto le parecen a punto de caer no sobre el piso de madera, sino en una

hendidura más profunda de sí mismo, como una munición que revienta en partículas dentro de su frente al llegar al orgasmo. No es la primera camarera que ha llevado al Hotel Medicis, pero sí la última: desde que ella llegó, hace dos semanas, a mediados de junio, sólo se ha vuelto a marchar para ir, cada media tarde, al Calisaya, donde acudirá poco después. Manuel no ha vuelto a pensar en ninguna de las mujeres que ha dejado en Madrid; ni tampoco en su primita, Eulalia, esa muchacha piadosa con tanta gracia oculta y tanta chispa, como discreción, tanta intensidad como verdad al prometerle que, haga lo que haga, lo esperará en Sevilla. A veces la evoca vagamente, como un recuerdo dulce de lavanda en el saloncito en el que toman café algunos miércoles, bajo la atenta mirada familiar, cuando sale de clase y llega dando un paseo desde la universidad, en la calle de Laraña. Pero nada de eso existe, no ha ocurrido: ahora el mundo es Miette, sus pies menudos al borde del colchón, las pantorrillas prietas con algún moratón y esas nalgas abiertas, extendidas al dormir bocabajo, que son planetas amplios de una harina erizada. Manuel levanta la sábana como si el roce pudiera acariciarle el sueño y entregarla a cierta duermevela, y deja que los haces soleados de la primera tarde la recorran y coronen su espalda en la nuca rubia, donde nace el cabello corto que se riza en las puntas, desmadejado sobre la almohada. Mira el reloj: falta una hora para que llegue su hermano. El aroma asciende lentamente, como un vapor dormido: ese olor tan denso, de un coral salino, que ya es el centro de la habitación. Manuel se contempla fugazmente en el espejo, desnudo mientras vuelve a inclinarse sobre ella y separa sus muslos con las puntas seguras de los dedos, sintiendo ese sudor que es un rocío templado, como si se dispusiera a iniciar una operación al agarrarla por los hombros redondos y muy finos, como aristas de carne marfileña, antes de entrar en ella, abrirse paso y hundirse en sus profundidades.

Mientras está esperando en la Gare de Lyon, Manuel se dice que es posible que Antonio, al entrar en París, se acuerde de su abuelo, que también llegó allí cinco décadas antes, en 1841. Se quedó un par de años estudiando naturalismo en La Sorbona, pero también viajó por Bélgica y Alemania. Cuántas vidas pasadas, qué peregrinación en busca de un lugar en que apagar ese fuego extraño que al parecer arrastran todos los hombres de esta familia —como Joaquín, cuando vuelva deshecho de Guatemala—, dejándose sus restos entre los continentes, como sueños a la deriva que al final sólo encuentran la extinción o la calma, pero en ningún caso el éxito o su alucinación, porque siempre parece haber algo terrible, mucho más poderoso que ellos, que los espera en la última vuelta del camino, arrastrándolos hacia una idéntica escombrera común de entusiasmos y proyectos

masacrados. Manuel lo piensa en el coche, mientras Eulalia duerme, cuando se recuerda a sí mismo esperando ese tren en el que Antonio llegará a París. Qué son cuarenta años antes o después, qué significa ese guiño azulado de la posteridad, si ahora el tiempo no le parece líquido, sino gaseoso, cuando el conductor aprieta el acelerador y el paisaje se borra en su retina, y cómo puede Eulalia continuar sumida en esa placidez. No sabría decir si durante ese momento de hace una eternidad —o ese momento que ya es la eternidad, despojado de toda limitación cronológica— mientras aguarda la venida de Antonio, le sobreviene o no la evocación del abuelo en la misma ciudad; pero, mientras las nubes grisáceas parecen empujarse en el firmamento encapotado, a Manuel le parece que esos dos instantes son el mismo, que es un mismo momento ese que están viviendo Antonio y él, al abrazarse, tras bajarse del tren, y también el presente, cuando es Manuel quien se dirige a París, cuarenta años después, para llegar al entierro de Antonio. Y que seguramente todos esos hombres, ellos mismos, su padre, muerto tras enfermar en Puerto Rico buscando la fortuna, después de haber fracasado con todos los gobiernos en sus intentos de crear una cátedra de folclore, o su abuelo, ese naturalista que fue el introductor de Darwin en España, como los precedentes, los vivos y los muertos, con todos esos viajes y esta perduración de ilusiones perdidas, se acechan y acompañan, porque se reconocen.

¿Los recordará Miette? Está al otro lado de la barra cuando los ve entrar. Identifica a Antonio, porque va con Manuel y es exactamente como se lo ha descrito. Alto, con una suerte de corpulencia lánguida, cubierto por una chaqueta de lino arrugada, pero elegante, que le cuelga por los costados y lo hace parecer más voluminoso. Le llama la atención el contraste entre los hermanos: en contraposición a la pesadez que parece arrastrar Antonio, con sus zapatones, como un *clown* melancólico que se hubiera limpiado el maquillaje de la cara, el traje con chaleco entallado de Manuel, con una capa que echa hacia atrás, sobre los hombros, mientras avanza por los estrechos pasillos entre las mesas. Ve pasar a los dos hermanos envueltos en la atmósfera de humo y gritos del Calisaya, que hoy parecen haberse concentrado sobre la mesa redonda de Jean Moréas. Manuel le guiña un ojo y Miette sonríe: le gusta el porte de su figura y su manera de desenvolverse. Sin embargo, se queda fascinada por el fuego dormido de los ojos de Antonio, pese a ese despiste algo aparatoso, como si anduviera entre miniaturas y temiera romperlas con su respiración.

Hay algo grande en él, en su constitución de paquidermo que no ha nacido para la confrontación, por más que sea consciente de la fuerza que guarda en sus movimientos. Está acostumbrada a catalogar a los hombres por sus expresiones, al descubrirla tras la barra,

preparando unas bebidas, o sirviendo las mesas, y puede interpretarlos con sólo un parpadeo. Por eso le sorprende lo que ve y, por un instante, algo en el hermano de Manuel la transporta fuera del bar, de los cánticos y del olor potente de vapores etílicos, algo que la alerta primero y después la calma: porque Antonio es como Manuel le ha contado. Eso atisba Miette en la mirada fugaz que se cruzan, lo que le da a entender que Manuel ya ha avisado a su hermano sobre ella, por su manera de contemplarla, con un embelesamiento que se corta, para después hundirse en el espectáculo del Calisaya. La ha mirado solamente un instante, con una intensidad que la atraviesa. Hay algo impredecible dentro de ese hombre, algo poderoso y duradero que todavía no se ha desvelado cuando se inclina torpemente sobre Moréas, como si fuera un rey griego. Jean lo abraza y le da dos sonoras palmadas en la espalda antes de hacer lo mismo con Manuel.

Miette se fija en el hombre que contempla la escena desde el diván más alejado, al fondo, y le extraña que no se haya unido a la mesa de su amigo Moréas, o que Moréas lo haya dejado solo. Es todavía más grande que el hermano de Manuel y hay algo heroico en esa majestad caída, desmoronada dentro de sí mismo, hacia un abismo que parece otearse en sus ojos de refinada tristeza, pero con un brillo que se resiste a rendirse, aunque haya sido despedazado por sus enemigos. Miette coge la bandeja, con copas y una botella de champán, y atraviesa el salón rojo del Calisaya hasta la mesa de Oscar Wilde.

13

WILDE

Ya han entrado en los bosques frondosos de Vitoria cuando Eulalia despierta. El coche avanza raudo y va dejando atrás las arboledas de tilos y plátanos de sombra. Acurrucada dentro del abrigo, observa el cigarro que acaba de encenderse Manuel. Percibe la atmósfera cargada, con el aire grisáceo y denso entre los dos, y comprende que su propia dificultad para respirar la ha despertado. No le sorprende descubrirlo tan abstraído cuando baja la ventanilla, sin que Manuel lo advierta. La humareda se retuerce sobre sí misma cuando comienza a salir del coche. Entonces se detiene en la expresión de Manuel, que la contempla sin verla, como si no fuera consciente de que su mujer ha abierto la ventanilla tras despertar y advertir que lleva todo el viaje fumando. Eulalia tiene la sensación de que los pensamientos de Manuel también están alejándose, que ya se han integrado entre brazadas silentes e interiores en ese mar grisáceo que sale del Bugatti por la ventanilla para perderse en los ramajes de los bosques borrosos.

Antes de que Eulalia vuelva a entornar los párpados, siguiendo el vaivén agitado del coche, Manuel ya se ha deslizado fuera del vehículo, nadando entre las aguas sonámbulas del humo y sobre los troncos de amplias copas, sucedidas a la velocidad del cinematógrafo, con un único espectro de cuerpo gigantesco, derrengado sobre sí mismo, casi tumbado en el diván de peluche carmesí desde el que los mira, al alejarse en el coche, entre ruinas de guerra, hacia otra realidad: pero no la de ahora, que está viviendo Manuel en su retina sin tiempo desde su asiento en el coche que los lleva a París. Porque Manuel Machado ya no está allí, ni tampoco en el paisaje de tilos y de plátanos de sombra, sino en el Calisaya, cuarenta años más joven, divirtiéndose con la sorpresa de su hermano al descubrir que quien los llama y los saluda desde su velador es Oscar Wilde.

Desde que se ha bajado del tren, Manuel ha vuelto a ver París por primera vez a través de los ojos de Antonio. Lo ha hecho en la luminosa Gare de Lyon y también al subir a su cuarto, en el Hotel Medicis, para dejar allí la maleta de Antonio, que se ha asomado con

ansiedad nerviosa a la ventana que da a los jardines de Luxemburgo. Manuel la ha abierto para ventilar la habitación, pero sigue encontrando rastros de Miette en las arrugas de las sábanas y en un regusto final en el ambiente, salino y denso. Antonio ha escuchado absorto, con un embelesamiento adormilado que se le ha despejado en cuanto ha cruzado el umbral del Calisaya, que ese hotel fue también el de Verlaine durante cinco años, poco antes de morir para que Alejandro Sawa lo pudiera velar íntimamente, y también publicar una sentida crónica sobre su acabamiento. Aunque, desde el punto de vista práctico, lo más interesante del hotel es que sólo queda a un cuarto de hora de la casa editorial Garnier Frères, donde Manuel lleva tres meses trabajando y Antonio se incorporará justo al día siguiente, el martes 4 de julio.

Manuel le habla mientras Antonio apoya las manos grandes, con los dedos delicados y largos, en el alféizar, aspirando el aire del atardecer de París y dejando caer su corpachón hacia delante con cierta ansiedad, como si quisiera salir por la ventana y sobrevolar el boulevard Saint-Michel de la misma manera en que los pensamientos de su hermano abandonarán el coche que los conduce a París, por la ventanilla que Eulalia abrirá cuarenta años después, el 26 de febrero de 1939; pero de pronto están en el Calisaya, el famoso bar de los 132 cócteles donde tiene su tertulia Jean Moréas, y Antonio queda embobado ante el mostrador interminable de caoba, con una barra de cobre donde una multitud se agolpa con los codos sobre el filo o en los altos taburetes con los asientos de rejilla. La muchacha rubia que prepara una bandeja, con el pelo algo corto levantado en las puntas y unos ojos inmensos, parece sonreír con la mirada a su hermano; aunque Antonio percibe que también ha reparado en él, porque sus miradas se mantienen suspendidas unos segundos elásticos, mientras flotan entre las humaredas y por el vocerío, sobre ese mismo olor de humedad penetrante y fermento en el suelo de madera que vibra bajo sus pasos inseguros. Antonio es un planeta recién aterrizado en un sistema solar y va desentrañando el sentido de varias órbitas hasta que, de pronto, se descubre a sí mismo en la mesa del sol crepuscular.

Oscar Wilde mira a Antonio Machado desde sus ojos ovalados y tristes, aunque sonríe al estrechar la mano de Manuel como si fueran viejos compañeros en la hora verde del día, cuando el ajenjo fluye en cada copa y sus vapores arden desde el fondo del vaso. No representa el figurón con oropel recibido en las grandes casas de París, ya no es el autor de una novela, *El retrato de Dorian Gray*, convertida en el alma parisina y vibrante —la sofisticación es bucear en el lado salvaje de uno mismo— tras recorrer Europa, Canadá y Estados Unidos; sino un hombre de 44 años que ya ha sido expulsado de Inglaterra y al que sólo quedan dieciséis meses para morir, de una meningitis, no lejos de

allí, en el Hotel d'Alsace.

Sólo cinco años antes, en 1895, la vida se le parte cuando John Sholto Douglas, noveno marqués de Queensberry, le envía una carta —que antes ya ha sido puesta en circulación en los salones de todos los clubes londinenses— acusándolo de sodomita por tener tratos con su hijo, el efébico rubio y barbilampiño lord Alfred Douglas. Animado por Alfred, al que nada le importa la cascada de desgracias que su capricho acarrea en las vidas ajenas, Oscar denuncia al marqués por calumnias. El padre es declarado inocente, pero al acusador se le acusa de sodomía, con una sentencia diferente: Wilde es condenado a dos años de trabajos forzados, período que concluirá en la cárcel de Reading, donde escribe *De profundis* y *La balada de la cárcel de Reading* y también aprende a vivir de rodillas. Se ha buscado ejemplificar con su condena, y su nombre y su obra son barridos.

Al salir, se reencuentra con Douglas en Nápoles y vive con él unos meses. Se despiden y se instala en París, solo, de donde no saldrá. A partir de aquí, sobreviene en la historia un doble cambio de nombres: tras el escándalo y la vergüenza en Inglaterra, su mujer, Constance, que no se divorciará nunca, sustituye el apellido Wilde por Holland; el cambio afecta a sus hijos, a los que Oscar jamás volverá a ver. También él oculta su nombre: se inscribe con más facilidad en los hoteles como Sebastian Melmoth, aunque todo el París literario lo conoce; sobre todo el lumpen, con el que se confunde en la noche de los cabarés. El Sebastian Melmoth que estrecha la mano poco firme de Antonio Machado en el Calisaya aún no sabe, porque es imposible, que su hijo mayor, Cyril —de apellido Holland, desde que la condena a su padre por ultraje contra la moral pública se cernió sobre su nombre— morirá todavía bajo el recuerdo de ese oprobio, y que también lo hará, como él, sobre suelo francés, en la Gran Guerra. Tampoco puede adivinar Oscar, tras fijarse en el fondo de fuerza ensimismada en los ojos de Antonio, que su hijo pequeño, Vyvyan Holland, que tiene sólo 11 años cuando su padre lo abraza por última vez, será abogado y traductor, sí; pero también escribirá poemas y relatos. Y en 1954, a la edad de 68 años, publicará un libro de memorias que se titulará *Hijo de Oscar Wilde*.

Mucho antes de eso, o quizá en el mismo instante de azar y eternidad del Calisaya, Oscar Wilde mira profundamente a Antonio, que se sienta algo aparatosamente sin acertar a quitarse la chaqueta y ponerla en el respaldo de la silla, como sí hace Manuel con la capa que dobla sobre su brazo en un movimiento rápido. Antonio, por el contrario, trata de acomodarse sin desprenderse de la chaqueta, que parece engullirlo sobre el asiento. Wilde le habla a Manuel en un francés que a Antonio le cuesta mucho trabajo seguir: no sólo por su acento británico, sino por su escasa práctica, que mejorará los meses

siguientes. Tras saludarle con una inclinación de cabeza, les cuenta una historia entre divertida y esotérica, dramática y fatal, pero también festiva, sobre la sortija de oro, con una gran piedra verde, que luce en el dedo meñique de su mano derecha.

—Esa hermosa sortija es una maldición —comienza, mientras la muestra bajo la luz cobriza de la lámpara—. Perteneció a un rajá de Madhya Pradesh, en la India. Los soldados de la reina Victoria arrasaron su mundo cuando se rebeló en el motín de los cipayos, en 1857. Le despojaron de toda su fortuna y lo ahorcaron. Su primogénito murió durante la defensa del palacio; pero el menor, que entonces tenía solamente 11 años, logró llegar a Inglaterra, donde lo conocí. También murió asesinado por un asunto turbio, una deuda de juego no aclarada nunca… Unos días antes, un mensajero me trajo un paquetito: era la sortija. Yo se la había ponderado por su belleza y le había dicho que me encantaría disfrutar de una pieza semejante, pero el segundo hijo del rajá me advirtió sobre su condena: porque el poseedor de esta sortija, amigos míos, siempre será desdichado. Y no se puede tirar, ni regalar, a no ser que sepas que tu muerte se acerca… Sólo te librarás si la pierdes, pero ha de ser involuntariamente… Cuántas veces he soñado que me sucedía, y cuántas veces he despertado para descubrirla aún en mi dedo, o sobre la mesilla de noche. A mí me la envió él, como recuerdo, cuando sabía con certeza que iban a matarlo: casualmente, una semana antes de que yo recibiera la misiva del marqués de Queensberry, el padre de lord Alfred Douglas, mi Bosie, de cuya fatal y dulce historia conmigo los supongo enterados en España, ya que se ha publicado en todos los periódicos de Europa…

Manuel le responde algo que Antonio no llega a distinguir, entre el ruido salvaje del Calisaya, pero también alucinado ante la fascinación o ese halo de bruma y de tristeza que parece emanar, en un humo rosáceo, de las palabras de ese hombre, como exhaladas por una larga pipa imaginaria que un poder maligno está rompiendo en pedazos. Antonio continúa dentro de la historia del rajá y se pregunta qué destino camina ahora mismo a su lado sin saberlo, si cada uno de ellos lleva una sortija invisible, y también su condena.

—Por cierto, querido —sigue Wilde, dirigiéndose a Manuel, pero mirando a Antonio—, no me habías dicho que tu hermano también es poeta. ¿Que cómo lo sé? Esa clase de llamas en sus ojos no es de las que se apagan.

14

LA HORA VERDE

El ajenjo o la absenta: el hada verde. Emana desde el sueño de cristal en la copa, se encrespa entre los brindis con su espectro danzante, aceitunado y envolvente. Eso es lo que le parece a Antonio cuando bebe el sorbo mareante de alcohol glauco, al probar la absenta por primera vez. En el centro de todas las mesas del Calisaya han instalado unas fuentes de agua, cada una con tres grifos dorados. Cuando abre uno de ellos y coloca el dedo bajo el chorro, descubre que sale casi helada. Antonio no lo entiende, porque nadie parece estar bebiendo agua. Miette le ha servido las copas de ajenjo verdoso y Manuel le explica que esos grifos sirven para rebajar, al gusto de cada uno, el grado de la absenta. *Ten cuidado, bébelo despacio, porque puede producir demencia* y delirium tremens. Hablamos del licor de Baudelaire y toda la poesía simbolista: sin este diablo verde no habría modernidad, ni música sangrienta en las flores del mal ni desgarro en las sombras interiores del ser. Sin absenta y sin láudano, en esa mezcla dura y nebulosa que produce a la larga, en grandes dosis, las alucinaciones del espíritu, no hubiera despertado a Dorian Gray entre nosotros, no habríamos asistido a su alzamiento y caída, ni habría contemplado su retrato comido por los arañazos del infierno. Antonio paladea su sabor anisado, con ese resto amargo al que ha añadido, siguiendo la indicación de su hermano, azúcar y agua fría, hasta adquirir la copa una apariencia turbia, blanquecina, que parece salida de los pechos lechosos de Miette, que ha imaginado pequeños y duros, y casi cree entreverlos cuando ella se ha inclinado al servirles la segunda ronda, que les llega tan rápido como un verso maligno.

Durante unos segundos se contempla en su copa, diminuto y ámbar al verse reflejado sobre la superficie de cristal, en un abultamiento con forma de burbuja: debe de contener al menos una onza. Todavía sostiene en la mano derecha la cuchara con perforaciones en la cazoleta, con la que Manuel le ha ido mostrando los ritos del ajenjo: tras dejar sobre ella un terrón de azúcar, sostenido sobre la apertura de la copa, ha dejado caer el agua fría del chorro, con muy poca

fuerza, para controlar mejor la mezcla, a través del azucarillo. Van por el segundo vaso y es casi seguro que tomarán un tercero, aunque Manuel le ha advertido en un aparte que el cuarto, si lo hubiera, no lo tomarán allí, porque Wilde y Moréas han quedado con otro amigo común, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, en el Procope, donde ha prometido invitarlos a cenar. Gómez Carrillo está avisado de la llegada de Antonio y podrá contarle algunas historias jugosas de Verlaine, al que ha tratado más que la mayoría de los que aseguran haberlo conocido mucho.

—¿Cuál es la diferencia entre un vaso de absenta y el ocaso? —interviene Oscar, como si no esperara la respuesta, actuando para ese auditorio recóndito del Calisaya que de pronto enmudece, también en las mesas vecinas, porque han estado esperando ese momento desde que se levantó de su diván de peluche, al fondo de salón, y se dirigió con parsimonia, entre sus dos acompañantes, a la mesa de Moréas, donde rápidamente se han abierto las sillas para acogerlo a él, a Antonio y a Manuel—. No creo que conozcan ustedes su origen, que, por otro lado, es tan jugoso como sorprendente. Se cree que la receta con la maceración de la hierba *Artemisia absinthium* la descubrió un médico francés, un tal Pierre Ordinaire, en Couvet, Suiza. Lo genial viene ahora: fueron las hermanas del convento de aquel lugar quienes comenzaron a vender el elixir, y seguramente a consumirlo, sin desvelar la fórmula mágica. Hasta que otro francés, el mayor Dubied, la consiguió, nadie sabe bien cómo, aunque podemos hacernos a la idea… Poco después, queridos amigos, Dubied abrió una destilería también allí, en Couvet. La bebida se hizo tan famosa, por sus efectos mágicos, que se empezó a recetar a las tropas francesas como medicamento antipirético, pero no salió bien: aunque bajaba la fiebre, al parecer subía otras calenturas, porque no existe mayor afrodisíaco que la imaginación, y este oro verde la potencia a unos límites que este joven español no ha empezado a paladear todavía, aunque lleve dos vasos… Hasta que se convirtió en la bebida predilecta de los poetas decadentes y de las señoras solitarias, que a veces son lo mismo, se confunden entre sí o acaban en el mismo lecho… De manera que estos últimos años ya se han vendido en Francia, según me ha contado Théophile, nuestro gran amigo del Procope, dos decenas de millones de litros de absenta. Al menos un millón se lo bebió Verlaine, aunque quizá nosotros le hayamos ayudado en la proeza, mis queridos, por supuesto…

Antonio está admirado. Ya no piensa en su madre, ni en su abuela, por las que ha dejado su casa madrileña, para enviarles la mitad de su sueldo en Garnier Frères, ni en sus otros hermanos; ni siquiera en Joaquín, del que aún no han recibido ninguna noticia desde Guatemala. Se encuentra seducido por el esbelto derrumbe de ese

hombre, más alto que él y con una presencia que nunca ha visto en nadie, ni siquiera en Manuel; ese escritor de teatro que él sólo ha leído en su vago francés, que fue el príncipe feliz de la literatura inglesa y al que ahora ya han cerrado, con un silencio tan cruel como sumario, las puertas de los más grandes salones parisinos y también de su propio país; pero un hombre, también, que es capaz de elevarse en ese tono melodioso y contar esa historia con la misma fascinación que si estuviera hablando desde el mismísimo fondo del espejo en el que se había mirado su criatura, Dorian Gray, antes de entregarse a su depravación, y se sigue mirando en las ubres de un tiempo que no puede alcanzarlo, por más que sigan llenas de su infinitud, lechosa como los pechos que Antonio ha imaginado debajo del vestido de Miette, como tampoco podrá tocar a Oscar ni extinguir ese brillo verdoso de su voz ningún ajenjo amargo, ni ninguna condena, porque está viviendo su inmortalidad.

Todo esto lo piensa Antonio Machado o a Manuel le parece que lo piensa mientras lo evoca en el coche, dando cabezadas y apoyando el codo en el reposabrazos de la puerta del Bugatti azul y negro que ahora avanza hacia San Sebastián. Pero ¿cómo era realmente el Wilde que conocieron, sobre el que Manuel publicaría en España, un año y cuatro meses más tarde de ese encuentro, su semblanza *La última balada de Oscar Wilde*? El cuadro que plantea André Gide, sobre el Wilde que se encontró tras su salida de la cárcel de Reading, cuando se estableció en París después de haber vivido unos meses en Nápoles con lord Alfred Douglas, su Bosie, resulta desolador: «Wilde había sufrido mucho desde hacía dos años, y de una manera demasiado pasiva. Su voluntad había quedado rota… En su vida hecha añicos, tan sólo quedaba una vaga semejanza, penosa de contemplar, de lo que había sido antes. A veces, parecía deseoso de demostrar que todavía pensaba; pero su humorismo, aún en pie, era ya rebuscado, forzado, demasiado aparente». Contra esta visión se rebela expresamente su amigo y devoto Frank Harris: según él, todos los que lo han conocido antes de la condena se encuentran a un hombre que, más allá de la nueva y todavía remota sordera que arrastra —y que lo conducirá a la muerte, al someterse a una operación muy dolorosa que le causará una meningitis letal—, incluido su Bosie Douglas, su tan querido Robert Ross y el mismo Harris, lo encuentran en un gran estado de salud.

Frank Harris insiste en que «jamás fue Wilde mejor conversador, ni más delicioso compañero que en los últimos años de su vida». Esto puede ser cierto y no desmiente, aunque sea la intención de Harris, el anterior testimonio de Gide. Pero también tenemos las palabras del mismo Wilde, en conversación con el propio Frank Harris, acerca de la piedad que había encontrado durante su reclusión, cómo le había

cambiado toda su percepción de la existencia: «¿Ha comprendido usted bien qué cosa tan admirable es la piedad? Por mi parte, doy gracias a Dios todas las noches —sí, de rodillas doy gracias a Dios— por habérmela hecho conocer. Yo entré a la prisión con un corazón de piedra y pensando tan sólo en mi placer; pero, ahora mi corazón se ha roto… Y la piedad ha entrado en él. Ya sé que la cosa más grande y más hermosa del mundo es la piedad. Y he aquí por qué no puedo guardar rencor a quienes me condenaron, ni a nadie; pues sin ellos yo no habría conocido todo esto». ¿Entra «todo esto» en conflicto con el retrato que nos ha llegado de André Gide? Aparentemente sí; pero en realidad no. Tras dos años de trabajos forzados, haber perdido su familia y definitivamente a sus hijos, al saber que han sido desposeídos de su apellido, después de que su esposa, Constance, le niegue volver a verlos, tras la quema pública de su prestigio literario y la pérdida de todo cuanto le había merecido la pena o la gloria de vivir, Oscar Wilde encuentra la piedad. Claro que ha sufrido: hasta niveles máximos en la destrucción de un hombre. ¿Su voluntad rota? Quizá. Y es probable, y hasta comprensible, que ya sólo le quede esa lenta penuria de la sobrevivencia, su inercia demorada de las horas del día. Pero no estamos en eso, sino en la hora verde, y no hay nada de Oscar que parezca rebuscado, ni forzado, ni tampoco aparente, en los ojos de Antonio, a través del recuerdo de Manuel.

Cuando se levantan para salir del Calisaya, mientras trata de entender las rápidas humoradas de Moréas, antes de advertir cómo Manuel le guiña un ojo a Miette, que los observa al otro lado de la barra de cobre, diciéndole algo a distancia, con los labios, sin emitir un sonido, Antonio se fija en Oscar al levantarse: lo hace en su grandeza derrotada, igual que un transatlántico atrapado en su propio mar de los Sargazos que ya no se dirige a ninguna parte, por más que hayan aceptado la invitación de Gómez Carrillo para cenar en el Procope. En ese momento sus miradas se cruzan y Antonio cree advertir, en los ojos abatidos de Oscar, toda la piedad sanadora del mundo.

15

EL CIERVO

Aparece tras una cortina de niebla. Raúl apenas tiene tiempo de dar un volantazo para esquivar al ciervo sin salirse de la carretera. Los ojos del animal han entrado en los suyos sin moverse, han atravesado su cerebro y luego han regresado a su postura, en su estampa de sólida quietud. A Raúl le ha sobrecogido la esbeltez recia de su porte, que parece durísimo en su musculatura parda, bajo las astas que asemejan una prolongación del propio bosque. Mientras intenta dominar las vueltas del vehículo en espiral, sin despegar los neumáticos del suelo y a punto de incrustarse en la hilera de troncos al borde del arcén, con el silencio de pronto anquilosado en una lentitud que le hace percibir con nitidez hasta el ritmo acelerado en las respiraciones del matrimonio que viaja detrás, cree advertir en sus ojos desolados una fragilidad que le une fugazmente al animal: porque le recuerda a su amigo Abel Cubero, a su salvador Abel Cubero, la última vez que lo vio, al volver del frente y encontrarse con esa relativa normalidad de Burgos, cuando le contó que lo destinaban a la frontera, para una misión que presentó con tintes enigmáticos, de la que Raúl no quiso saber mucho.

Mientras el coche sigue dando vueltas, y después de tardar un poco en reaccionar, Manuel Machado extiende el brazo sobre el pecho de Eulalia para sujetarla contra el respaldo. No ha podido evitar que tras el primer volantazo se golpee la frente con la portezuela, y no está seguro de poder impedir que salgan despedidos en uno de esos giros que el coche sigue enlazando sobre su eje; pero, por el momento, ha logrado fijarla y transmitir una cierta sensación de seguridad. Sin embargo, los primeros segundos no busca su rostro ni repara en ella, sino en las manos de Raúl al llevar el volante completamente a la izquierda para eludir el choque y, después, ya superado el ciervo —que permanece estático, aunque lo han evitado por pulgadas—, en sentido contrario para no salirse la carretera, dibujando una ese que les hace sentirse, esos segundos, desplazados en esa extraña gravedad, más fuera que dentro del vehículo.

Raúl consigue dominar el coche y detenerlo. Están al borde del arcén y no han impactado con ningún árbol. La ventanilla de Manuel ha quedado sólo a un par de palmos de la cabeza del ciervo: si se apartara de Eulalia no demasiado bruscamente y la bajara, podría extender el brazo hasta tocarlo, suponiendo que no desapareciera con un brinco tras la misma espesura de niebla que antes impidió distinguirlo a Raúl. Nadie se mueve y no viene ningún coche. El animal permanece ahí, examinándolos, acostumbrado quizá al paso de los vehículos. Manuel se fija en la leve vibración de su pecho fornido, con un tenue aleteo en el hocico. Sus ojos vidriosos le parecen en trance. Raúl se vuelve entonces y los mira a los dos: al animal y al hombre, que forman una única corriente. ¿Por qué observa Manuel de esa manera detenida al ciervo, como si sus pensamientos se estuviesen invadiendo entre sí?

Eso es lo que se pregunta Raúl, ya recuperado el aliento, antes de interesarse por ellos. El conductor no puede saber que Manuel no está viendo al ciervo que se les ha aparecido en mitad de la carretera, sino el espejismo de otro: el que recorrió el palacete Pimodan en ese amanecer de hace cuarenta años, cuando los dos hermanos son muy jóvenes y esperan de París exactamente lo que puede darles. En ese instante de alucinación por la velocidad de la maniobra, antes de que Raúl acierte a preguntarles cómo están, Manuel ha unido el hilo de su duermevela previa al incidente con el ciervo salido de la bruma, que vuelve a ser el ciervo que pasea sobre las alfombras del palacete Pimodan.

La noche ha sido larga, incluso para él. Ha sido feliz viendo encontrar a Antonio aquello que esperaba desde que entraron en el Calisaya, asomado al ventanal del Hotel Medicis, sobre los jardines de Luxemburgo, o incluso antes, al descender del vagón en la Gare de Lyon. Pero desde que el hada verde ha extendido su vaho anisado y sensual, cuando la hora del ajenjo les ha hecho descubrirse como príncipes, en ausencia del viejo rey Verlaine y al coronar a Wilde como emperador de las sortijas, la borrachera súbita y los vómitos causados por la absenta han reducido la expedición, tras varias deserciones o caídas irrebatibles entre las diversas estaciones de penitencia, a los hermanos Machado, Jean Moréas y el propio Wilde. La fiebre que acumulan no puede sudarse. Oscar, por un segundo, se atreve a contemplar sus rostros y de pronto se dice que algunos destellos del pasado podrían regresar. Han fundado su estirpe: atraviesan la noche renegados y envueltos en un caleidoscopio de embeleso, entusiasmo esmeralda y verdad rutilante que van haciendo girar con voces de marfil por las esquinas, los cafés y los escenarios a su paso, entre sorbos magníficos. Consiguen llegar al Procope, donde

los espera Enrique Gómez Carrillo: bigote y actitud de D'Artagnan recién pagado por la reina tras recuperar sus doce herretes, con una cena que, a Antonio, desde su pasado reciente de figones, vida a salto de mata y hampas madrileñas, sólo le parece imaginaria: *coq au vin, boeuf bourguignon* y *foie gras* degustado a cucharadas y *confit de canard* entre varias botellas de burdeos. De Gómez Carrillo, además de su voluntaria y eficaz seducción sobre cualquiera, con su generosidad amplia y desplegada sobre una sombra ágil de carisma que intuye más potente que su obra, deja mudo a Antonio su sueldo mensual de doscientos cincuenta pesos de oro, como cónsul de Guatemala nombrado por el presidente Manuel Estrada Cabrera. Piensa con tristeza y una culpa fugaz en su hermano Joaquín —intentando reunir apenas unos pesos trabajando como peón de obra en aquel ultramar, lejano y duro, que al parecer paga con largueza a las personalidades talentosas—, lo que tardan en vaciar dos botellas: está en el paraíso.

Oscar comienza la narración de una historia sin prosopopeya, pero con un encanto que se va imponiendo amorosamente sobre los bordes curvos y en el remanso rojo de las copas, anulando el sonido de las mesas de al lado, en el recoleto salón de la planta de arriba del Procope, como si la gravedad no dependiera de la afectación, sino de una aparente ligereza que se transforma en trance casi espiritual de paquidermo a punto de caer, pero todavía en pie.

—Es curioso que ahora nos encontremos tan a gusto aquí, en nuestro Procope. No por el Procope, que siempre ha sido maravilloso, desde sus días dorados, cuando Voltaire tenía su mesa fija en el diván de abajo, al fondo, para dominar la sala y saber quiénes iban llegando, con la espalda cubierta y la luz por delante, como yo ocupo siempre el mismo velador del Calisaya. Ah, la edad perdida. Sé por Théophile que van a derribar el café: es el fin de una época. Vivimos un continuo fin de edad, un decaimiento que nos pasa factura. Ustedes, mis hermanos españoles, son jóvenes aún, y el gran Gómez Carrillo nació ya manejando los hilos de la vida, porque es un personaje que parece pensado por Alejandro Dumas: tiene la inteligencia montaraz del gascón, pero depurada por su erudición guatemalteca, con el alma ya vieja y su mirada azul de adolescente en plena seducción. Van a derribar el Procope: pero estamos aquí, lo digo en alta voz y no puedo creerlo. Aunque el día ha comenzado bien. Aunque esta noche empieza ya mejor que bien. Usted, recién llegado, no puede adivinar lo hermoso que es París por la mañana. Su hermano Manuel lo sabe casi mejor que yo, porque se acuesta al alba. No sé de dónde saca fuerza semejante, o quizá sí, o puedo imaginarlo, al recordar mi cándida juventud: porque sé que trabaja muy duro en Garnier Frères, escribe por las tardes en cualquiera de los cafés de Montmartre y después, tras cenar, otro nuevo caudal lo resucita, como si guardara

en su pecho un sol nocturno.

La mirada de Antonio aquella noche de París. Jean Moréas diciendo que se marcha a su casa. Las palabras de Wilde. ¿Sucedió de verdad? No sólo sucedió: está ocurriendo. Manuel Machado siente los ojos de su hermano como una radiación admirativa, franca y desprovista de malicia, porque Antonio siempre lo ha seguido en su estela nocturna, aunque sus largas resacas le resulten corrosivas. Los dos hermanos saben que esa noche no terminará: seguirán escuchando eternamente la voz dulce de Wilde describiendo el amanecer rosado de París en las fachadas de iglesias y palacios, las chimeneas carbonizadas de las fábricas, los relojes en las torres y el vuelo sideral de las aves diurnas. Porque ellos son los pájaros nocturnos, y de pronto el gentío con su baile de encajes para las costureras llegadas del taller, que acuden a la última hora del Procope para recuperar su primer brindis, cuando el flujo de los tranvías languidece: muchachas que han salido de sus confinamientos laboriosos y ahora se transforman en milagros de rizos carmesíes, con ojos claros como los de Miette. Aunque eso es imposible, se dice, no puede haber otros ojos como los de Miette. Y, al igual que en otras ocasiones, ha llegado a sentir que su hermano Manuel sabe su pensamiento, porque ha sonreído ante propio su gesto al evocarla, como si leyera en sus ojos y supiera que Antonio la desea desde que la vio en el Calisaya. Pero no volverán: al acabar la cena, cuando todavía sienten los efluvios de ajenjo en la hora verde, mezclado con botellas de burdeos, comidos y bebidos, pasarán por el Napolitano, encontrarán mujeres con vestidos ligeros que les hablen con palabras alegres y también vaporosas, pasearán por Montmartre y entrarán en ciertos cabarés que gustarán a Antonio, a pesar de momentos de brutal embriaguez que rechazará Wilde; pero se mantendrá impecable, con los ojos de yema de un gigante en las sombras, antes de que decidan —el mosquetero Gómez Carrillo, Wilde y Manuel, porque Antonio se dejará llevar— buscar una berlina que pueda llevarlos hasta el palacete Pimodan.

La hace parar Gómez Carrillo con un gesto de autoridad alzando su bastón. Se acopla con su hermano, enfrente de Enrique y Oscar, tratando de adaptar su corpachón a esa estrechez, mientras se maravilla al comprobar la sorprendente flexibilidad de Wilde, como un gatazo despertado del sueño, accediendo de un salto que resulta casi armónico para un hombre de su tamaño, acomodándose y cruzando las piernas. Dan la dirección y el coche arranca.

16

LA ISLA DE SAN LUIS

Cuánto tiempo cabe en la mirada de cristal de un ciervo. Manuel se adentra en él, hundiéndose en sus ojos. ¿Es la carretera lo que ven, comida por un bosque de llovizna, o están atravesando una ciudad? Bordean el río por uno de sus brazos, llegando hasta la isla de San Luis, envuelta por la bruma de sus altas farolas, con un halo rosáceo alrededor anunciando que acaban de adentrarse en una dimensión más oculta de París, entre las humedades levantadas desde la corriente. El cochero conoce su destino: detiene el carruaje en un palacio, ante la placa de mármol con una inscripción.

Gómez Carrillo se encarga de pagarle. Antonio se siente algo mejor que durante el trayecto: el ligero mareo le ha remitido, y Manuel lo nota. ¿Qué tipo de ebriedad los alimenta? El efecto de la absenta se mantiene, en una suerte de alucinación cuando se abre la puerta, tras el aldabonazo de Manuel. Una portera con arrugas profundas surge de las sombras, dejándolos pasar. En la oscuridad, distinguen la escalinata de mármol con grandes cristaleras en el muro dejando entrar las luces de la calle, desde las turbias farolas, a través de unas vidrieras policromadas. Suben por los escalones sin musitar palabra, con una extraña emoción que Antonio puede percibir, algo que los demás conocen y a él le resulta cada vez menos ajeno. Recuerda entonces a Jonás: están remontando el vientre de una gran ballena y acuden al proceso de su digestión. Evoca otras ballenas: las que su abuelo, el divulgador darwinista Antonio Machado Núñez, según les contó a ambos, de pequeños, había visto una vez en las costas de Huelva.

Antonio, su nieto, recién llegado a París el 3 de julio de 1899, esta primera noche de velos descubiertos —y, cuarenta años después, desde la expresión paralizada de Manuel, en los ojos del ciervo que se mantiene estático, durante unos segundos infinitos—, se siente fuera del mundo: aunque lo reconforta, como siempre, la naturalidad de su hermano, porque lo sabe capaz de manejarse en cualquier situación. Lo ha visto antes, sobre todo en Madrid, adaptarse con desenvoltura a

cualquier imprevisto en la noche a lo largo. Al ascender se detiene en los cuadros sin marco, copias de obras maestras de la escuela italiana, hasta que llegan a la planta de arriba y se fija en el fresco del techo, con temas mitológicos entre torsos desnudos.

Se abre el cortinaje: paredes altas de ebanistería iluminadas con candelabros de brazos retorcidos, divanes, camas esparcidas por el salón diáfano con grandes arañas de cristal colgantes y los cuerpos desnudos del fresco de la entrada danzando entre sillones con botellas abiertas, sobre las alfombras, entre copas y largas pipas de kif, con los rostros cubiertos por antifaces de terciopelo. Se fija en la sonrisa desencantada de Wilde antes de asomarse a un lecho con dos muchachos muy fornidos que parecen librar luchas grecorromanas de difícil acceso, como si la sorpresa no colmara sus expectativas. El cansancio por acumulación ahora le cae a plomo en las mejillas, de pronto más bermejas, ante la visión de un ángel rubio, con alas incluidas, en un corredor. Oscar va tras él, y ya no vuelve a verlo. Gómez Carrillo entra en un saloncito lateral y Antonio acierta a ver, maravillado, una especie de red colgada del techo, con muchachas lamiéndose entre sí. Cuando busca a Manuel, entre visiones borrosas de brazos y muslos, comprende que su hermano lo ha dejado solo.

Por un momento tiene los ojos cerrados, pero los abre despacio al descubrir el tacto de una mano decidida que entrelaza la suya. Su antifaz es rojo. Está desnuda, es rubia y tiene la piel tan clara que se le transparentan las venas azuladas, tan nítida que podría escribir sobre ella como en un pergamino. ¿Tiene los ojos pardos o son grises? No logra distinguirlo, en el baile de sombras de las velas, y se dice que quizá vayan variando en sus matices de un color a otro, con sus tonalidades intermedias. Los pechos muy pequeños, blanquecinos, aún le huelen a leche, o eso imagina Antonio o cree saber, y aprecia unas gotas lácteas brillando en sus pezones esféricos y gruesos. O quizá sea el sudor, porque de pronto advierte la atmósfera asfixiante, el calor que le hace desear echarse un jarro de agua fría en la cabeza.

Ella tira de él, pesado y torpe, con una delicada autoridad, y lo conduce hacia la entrada del mismo pasillo por el que antes ha visto internarse a Wilde. Manuel, apostado al otro lado de un biombo, que no ha perdido ni un solo detalle; observa la cautela de su hermano al andar y reconoce ese culo generoso, como dos panes pálidos. Entonces, después de que se internen en el largo corredor y los pierda de vista, en un acto de magia revestido de naturalidad, aparece, por el otro pasillo, un descomunal ciervo. Se interna entre los cuerpos como si hubiera salido de uno de los tapices de caza que cuelgan de las paredes, con regia lentitud, sobre la alfombra tupida, ajeno a cuanto sucede a su alrededor, al tiempo y el paisaje boscoso atravesado por una carretera que puede distinguirse en uno de esos cuadros sin

marco. El ciervo levanta la cabeza, avanza y olfatea. Luego se detiene ante el biombo, escrutándolo a través de las ranuras, hasta encontrar los ojos de Manuel.

17

ORACIÓN

—¿Se encuentran bien?

Mientras se aleja el ciervo, Raúl sigue pensando en Abel Cubero, en su rechazo a la normalidad que encontró en Burgos al regresar del frente. Se pregunta el motivo de esa asociación cuando ha logrado dominar el coche, se gira hacia el asiento trasero y descubre la expresión perdida de Manuel Machado. Su pregunta se mantiene flotando en el vehículo: entonces le sobreviene la impresión de haber pronunciado esas palabras hace horas o desde un tiempo indescifrable que ahora los contempla desde fuera, con sus miradas y sus respiraciones colgadas del techo por hilos invisibles. Cuerdas, tiempo: el animal exhibe un trote grácil antes de perderse en la maleza, mientras Eulalia sale de su ensimismamiento y lleva su mano derecha a la rodilla de su esposo, sacudiéndola, hasta que Manuel deja de mirar hacia el bosque y vuelve la cabeza.

—¿Están ustedes bien?

—Manolo —musita Eulalia, que comienza a asustarse, ahora apretándole la rodilla con más fuerza—, nos está preguntando este muchacho si estamos bien. Lo estamos, ¿verdad?

Él entorna los párpados: durante unos segundos no la ha reconocido y tampoco ha entendido lo que le decía.

—Claro que sí —acierta a responder, y escucha su voz con un resto de ajenidad—. Muchas gracias por preguntar. Excelente maniobra. ¿Y su nombre cuál era?

—Raúl. A su disposición. No se preocupen, a pesar de este pequeño incidente, llevamos un viaje muy bueno. En hora y media estaremos en San Sebastián.

Manuel asiente y sonríe a Eulalia. Trata de mostrar un aplomo que no posee, y por supuesto sabe que Eulalia lo percibe. Pero por el momento es suficiente. Su mano izquierda avanza sobre la tapicería y aprieta la de su mujer; pero la derecha sigue aferrada al mango del reposabrazos, con una fuerza que permanece ahí, concentrada, porque quizá hubiera deseado adentrarse en el bosque para seguir el rastro de

sus sueños, revelados de pronto en esos ojos pardos que lo han mirado con profundidad. Sigue pensando en el ciervo, con una mezcla de extrañeza y confianza, mientras Raúl arranca el motor de 8 cilindros del Bugatti Type 57.

Recordar a Antonio en París hace cuarenta años. Imaginarlo hoy, probablemente ya enterrado, en una caja de madera o tumbado sobre una camilla, con la camisa blanca abotonada hasta el cuello, las mejillas marcadas y las cuencas amplias de los ojos, con su fuego apacible, hundidas hacia dentro. No querer pensar en el sufrimiento de su madre. Y no saber tampoco si está sola, porque no ha tenido noticia de sus otros hermanos; aunque imagina que José, con Matea, no se habrá separado de ellos. Baja la ventanilla para que el aire recorra el automóvil, con ese lagrimeo de resina en los pinos, antes de abrir la pitillera. Le tiemblan las manos. Eulalia se estremece, pero no dice nada. Observa largamente a su marido: no repara en ella, porque sigue oteando ese ramaje, donde acaba el arcén, como si pudiera abrirse paso con la vista y despejar un sendero oculto por los troncos. Eulalia percibe una inquietud que ya no es solamente el sufrimiento por la muerte de su hermano. Algo le ha sucedido sin que ella pueda ponerle nombre, algo que no comprende y se ha marchado con ese animal por la espesura.

¿Por qué piensa en París? ¿Únicamente porque van allí? ¿Por qué ese aguijoneo de imágenes confusas e inconexas de hace cuarenta años que ahora le parecen inventadas por su imaginación? No aparta la vista del cristal, nebuloso y distante, como la superficie de una fuente. La mano de Eulalia le parece tan lejana como su pensamiento, pero de alguna forma su caricia consigue traspasar el aislamiento que le ha sobrevenido entre el humo de las caladas que encadena con ansiedad. Eulalia no se aparta, ni le suelta la mano, porque no lo ha hecho nunca, aunque respete su distancia con esa forma suave y decidida que ha tenido siempre de permanecer con él; incluso durante su alargada juventud, cuando ella mantenía ese fortín en su hondura más íntima, por más que Manuel pasara noches, semanas o meses entre actrices, cupletistas, bailarinas y camareras, en París, Madrid o Barcelona, con aquella muchacha, Julia, a la que tardó en olvidar y que estuvo a punto de costarle la cordura. Entonces decidió volver al orden, con ella, en Sevilla. Porque Eulalia siempre ha seguido ahí, en ese mismo espacio entero y reservado a las emociones contenidas.

Manuel asocia a Antonio a otras ciudades: no sólo Sevilla, o Baeza y Segovia, sino especialmente Madrid, de la adolescencia a la madurez, y a la que se ha aferrado hasta que el Gobierno agonizante de la República lo empujó, a él y al resto de su familia, cuando abandonó a la población a una suerte perdida, a la carretera de

Valencia. Madrid como obsesión, Madrid como destino y resistencia desde aquellas reuniones en casa de Paco Villaespesa, con la revista *Electra* y con la decisión de inaugurar la palabra poética moderna. Todos esos momentos, con sus fotografías, ahora le parecen una alucinación: el Madrid cenital del Ateneo, triunfar en los cafés, en las tribunas, en los periódicos o en los teatros. Pero no: en su duermevela anterior a la aparición del ciervo, Antonio, para él, está y sigue en París. Antonio el que acaba de morir a los 63 años y Antonio el que lo sigue acompañando, entre el asombro y la fascinación, por esas madrugadas de un pálido incendio sobre las azoteas durante el verano peligroso de 1899. Antonio aguantando su ritmo de aguardiente, su temple de alba oscura, en esos días azules de fábula infinita en los que Antonio tiene todavía 23 y él, su hermano once meses mayor, prepara con Gómez Carrillo su fiesta sorpresa de cumpleaños para el 26 de julio, en el Procope. También asistirá Pío Baroja, que no ha tenido tanta suerte como los dos hermanos y se ha quedado a las puertas de ser empleado en Garnier Frères, con el que almuerzan diariamente en un restaurante barato al que solamente acuden los obreros durante las pausas breves de las fábricas y los jóvenes escritores españoles expatriados.

Antonio en esos antros de Montmartre, que trasiega en París con todos los alcoholes entre muslos nocturnos, mientras pisa las huellas de su hermano en los burdeles del amanecer. El hombre en claroscuro. Sus aristas despiertas. Quien mejor lo entendió, y supo ver sus rostros orbitando en la luz y de sus oscuridades, fue Rubén Darío. Mientras Raúl reduce en una curva demasiado cerrada, Manuel pasa la yema de los dedos por las adelfas en finísimo relieve sobre la pitillera de la que saca el siguiente cigarrillo sin haber apurado el anterior, antes de tirarlo por la ventana.

Misterioso y silencioso / iba una y otra vez. Así comienza el poema *Oración por Antonio Machado* escrito por Darío. Antonio lo puso al frente de sus *Poesías completas*. Efectivamente, es una oración premonitoria de Rubén Darío por el alma translúcida de Antonio Machado. Elegía escrita en pleno presente de Antonio, asomada a su ser incognoscible, complejo y venturoso, y no por ello libre de las limitaciones que muchos han querido imponer en sus retratos: de bonachón confiado, arcángel de pureza, mártir involuntario de amplios atardeceres y sencillez ficticia, han ido arrojando sobre él, hasta forjar un busto redentor.

¿Hubo algo de eso? Manuel siempre le dijo que es muy arriesgado confundir, en su misma poética o dentro de un idéntico carácter, como una sola e inmutable verdad, el hombre y el poema. *Su mirada era tan profunda / que apenas se podía ver*. Piensa en ella al verse en el cristal, borroso por la lluvia que nublará la fronda. Baja la ventanilla, porque

la humareda comienza a molestarlo incluso a él, aunque Eulalia sigue sin quejarse. Raúl, el conductor, parece muy lejano en el asiento delantero: tanto como el Café Napolitain en el boulevard des Capucines, el otro gran templo de Jean Moréas y Catulle Mendès, el poeta parnasiano, donde Antonio llegará a ser perseguido por un sastre rabioso, armado con una navaja, por haberle robado la querida, con la excusa de una factura pendiente. Consiguen escapar, pero Manuel descubre un brillo diferente en los ojos de Antonio.

¿Apenas se podía ver dentro de su mirada? Lo evoca aquellos días, en el gozo perpetuo que en vano intentará reconducir: su hermano no podrá mantenerse en esa intensidad más allá de unos meses. Se trata de hacerse fuertes en París: escribir, por supuesto, y disfrutar la noche de los cabarés, pero sin destruirse antes de tiempo. La mirada de Antonio se volverá atigrada: exhibe una tensión de albor rojizo cuando llama a la puerta de su habitación, en el Hotel Medicis, y enseña a Manuel, envuelto en un pañuelo, el revólver que ha comprado en una armería que Théophile le ha recomendado. Porque Théophile, además de ser dueño del Procope, tiene un pasado turbio o muy poco explorado como médico de la Legión extranjera durante la intervención francesa en México, en el 83, y conoce las armas. Le intimida a Manuel la satisfacción que advierte en él cuando le enseña el tambor cargado y le detalla que es un mismo modelo parecido al que compró Verlaine a un armero de las Galerías Saint-Hubert, en Bruselas, para disparar dos veces a Rimbaud antes de poner fin a su amor de leopardos.

Cuando hablaba tenía un dejo / de timidez y de altivez. La timidez se la ha dejado Antonio en Madrid y la recuperará más tarde, para no abandonarla nunca más. Pero la altivez, una cierta superioridad que se esmerará en contener —porque lo incomoda—, la ha descubierto allí. Manuel la ha percibido mucho antes en el hondo silencio aquilatado que marca y delimita su distancia. En esa palabra de Rubén, «altivez», tan poco asociada en general a la imagen de Antonio, está la clave de su claroscuro. *Y la luz de sus pensamientos / casi siempre se veía arder*. Ah, sus pasiones. Tan opuestas a él, tan distantes del temperamento más relativista de Manuel, en esa displicencia original ante el espíritu que acabará abrazando muchos años después, en Burgos, tras sus conversaciones con el sacerdote que será el confesor del matrimonio, José Zameza, y del que se despidió, la tarde de ayer, antes de comenzar el viaje hacia París para velar la tumba de su hermano. José Zameza, el mismo sacerdote con el que compartirá largos paseos hasta las afueras de la ciudad, que se desvelará como lector de su poesía primera y le prestará las *Confesiones* de San Agustín, logrando que Manuel se encarne o se descubra en ellas, antes de completar su último autorretrato.

Era luminoso y profundo / como era hombre de buena fe. Aquí no hay duda: es el basamento del perfil. Que *Fuera pastor de mil leones / y de corderos a la vez*: Antonio como un profeta bíblico del pueblo, Juan de Mairena al frente. *¿Conduciría tempestades / o traería un panal de miel?* Seguramente ese último viaje, con su madre y quizá sus otros hermanos, José casi seguro, y Matea, hasta acabar cayendo sobre suelo francés, ha tenido mucho de honda tempestad, en un derrumbamiento de todo cuanto amaba, lo poco que pudiera mantener al margen del espanto. Esas *maravillas de la vida / y del amor y del placer* que descubrió en las casas de amor salvaje, sí; pero que, seguramente, también acompañaron los primeros destellos de su matrimonio.

¿Y dónde reside la mayor e íntima verdad reveladora de esta *Oración por Antonio Machado* de Rubén? Justo aquí: *Cantaba en versos profundos / cuyo secreto era de él.*

Suelta la mano de Eulalia y prende otro cigarro. Llueve con fuerza, pero Raúl sigue conduciendo con la misma parsimonia. Claro que su secreto era de él. ¿Leonor? Pudiera ser. Pero no únicamente. Esa llama oscura, su tensión perdurable. Esa rabia dentro cuando llega aquel sastre, sólido como un carbonero, y Antonio lo echa del Hotel Medicis, escalones abajo, el día de su cumpleaños. Le dispara sin acertar, pero revienta el pomo de madera de la barandilla de un balazo: así permanecerá hasta la restauración del hotel, poco antes de la entrada de los nazis en París. Antonio descendiendo él también amenazador y jadeante, como si llevara toda su existencia disparando a hombres burlados e imponiendo su ley de sobrio paquidermo. Como esa misma tarde, antes de sorprenderlo Gómez Carrillo y él con la fiesta sorpresa del Procope, a la que asistirán también Wilde y Moréas, cuando salen airosos de la carga a caballo de la Guardia Republicana en una espantada en la que el más veloz es Pío Baroja, tras participar en una protesta por el escandaloso asunto Dreyfus. Antonio pierde un zapato en la carrera y, al volver atrás para recuperarlo, va a sacar el revólver del bolsillo. *Pero qué haces, loco*, le tirará Manuel del brazo, *guarda eso ahora mismo y vámonos de aquí*. Una hora después, celebrar su 24 cumpleaños en el Procope como si lo anterior no hubiera sucedido, en una mesa regada por varias botellas de Burdeos ofrecidas por Gómez Carrillo, con su aspecto veraz de mosquetero llamado a compartir todas sus recompensas consulares.

¿Ocurrió realmente todo eso? Manuel se lo pregunta arrumbado en el asiento. Cuando decide regresar a Madrid, en octubre, Antonio ya está hastiado de sí mismo y de París, hace un mes que ha vendido el revólver y ha olvidado el gusto lechoso de los pechos blancos de Miette. Se despiden en la misma Gare de Lyon que lo había visto llegar el 3 de julio. El empleo de traductor está mal retribuido y lo

desmoraliza. Ha reunido poco dinero y la ciudad finalmente lo aturde. Sabe que no ha triunfado y sigue siendo, también en París, el hermano de Manuel, lo que sólo le llena de orgullo fraternal. Pero al subirse al tren, en ese instante, Antonio ya es el hombre que siempre va consigo.

18

DÍA DE LA BASTILLA

Por la ventanilla entra el aroma de los troncos y el ramaje cargados de llovizna. Intenta abrir los pulmones igual que en el camino de regreso tras una madrugada nebulosa. También distingue otro olor, quizá más alejado y penetrante: el de leña quemada, que tanto le ha gustado siempre a Antonio. La evocación que le viene ahora con fuerza de su hermano desde que se despidieron aquel otoño también es en París. Aunque no se corresponde con su segunda estancia, aún festiva y juvenil, sino con otra muy posterior, nada menos que doce años después: Antonio recorriendo sus calles un 14 de julio, en plena fiesta nacional francesa, abriéndose paso entre los brindis de los veladores, los cánticos y el bullicio de los borrachos, desesperado y solo, mientras busca un médico para Leonor, que ha pasado la noche escupiendo sangre.

¿Por qué le acucia ahora esa visión? Saca un cigarrillo con automatismo, pero no lo enciende. Se esfuerza en recordar a Antonio y a sí mismo muy jóvenes, durante la siguiente visita de su hermano. Para acertar con las fechas usa como referencia los años de publicación de sus libros: concluye que es en 1902, porque, cuando Antonio regresa a París, esta vez acompañado de su ya inseparable José o Pepe, el hermano pintor, él sigue revisando algunos poemas del que será su primer libro. Han pasado tres años desde la marcha de Antonio. Durante ese paréntesis, Manuel también ha vuelto a Madrid y ha participado en varias algaradas modernistas, ya con su prestigio parisién y siempre en torno al entusiasta Villaespesa: luego ha vuelto a París y ha entablado una relación mucho más estrecha con Moréas, con quien ha tenido varias conversaciones decisivas sobre lo que él puede llegar a escribir, y cree haber encontrado un tono personal. Sin embargo, no consigue encadenar recuerdos más concretos.

Sí acumula algunas imágenes vagas, fotografías borrosas, con Rubén Darío y Antonio: pero no logra concretar en qué momento los ha presentado, aunque sí recupera la ansiedad nerviosa de su hermano antes de conocerlo, porque Antonio lo admira por encima de cualquier

credo poético, más allá de su lealtad fraterna por Manuel. Pero en aquellos días, salvo para Moréas, su poesía aún no se ha definido verdaderamente y Rubén Darío, en Antonio, es una revelación.

¿Es en el Calisaya, en el Procope? Cuando el reúma le asalta con punzadas desde un asiento cada vez más incómodo, al asomarse con dificultad a una estampa que se le desdibuja, como los apuntes de Pepe al imitar a otros pintores parisinos, apostado en la orilla izquierda del Sena, esa imagen, aunque sabe que ha sucedido, ahora se le resiste desde su lejanía: Manuel está seguro de que la absenta corre como un látigo verde cuando su hermano Antonio y el gran Rubén Darío se aprietan las manos por primera vez. Esa ebriedad en sorbos que parecen eléctricos en la voz de Rubén antes de volverse más pastosa, con una lucidez que reaparece cuando todos la han dado por perdida y el nuevo día clarea. Ahora sí lo ve: la presentación tiene lugar en el Napolitain, con Amado Nervo.

La única certeza que vislumbra Manuel entre las ramas mojadas de su evocación, mientras el coche avanza y su mujer se adormece de nuevo, con el mecimiento poderoso del vehículo, es el reconocimiento de Rubén cuando Antonio le muestra sus composiciones. Siempre se mantendrá. Más adelante, el efecto del trato personal con su hermano, al conocerlo hondamente, dará lugar al poema *Oración por Antonio Machado* y a la valoración de su obra en el artículo *Nuevos poetas españoles*, cuyo inicio Manuel recuerda de memoria: «Antonio Machado es quizá el más intenso de todos. La música de su verso va en su pensamiento. Ha escrito poco y meditado mucho».

Ha escrito poco y meditado mucho. La frase de Rubén lo martillea, le retumba, lo golpea por dentro. ¿Qué meditación podría aguardar al corazón de su hermano, se pregunta ahora Manuel, la noche del 13 de julio de 1911, tantos años después de aquellos encuentros de juventud perdida, con una beca de ampliación de estudios en París y ya casado, cuando Leonor despierte con el camisón cubierto por un vómito de sangre?

Al día siguiente, el 14 de julio, fiesta nacional de Francia por la toma de la Bastilla, su hermano corre por París buscando un médico o un hospital en el que puedan atender a su mujer. La ciudad está detenida por la celebración, con orquestas y bailes interminables en todas las calles, con miles de botellas descorchadas. Esa mañana, mientras Antonio corre con desorientación y trata de encontrar ayuda, Manuel lee en *La Vanguardia*, mientras desayuna, un suceso que nunca olvidará: la tarde anterior, en Valladolid, un niño de seis años, llamado Álvaro Frutos, que vivía en una buhardilla de la calle de Zúñiga, en un descuido de sus padres, había salido al tejado, paseando sobre él, cayendo a la calle y estrellándose contra las losas. «La desgracia impresionó vivamente a los transeúntes», recordará haber

leído.

Sólo cuando Manuel conozca, unos días después, las circunstancias de su hermano en París aquel 14 de julio, al revelarse la tuberculosis de Leonor, la asociará con la lectura de esa noticia en el periódico y unirá esa tristeza con la angustia vivida por su hermano.

La última comunicación que Manuel había recibido del matrimonio, en un telegrama, fue para contarle que precisamente el Día Nacional de Francia tenían previsto un viaje por la Bretaña. Manuel no puede imaginar que Antonio pasará hasta el mediodía buscando en todos los hospitales de París hasta encontrar un doctor que pueda atender a su esposa, en medio del bullicio que colapsa los bulevares y que a Antonio le parece infernal, una orgía siniestra, con la impotencia al borde del delirio cuando compara el escándalo con la noche que ha pasado con su mujer, que sólo tiene 17 años, retorciéndose en la cama entre bocanadas de sangre. Logra encontrar un médico en la Maison Municipale de Santé de Faubourg Saint-Denis, donde atienden a los extranjeros.

Lo que Antonio no le cuenta a su hermano, hasta mucho después, es que al entrar en el hospital de Faubourg Saint-Denis, al principio, no ve a nadie. Cruza las galerías y grita pidiendo socorro: está a punto de perder los nervios y lo atormenta la imagen de Leonor esperándole en el hotel, demacrada y débil, sin ningún diagnóstico ni cura. Cuando está pensando en buscar otro hospital en que pedir auxilio, aparece una enfermera con el rostro tapado con una mascarilla y los brazos en alto, aplacándolo y pidiéndole silencio. Hay algo en la expresión de sus ojos grises que logra apaciguarlo, hasta que consigue explicarse y la mujer, joven aún, le hace un gesto para que la siga: va a pedir que lo lleven en la única ambulancia que tienen disponible, para que se abran paso entre la muchedumbre que se agolpa en las plazas y regresar al hotel para recoger a su esposa, porque sólo hay un médico de guardia y ella le garantiza que la examinará. Entre la gratitud emocionada y la prisa por subir al vehículo, Antonio no repara en la confianza que le han transmitido esos ojos grises. No los recordará hasta el día siguiente, cuando pregunte por ella y le respondan que esa enfermera sólo ha estado allí ocasionalmente, de guardia, el Día de la Bastilla, y ahora ha regresado a su hospital.

Manuel conoce el resto: mes y medio después, Antonio escribe a Rubén Darío, entonces Cónsul de Nicaragua, pidiéndole dinero prestado para poder llevarse a Leonor de vuelta a Soria, en busca de ese aire más puro que le han recomendado los médicos. Se ha quedado sin fondos y no tiene a quién acudir. Rubén se resiste a visitarlos durante esas semanas de convalecencia —sí acudirá su compañera, Francisca Sánchez, muy cariñosa con Leonor—, por su aprensión a cualquier enfermedad; pero llegado el momento y su necesidad, Rubén

le envía 300 francos para sufragar el viaje de regreso.

Hasta su última hora, Antonio nunca regresará a París. Buscando el aire serrano y la mejoría de Leonor, alquilará una pequeña casa de campo cerca del Santuario de Nuestra Señora del Mirón. Al olmo viejo algunas hojas verdes le han salido, o eso parece: hay un espejismo de tenue mejoría y Antonio espera otro milagro de la primavera. Manuel evoca a su cuñada, la vuelve a ver con la misma nitidez, tierna y conmovida en las fotografías: la dulce mujer niña, con esa calidez honda y pacífica. ¿Llegó a comprender su matrimonio? Seguramente, no hizo falta. Antonio le contó que un grupo de muchachos de Soria acudió la noche de bodas a despedirlos, en la estación de tren, con una vergonzosa cacerolada: marido y esposa se llevaban diecinueve años. Ni siquiera ahora, en el que también será su último viaje hacia él, podría asegurar si entiende a su hermano; pero sí está seguro de haberlo visto feliz en vida de ella, y profundamente desgraciado después.

Su mujer empieza a despertar. Le viene un verso de su hermano que ahora le suena de otra forma, con fuerza y nitidez: *Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar*. A través del parabrisas distingue la entrada a una ciudad: es San Sebastián.

Eulalia aprieta su mano mientras miran por las ventanillas. San Sebastián se les ofrece desierta bajo la lluvia. Manuel responde al gesto de su mujer con una caricia demorada. Sus ojos se encuentran durante un segundo, en el espejo retrovisor, con los de Raúl, que fija su atención en la amplia avenida bajo el manto de agua.

—¿Te acuerdas del poema que le escribió Rubén Darío?

Eulalia entorna los ojos antes de responder:

—¿El que tu hermano puso en sus *Poesías completas*?

—Ese.

—Claro que sí. *Oración*, ¿verdad?

—*Oración por Antonio Machado*. Estaba pensando en el final.

Eulalia entorna los ojos, en una apariencia súbita de esfuerzo, antes de encogerse de hombros. Manolo sabe que nunca ha tenido buena memoria para las poesías, ni siquiera para las suyas, incluso las que le ha escrito a ella, ni para las letras de las coplas; así que sería un milagro que pudiera acordarse de esos versos. Sin embargo, al abstraerse con la intención de evocarlo, vuelve a cruzar por su cabeza la parsimonia señorial del ciervo, parado en la mitad de la trayectoria del coche, a través de la luna delantera que ahora es despejada por el limpiaparabrisas, y otra imagen retorna a su cabeza.

—Recuerdo vagamente algo de un caballo. Y también de la muerte.

Manuel asiente y empieza a recitar con una voz contenida, en un

tono muy bajo:

—*Montado en un raro Pegaso, / un día al imposible fue. / Ruego por Antonio a mis dioses, / ellos lo salven siempre. Amén*.

—Que Dios lo tenga en su gloria.

Se miran sin decir más. Toman una curva a la derecha y Eulalia se reclina sobre él. Le reconforta la postura y permanece ahí varios segundos, encajada en su brazo. Manuel está a punto de pedirle que no se mueva, que permanezca ahí. Eulalia aspira el fuerte olor a nicotina que desprende su abrigo y escucha la respiración trémula de Manuel, antes de apartarse.

Van al cuartel general. El chófer aparca y les pide que esperen en el coche, para que no se mojen. Cuando regresa está empapado y trae una carpeta.

—Cambio de ruta —comienza, girándose hacia ellos, tras acomodarse en su asiento y cerrar la puerta—. No vamos a París. Su hermano no llegó tan lejos. Ha muerto en un pueblo cerca de la frontera llamado Collioure. Si les parece, podemos pasar aquí la noche.

19

LOS GRIFOS DORADOS

—No ha abierto usted la boca en todo el viaje.

Es la primera frase que pronuncia Raúl en el salón comedor. Ha recuperado parte del aplomo que lo ha abandonado al dejar el Bugatti y subir la escalinata del hotel María Cristina. Cuando ha entregado sus acreditaciones en recepción ha advertido la desgana en cada gesto de Manuel Machado, más pendiente de ayudar a su mujer, quejosa y con la espalda ligeramente curvada por la postura en el asiento, que de apreciar la poderosa presencia de las columnas junto a los escalones o esas alfombras que parecen mullidas. El vestíbulo tiene los techos altos, con unos cortinajes que enmarcan los ventanales asomados al río Urumea. Al entrar en su habitación y descubrir el lujo de ese baño, con los grifos dorados, Raúl se ha sentido flotar cuando se ha dejado caer sobre el colchón más grueso y cómodo en el que ha tenido la ocasión de tumbarse, como si la escena que ahora los contiene no se correspondiera en modo alguno con su condición de chófer de un periodista, amigo de Pemán, que sólo ha contemplado la guerra desde lejos, sin otro mérito que escribir artículos en *El Castellano* a favor de Franco y la Cruzada, al que acompaña, o al que lleva más bien, con su mujer, en un viaje de duelo.

Después del baño baja las escaleras, porque en la recepción le han explicado que el ascensor está averiado desde el principio de la guerra; aunque lo han arreglado varias veces, luego ha vuelto a estropearse. Raúl observa a los huéspedes, la mayoría militares de uniforme que se pasean por el bar americano o por el salón de té con mujeres que parecen venidas de una realidad distinta a la contienda, como si acabaran de salir de una pantalla de cine, con collares y abrigos de pieles suaves y pesados que dejan entrever unos tacones recios, como los fustes de las columnas en las que no ha reparado Manuel Machado, que tampoco se fija en el lujo palaciego del salón comedor, donde las copas y la cubertería relumbran en los espejos bajo las lámparas, magníficas y suspendidas sobre sus cabezas.

¿Qué ha hecho ese «lírico burócrata» para merecerse estar ahí? No

está hablando él, sino Abel Cubero, porque Raúl no siente desprecio por ese hombre: se acostumbró a seguirlo sin ser visto después del incidente de Mariano Daranas, cuando Pemán le encargó que se convirtiera en su sombra —utilizó esa palabra, *sombra*, y así se sintió él durante un tiempo— para evitar que cualquier extremista intentara darle un escarmiento tras su detención, que finalmente se había solucionado gracias a un reguero de intermediaciones, sin otra estrategia que la determinación de esa mujer, Eulalia, y de su hermana Carmen, aquella monja con más recursos de los que parecía. Raúl había cumplido su encargo con más diligencia de la que el propio Pemán podía imaginar; y cuando asistió a la ceremonia del ingreso de Manuel en la Real Academia, Raúl comprendió el alcance de la confianza que el alférez-poeta había depositado en él. Por eso dos días antes, al recibir la llamada de Pemán, tras contarle la circunstancia de Manuel Machado y pedirle que se convirtiera no sólo en su chófer, sino también en su asistente personal durante el viaje, Raúl ha sentido la continuidad con aquellos días de tres años atrás, al comienzo de la guerra, con una cercanía hacia su esposa y él mayor de lo que el propio Manuel podría sospechar, aunque no hayan cruzado nada más que unas pocas palabras. Hay algo en ese hombre que le gusta, algo que no comprende o no alcanza a distinguir y ha calibrado en la distancia de su gesto al entrar al hotel, como si esa grandiosidad, que aparentemente podría cuadrar con su fama de dandi vividor, casi una leyenda de calavera a la espalda, entre amantes cupletistas, actrices o directamente putas por todos los rincones del país, le resultara ajena.

Cuando ha entrado en el salón comedor se ha quedado parado en la entrada sin saber qué hacer, con la gorra caqui entre las manos. Ha extendido la vista por el salón comedor sin detenerse en la mesa que ocupa el matrimonio, para no ponerles en el compromiso de invitarlo a cenar con ellos. Pero Eulalia se ha inclinado sobre Manuel, comentándole algo, y él entonces ha levantado el brazo pidiéndole que se acercara. Raúl ha cruzado el salón comedor, sólo con unas pocas mesas ocupadas, y se ha cuadrado delante de Manuel, bajando la cabeza cortésmente ante Eulalia.

—Muchas gracias señores, pero no quiero molestar.

Eulalia no da tiempo a que Manuel responda.

—Pero cómo vas a molestar, muchacho, con lo bien que nos has traído hasta aquí. ¿Verdad, Manolo?

—Naturalmente —responde, con una sonrisa que a Raúl le parece franca.

—La verdad es que todo está saliendo bien —continúa el muchacho, mientras se coloca la servilleta en el pantalón—. Mañana, si no les apetece madrugar mucho, podemos pernoctar en Toulouse. Aunque, si salimos temprano, por la noche estaremos en Collioure.

—Mañana todavía queda lejos, soldado —le contesta Manuel—. Y prefiero no pensarlo mucho. Por ahora estamos aquí, después de un día de viaje. Yo le recomiendo la perdiz.

Raúl le hace caso y los tres piden lo mismo. Cenan en silencio, sin levantar apenas los ojos de sus platos, entre observaciones amables de Eulalia sobre lo cómodo que le está resultando el viaje a pesar de sus temores iniciales.

—Y tanto que te está resultando cómodo. Te lo estás pasando durmiendo.

Ella se revuelve en la silla como si fuera a elevar una protesta que termina en un guiño hacia Raúl, que le devuelve una sonrisa que a él mismo le resulta aparatosa.

—No todo. Me desperté con tiempo suficiente para apreciar la fantástica maniobra de nuestro conductor cuando ese animal gigantesco se nos cruzó en mitad de la carretera.

—Ah —concede Manuel, evocando un pensamiento que ha quedado atrás—. El ciervo.

—Sí, el ciervo. Gracias a los reflejos de Raúl hemos evitado un accidente.

—¿Raúl? —pregunta Manuel, súbitamente extrañado, mirando de refilón a su esposa y tratando de recordar el momento de la presentación en que el muchacho les ha dicho su nombre, seguramente cuando los ha recogido en la puerta de la pensión, tras almorzar—. Por supuesto. Si yo te conozco. Nos hemos visto en la Oficina de Prensa, ¿verdad?

—En efecto, señor. Soy asistente personal de don José María Pemán. Y a veces voy a su periódico a recoger la maquetación del día siguiente, para su revisión.

—Claro que sí —asiente Manuel, aunque algo hay en esa cara que le resulta familiar por otras sensaciones que no consigue relacionar con el ambiente administrativo y castrense de la Oficina de Prensa, ni con el despacho de Pemán o con la redacción de *El Castellano*.

Permanecen en silencio unos segundos largos que Manuel aprovecha para rellenar las copas con vino abundante. Le está sentando bien. Raúl piensa en pedirle que no la llene tanto; aunque, al fijarse en la expresión excitada del viejo poeta, deja la mano quieta sobre el mantel. Por un momento vuelve a acordarse de Abel Cubero; pero no por la posible indignación que experimentaría su amigo al descubrirlo en esa mesa, con un presunto rojazo y dándose un festín a base de perdiz escabechada mientras los verdaderos españoles están muriendo bajo el fuego de los morteros. No es ese atisbo de culpabilidad lo que le hace pensar en Cubero, sino el brillo febril de rojiza ansiedad que ha advertido en los ojos de Manuel al llenar otra

vez las copas, pese a la leve resistencia de Eulalia, antes de pedir la segunda botella al comprobar que la que está sobre el mantel se ha quedado vacía.

—Efectivamente —continúa Manuel, retomando este tramo de la conversación y dando un sorbo—, ha sido una exhibición de espléndidos reflejos. Pero no sólo eso, también hay que tener en cuenta la suavidad con la que nos has traído por una carretera de muchísimas curvas.

—¿A qué te dedicabas antes? —interviene Eulalia—. ¿Es que eras piloto de carreras?

Raúl se fija en la nobleza de su expresión y advierte la sinceridad de la pregunta.

—Ya me habría gustado, señora. Pero es cierto que sé conducir desde los doce años.

—¡Tan joven! —se asombra ella.

—Pero sí —corrobora Manuel—, no es nada frecuente saber conducir con esa edad. Yo con 12 años solamente quería ser torero. ¿Aprendiste solo?

Raúl les mantiene las miradas durante unos segundos en los que deja de estar allí con ellos, en el salón comedor del hotel terminando de saborear una comida que no ha probado antes, sino en una explanada junto a un campo de trigo, sentado ante un volante.

—Mi padre me enseñó.

—Pues te enseñó muy bien —responde Manuel deprisa, tras advertir una sombra en los ojos del muchacho—. Y has salvado a un ciervo precioso.

—La verdad es que apareció de la nada. Había mucha niebla. Y sí, era muy bonito.

Manuel saca la pitillera y la pone sobre la mesa. La abre y enciende un cigarrillo tras ofrecerle a Raúl, que se lo acepta. Mientras continúan hablando de los bosques que han atravesado y de la llegada a San Sebastián, con las avenidas vacías y la humedad llegando desde el mar como un aviso urgente de violencia, Eulalia comprueba que Raúl no es capaz de seguir el ritmo de Manuel, ante la segunda botella terminada. Sin embargo, dentro de todo, está contenta: este momento quizá esté suavizando la amargura de Manuel, que, cuanto más honda se rebela, más se manifiesta como un silencio espeso, infranqueable, como el que ha mantenido durante todo el viaje.

Eulalia se levanta con esfuerzo, apoyando las manos con discreción en la mesa, haciendo que Manuel también la siga y que Raúl los imite, sin saber por qué.

—Caballeros —comienza, me van ustedes a disculpar, pero estoy rendida.

—Me subo contigo, Eulalia —le contesta Manuel, entre la amabilidad y la escasa convicción.

—En absoluto. Tú te quedas aquí con este muchacho y lo invitas a un coñac. ¿Estamos? A los dos os va a sentar estupendamente. Yo me quedaría un poco más, pero tengo el agotamiento encima y mañana nos espera un día difícil. Eso sí: no tardes mucho.

Raúl no sólo se fija en el beso que se dan, sino en la mano regordeta de Eulalia en la mejilla de Manuel, como si la sostuviera en el vacío. Entrevé algo distinto que no es únicamente el cariño o la costumbre. Eso lo hace pensar en su padre, por segunda vez esa noche: un deseo imposible de amparo y protección en algunos momentos, cuando sabemos con certeza que nada nos podrá ya amparar ni proteger, aunque finjamos que sí.

20

EL LECTOR

Cuando los dos se quedan solos, una vez que se han despedido de Eulalia, tras prometerle Manuel que no se demorará, porque él también está cansado y el día siguiente será largo, después de que el camarero les sirva el coñac, Raúl se siente con la suficiente confianza para mirarlo de verdad de frente y pronunciar la frase que no lo ha abandonado durante la cena.

—No ha abierto usted la boca en todo el viaje.

Manuel le sostiene la mirada sin soltar el vaso, que mantiene sobre el mantel. Se fija en el movimiento de su muñeca, que sacude la superficie cobriza del licor en la que abandona su pensamiento, hundiéndose en esa densidad maleable, como si ese salón, el hotel, la ciudad entera y los bosques que han atravesado se contuvieran dentro de ese vaso.

—Porque no había nada que decir.

Manuel da un sorbo.

—¿Tienes hermanos, muchacho?

Raúl niega con la cabeza.

—Nosotros somos cinco. Pero mi hermano Antonio era mi otra mitad.

—Lo siento mucho. Con la premura de la partida no he caído en darle el pésame.

—Se agradece, muchacho. Pero no hay mayor pésame que llevarnos a Eulalia y a mí a París. Aunque sea por una orden, es lo que estás haciendo.

Raúl se apresura a responder:

—A Collioure. En estas circunstancias es un honor hacerlo, don Manuel.

El salón comedor se ha ido vaciando con el sonido de las sillas arrastradas y los platos retirados de las mesas. Los últimos murmullos y algunas risas se pierden por el ancho pasillo que conduce al bar americano.

—Collioure. Antes has dicho que tu padre te enseñó a conducir con doce años.

—Sí —responde Raúl, bajando levemente la cabeza—. Es el último recuerdo que tengo de él. Fue piloto de pruebas un tiempo. Conducía muy bien, pero murió en un accidente hace ocho años. Mi madre iba con él y también murió. Mi tía me cuidó, y luego la Falange.

Manuel lo mira con curiosidad. Lo acaba de conocer, aunque le sobreviene la impresión de haberlo visto antes, no sólo en la Oficina de Prensa. Levanta la copa y Raúl lo imita. Manuel, entonces, continúa hablando.

—Mi padre fue un soñador. Pasó su vida investigando las raíces de la cultura popular, especialmente el cante jondo, y tratando de que se enseñara en las universidades.

—¿Cómo el latín?

—Como el latín. Pero hasta el latín le habría resultado más rentable. Se gastó todos los ahorros familiares, incluida la herencia de su madre, en la publicación de sus estudios. Una enciclopedia de flamenco que jamás terminó, y de la que nunca vio ni un céntimo. Sin embargo, fue un visionario. También mi abuelo lo fue, porque introdujo las teorías de Darwin en España, y gracias a su sueldo de catedrático en Madrid pudimos sobrevivir hasta que mi hermano y yo nos fuimos a París, para trabajar como traductores. Bendita juventud… Mi padre nos hizo amar los libros. Antonio tiene un poema en el que se le puede ver perfectamente, una tarde tranquila en nuestra casa de Sevilla, trabajando en su escritorio. Nunca le dije a mi hermano que, de todos sus poemas, es el que más me gusta. O quizá se lo dije y no me acuerdo. Pero es leerlo y volver a ver a mi padre, trabajando, en su estudio, mientras mis hermanos y yo jugábamos en el despacho. También lo perdimos pronto: se marchó a Puerto Rico, para ganar dinero como abogado, aconsejado por unos amigos. Pero contrajo unas fiebres y a mi pobre madre sólo le dio tiempo a llegar a Cádiz para despedirse de él, porque él entró sentenciado en aquel barco que lo trajo de vuelta.

Raúl permanece pensativo y da un sorbo al coñac, que lo abrasa por dentro.

—Fue una suerte para su hermano y para usted que a su padre le gustaran tanto los libros.

—Sí —sonríe Manuel—. Aunque a veces no sé si es una suerte o una condena.

—¿Una condena, por qué? Los libros son maravillosos. La vida está en los libros.

Manuel sale de su ensimismamiento.

—¿Raúl, verdad?

—Sí, señor.

—Por favor, repite eso último que has dicho.

—¿Que la vida está en los libros?

—Eso mismo. Se lo habrás escuchado a alguien y por eso lo repites. Pero no es verdad.

Raúl desvía la mirada y tiene la sensación de haber sido descubierto dando un paso en falso. Sin embargo, lo piensa. Vuelve a mirarlo con fijeza.

—Tiene razón. A un amigo, antes de la guerra. Quizá ahora él mismo no me diría eso.

Manuel asiente y hace ademán de recoger la pitillera del mantel.

—¿Y cómo se llama ese amigo, si puede saberse?

—Abel Cubero.

Raúl responde con voz firme, expectante ante la reacción de Manuel, que mantiene el mismo gesto de ajenidad mientras piensa en el nombre que acaba de escuchar. Después comienza un leve gesto afirmativo que parece asomar de regiones muy lejanas.

—Conocí a un aspirante a poeta llamado Abel Cubero, hace unos veinte años.

Raúl confirma con un rápido movimiento del mentón.

—Seguramente es el mismo. Fue mi superior en la Falange. Me recomendaba libros.

—¿Qué libros?

—El primero, la Biblia. También San Juan de la Cruz, Santa Teresa y San Agustín.

—No son malas alforjas. *Confesiones* de San Agustín lo descubrí yo en Burgos, gracias a mi buen amigo el sacerdote José Zameza, que, además de ser mi confesor, y el de mi señora, es un auténtico sabio. Uno de los títulos fundamentales de mi vida.

—A mí me lo prestó mi amigo Abel Cubero.

—Sí, creo que me voy acordando de tu amigo… Entonces era muy joven, y amigo de Cansinos Assens. Durante un tiempo nos encontrábamos en Madrid, siempre de noche. Se ve que teníamos un gusto parecido por lugares de distinto pelaje, porque él siempre aparecía antes o después. O quizá el que aparecía era yo… Siempre andaba lampando; pero, al parecer, no le fue tan mal.

—Está sirviendo en el ejército desde que empezó el glorioso Alzamiento Nacional.

—Pues me alegro. Afortunadamente, entonces, se sobrepuso a aquella vida.

—Según me ha contado, lo pasó mal hasta que entró en la Falange. Ese ejemplar de *Confesiones*, que conservo yo, es uno de los pocos libros que no malvendió.

—Por desgracia, no puede sorprenderme —responde Manuel, pensativo, dando unos golpecitos en la mesa con el filo de la pitillera —. En aquellos días que ahora mi hermano, que en paz descanse, y yo, evocaríamos no sin nostalgia, eran legión los que acababan mal. Uno siempre sublima su juventud, pero fueron años muy ásperos. Para muchos, elegir entre la miseria y el crimen. La tragedia ridícula de la bohemia.

Raúl sonríe y recita en voz baja, marcando la inflexión del verso:

—*Y esta ancestral pobreza / española del vate.*

Manuel enarca las cejas. Después sonríe.

—Oye, eso es mío.

—Eso y lo último que acaba de decir: *La tragedia ridícula / de la bohemia.*

—Pero ¿qué pasa? ¿Es que Pemán también te ha ordenado aprenderte mis versos?

—No —contesta Raúl—. Me gusta leer. Y la poesía se me queda con facilidad.

—¿Toda la poesía?

—La que me gusta. Aunque es cierto que a usted lo descubrí gracias a Pemán.

Manuel le vuelve a sonreír, apura el coñac y se levanta lentamente.

—Te lo agradezco. Pero, entonces, al que tienes que leer es a mi hermano.

TERCERA PARTE

21

EL BAR AMERICANO

—Ya sé que es tarde, pero acompáñame a mi habitación. Será sólo un momento.

—¿Necesita algo?

—Al contrario, eres tú quien lo necesita —sonríe—. Pero aún no lo sabes.

Asiente y sube con Manuel las escaleras. Las dos habitaciones, la del matrimonio y la de Raúl, están en la primera planta, aunque cada una en un extremo. La majestuosidad del edificio ha dejado de impresionarlo. Las palabras de Manuel siguen resonando en su cabeza como una melodía sorda. La luz de la escalera se va volviendo tenue a medida que dejan atrás el vestíbulo y se acercan a la primera planta, con el leve bullicio de la recepción más acallado. Que la vida no está en los libros, le ha dicho ese hombre que antes de la guerra era famoso por sus artículos, sus versos y sus coplas. Él no lo conocía hasta la intervención de Pemán, pero luego elaboró su propio perfil del personaje. Pues bien: quien ahora mismo asciende los escalones sin levantar la mano derecha de la baranda de latón dorado, elevando cada pierna con dificultad y pesadez, como si fuera a hundirse a cada paso sobre la alfombra que cubre los escalones, se ha rebelado ante esa afirmación que él mismo escuchó de labios de Abel Cubero: que la vida está en los libros. Raúl deja que se adelante y tuerza el segundo tramo que se abre a la izquierda para acceder a la primera planta y se fija en la curva de su espinazo, con ese peso invisible caído sobre sus hombros que ya le pareció advertir la primera vez que lo vio, aunque se le ha manifestado mucho más intenso desde el día anterior, cuando los recogió en la entrada de la pensión.

Manuel abre despacio la puerta de la habitación. Introduce la llave en la cerradura y la gira con delicadeza. Raúl se pregunta cuántas noches habrá repetido ese hombre el mismo movimiento, adiestrándose en esa precisión casi de ladrón de guante blanco, a lo largo de décadas, al volver a su casa después de una noche de jarana, con esa pericia acumulada que se mantiene aún con sorprendente

eficacia, a pesar de una embriaguez que no es evidente, pero Raúl adivina en el brillo de sus ojos y en la lentitud final de las palabras, como arrastradas por unas arenas movedizas que se le han quedado debajo de la lengua.

A Raúl le parece que flota sobre el suelo cuando se adentra en la oscuridad, porque no logra escuchar ni el más leve crujido de madera. Vuelve con un libro blanco. Pasa la mano despacio por el lomo y la cubierta, casi acariciándolo, antes de tendérselo.

—*Poesías completas*, de Antonio Machado —lee Raúl—. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Madrid, 1917.

—Nada menos que veintidós años han pasado, y ahora mi hermano está muerto.

Raúl lo mira y sopesa el volumen como si fuera de plomo, sin atreverse a abrirlo.

—Le agradezco la confianza, pero puede ser peligroso —concluye, y hace ademán de devolvérselo—. Además, no puedo aceptarlo. Y menos en estas circunstancias.

Manuel frena su movimiento con la palma hacia arriba, mientras baja el mentón.

—En primer lugar, muchacho, como secretario de Pemán, y porque estamos en estas circunstancias, prácticamente tienes bula papal. En segundo lugar, sólo es un préstamo.

Se despiden y Raúl cruza el pasillo como si llevara en las manos una mezcla química inestable. La situación le parece ridícula; pero, en cualquier caso, le vendría bien tomarse un último coñac. Se pregunta si le afectará para la conducción del día siguiente y él mismo se responde con una sonrisa que le devuelve la confianza. Sin embargo, no puede descender las escaleras con ese volumen en las manos y lo deja encima de la mesilla de noche de su habitación. Lo mira durante unos segundos, bajo la luz del quinqué, y se fija en la pequeña ilustración en el centro de la portada: la cabeza de perfil de un hombre joven con una corona de laurel, dentro de una circunferencia. Lo abre y se encuentra con la foto de Antonio Machado sobre su firma impresa. Está elegante con su corbatín, aunque la frente aparece despejada por una alopecia demasiado temprana para un retrato de juventud. Lo que más le sorprende es su expresión, casi temerosa, como si el foco del fotógrafo lo hubiera deslumbrado. Por un momento piensa que hay algo más ahí: quizá es justo lo contrario, un resto indisimulado de superioridad, matizada por el gesto que le sigue resultando asustado, dentro de su franqueza y su profundidad. En cualquier caso, no es una mirada que le resulte simpática. Cierra el libro, lo guarda en el cajón de la mesilla y apaga la luz. Se asegura de echar bien la llave y desciende por las escaleras.

Cuando llega a la recepción se dirige al bar americano. Va hacia la barra tratando de no cruzar la mirada con ninguno de los oficiales que hablan casi a voces en un sofá del fondo, junto a la cristalera. No es un ruido molesto en el salón vacío, sino de una cordialidad que se confirma cuando uno de ellos lo invita a compartir su mesa con un gesto de la mano. Mira a su alrededor y después asiente, porque se están dirigiendo a él.

—No te quedes ahí solo, muchacho Tenemos coñac y aquí hay sitio de sobra.

Raúl se acerca con cierta prevención, como si todavía llevara el libro entre los dedos, y cuando llega a la mesa estrecha sus manos. Son dos tenientes de infantería y un capitán, pero no ostentan los rangos entre ellos. Le parecen sólo unos años mayores que él: ninguno de los tres ha cumplido los treinta. Tienen una botella de Luis Felipe y el capitán lo interrumpe con un gesto disuasorio cuando Raúl hace ademán de levantar el brazo para llamar al camarero, esbozando una sonrisa que le parece sincera.

—Hombre, permítenos invitarte.

El capitán sigue hablando mientras le sirve.

—El señor con el que te hemos visto pasar antes, ¿era Manuel Machado?

—Sí —confirma Raúl.

—Vaya —se dirige a los otros—. ¡Os lo había dicho! Me habría gustado saludarlo, pero no he querido interrumpiros.

Le parece cálido el tono de su voz, que los dos tenientes acatan con una disciplina invisible que no parece impuesta. Cada uno de ellos, en sus rasgos, dejan entrever un brillo de dureza y un cierto sufrimiento. Raúl deduce que están en San Sebastián de permiso y acepta la invitación.

—¿Eres su asistente?

Raúl asiente mientras medita su contestación, aunque sabe que la noticia de la muerte de Antonio Machado ya se ha publicado en toda la prensa nacional y extranjera.

—Sólo para este viaje. Los llevo, a él y a su mujer, al entierro de su hermano.

Uno de los tenientes, el único rubio de los tres, interviene con un cierto tono de alarma que hace variar ligeramente la expresión del capitán.

—Su hermano ¿el poeta rojo?

—Ese mismo.

—Qué más da que sea rojo. Es su hermano y el hombre querrá despedirse de él.

Raúl da un sorbo largo y se reclina cómodamente en el sillón,

mientras siguen flotando en el aire cargado por el humo las palabras del capitán, que quizá es el más joven de los tres y, definitivamente, ejerce su autoridad sin exhibirla. Permanecen en silencio hasta que el otro teniente, con la barba tan rasurada como los otros y un bigotito recortado, mueve la cabeza de un lado a otro, con desaprobación, antes de dar una calada.

—Mi capitán, si me lo permites, ese espíritu te honra. Pero no estoy de acuerdo.

—Pues aclárame en qué. ¿Es que un hombre no puede despedirse de su hermano?

—Si su hermano es un traidor, no hay despedida que valga. Por muy don Manuel Machado que sea y por mucho que te gustaran sus obras de teatro.

—Te recuerdo que a ti también te gustó *La Lola se va a los puertos*. Disculpa —le dice a Raúl—, los tres somos amigos de antes de la guerra.

Raúl esboza una sonrisa neutra.

—Yo no he visto ninguna obra de teatro suya ni de su hermano. Sólo los acompaño y conduzco el coche que los lleva. En realidad, soy el secretario de don José María Pemán.

—¡Hombre! —exclama el primer teniente, con el entusiasmo compartido del otro—. Eso sí es una figura de las letras. El alférez-poeta. Quien ha escuchado uno de sus discursos ya no puede olvidarlo. Pemán tiene la Cruzada en las venas, a Dios y a España.

El capitán baja la vista durante unos segundos, antes de levantarla.

—Efectivamente, Pemán es un buen escritor. Eso nadie lo duda, Óscar.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Sencillamente, Machado es otra cosa.

Interviene el segundo teniente, que parece a punto de rendirse al sueño.

—¿Cuál de los dos?

—¿Cómo que cuál de los dos?

—Sí. Has dicho Machado, capitán, sin concretar. ¿Te refieres al hombre que hemos visto pasar hace un minuto, al que acompaña este camarada, o al hermano, el poeta rojo?

El segundo teniente ha despertado de su adormilamiento.

—Me refiero a cualquiera de los dos. Esos hombres son gloria literaria de España.

—¿Aunque uno de ellos sea un puto rojo? Joder, Jaime, que escribió esa mierda de *si mi pluma valiera tu pistola* y otras muchas cosas terribles. No era ningún corderito.

—Sí —interviene el otro teniente—. Era un bolchevique. Quería

hacer la revolución, por el amor de Dios. Era un enemigo y muerto está mejor. Era tu enemigo, Jaime, enemigo de los tuyos y de todo en lo que crees. Ya no estamos para literaturas, capitán. Y ahora, si me disculpáis, yo me retiro.

—Yo también —se incorpora el otro teniente—. Es muy tarde para estas discusiones.

—¿Lo dices por hoy, Pedro —pregunta el capitán— o lo dices en términos históricos?

—Me importa un carajo —responde, con un vago gesto de saludo —. Buenas noches.

El segundo teniente también se despide. Se quedan los dos ante el coñac.

—¿Te sirvo otro?

—De acuerdo, gracias. Pero sólo un poco, mañana tengo que conducir. Aunque creo que mis compañeros de viaje, especialmente él, van a levantarse tarde. Estarán cansados.

—¿Cómo es?

—¿Quién?

—Quién va a ser. Manuel Machado.

—¿De verdad lo admira, capitán?

—Llámame Jaime. Pues claro que lo admiro. Y esos cenutrios de Óscar y Pedro también lo admiraban. Bien que se rompieron las manos en el estreno de *La Lola se va a los puertos*, y no pararon hasta que consiguieron los autógrafos de los dos hermanos en la fiesta del Ritz. Pero claro, ahora no les gusta recordar que estuvieron allí ni que los aplaudieron a los dos.

En una de las fotografías de la fiesta por las cien representaciones de *La Lola se va a los puertos*, estrenada en el Teatro Fontalba, en Madrid, el 8 de noviembre de 1929, con Lola Membrives y Ricardo Puga como primeros actores y firmada por los hermanos Machado, aparecen, de izquierda a derecha y por el orden siguiente, Antonio Machado, el dictador Miguel Primo de Rivera, Manuel Machado y José Antonio Primo de Rivera, que fundará Falange Española solamente cinco años después. Todos van con impecable frac y pajarita. Serios, pero no rígidos, posan padre e hijo. Se les nota cómodos, aunque en la mirada del dictador se percibe una cierta preocupación al acecho, que le ha ensombrecido la mirada. Pero lo interesante es el contraste entre las expresiones de los dos hermanos. Aunque estemos en una ocasión tan festiva como el éxito de *La Lola*, Miguel Primo de Rivera es el mismo Miguel Primo de Rivera bajo cuya dictadura militar —bastante menos severa que la que vendrá luego, pero una dictadura al fin y al cabo—, la policía ha detenido varias veces a Ramón del Valle-Inclán

por sus protestas callejeras. También Miguel de Unamuno, vicerrector de la Universidad de Salamanca y maestro espiritual y filosófico de Antonio Machado, ha sido desterrado a Formentera, aunque finalmente recibirá un indulto. Pues bien: en la fotografía, la única semejanza entre ambos hermanos, además del frac, es que los dos sostienen el pitillo con la mano izquierda. Así, mientras que el gesto inacabado de Manuel no parece grave, sino que sobrevuela por encima de la escena, como si estuviera saliéndose del foco y no le importara ni la compañía ni el motivo que los reúne, la sonrisa relajada de Antonio Machado, codo a codo con el dictador, con el mentón levemente inclinado, luce confiada y plácida. Es, con diferencia, el más contento de la imagen.

—Yo no he visto ninguna de esas obras de teatro. ¿Quién de los dos las escribía?

—Pues los dos, a cuatro manos. Eran un prodigio. Y, de todas ellas, *La Lola* fue la mejor.

—No lo sabía. Yo sólo he leído unas poesías de don Manuel que me prestó Pemán.

Jaime asiente, antes de dar un largo sorbo a su coñac y volver a rellenar su copa.

—No me has respondido a la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Cómo es Manuel Machado.

—¿En qué sentido? Por cómo trata a su señora, me parece un caballero.

—En todos los sentidos, muchacho. ¿Conoces las historias que circulan sobre él?

—Algo he oído —sonríe Raúl—. Pero desde que empezó la guerra, en Burgos, yo sólo lo he visto con su mujer, entrando y saliendo de los periódicos y yendo a misa. Nada más.

—Esta maldita guerra nos ha cambiado a todos —contesta el capitán, con el gesto torcido, mientras agita el vaso y contempla como circula el coñac en el fondo—. Fíjate, un hermano yendo en coche a despedirse de otro que acaba de morir. Eso es la Guerra Civil. Y este ha tenido la suerte de ser quien es. La mayoría no podemos despedirnos de nadie.

—Pero señor —comienza Raúl, que sigue sin apearle el tratamiento —, todo eso se hace por un fin. Combatimos por los ideales más altos. Para erradicar la revolución marxista.

El capitán lo mira fijamente.

—¿Has estado en el frente, muchacho?

Raúl baja la cabeza.

—Sólo al principio. Me hirieron y después me asignaron a la Oficina de Prensa.

—Aunque llevaras tres años pegando tiros, te diría lo mismo. Escúchame bien, porque esto no lo vas a oír más veces, sobre todo cuando terminemos de ganar la guerra: no hay ningún ideal lo bastante alto como para que los hermanos se maten entre sí.

—Pero el terror rojo…

—Ni el terror rojo ni el terror nacional. Hay demasiados sectarios, mucha sed de sangre en los dos bandos. Mira ese pobre viejo al que llevas a Francia. Un poeta. ¿Tú crees que alguna vez pensó, hace no demasiado tiempo, que se vería con sesenta y tantos años así, yendo a otro país, cruzando la frontera para llegar al entierro del hermano con el que escribió sus obras de teatro, y que cada uno de ellos representaría a una España enemiga de la otra?

—No. No lo creo.

—Te aseguro que ni el que acaba de morir, ni este, lo pensaban. Todo esto es una locura y por desgracia ya no tiene remedio. Estoy seguro de que tu compañero de viaje, por muchos poemas que escriba alabando a las tropas alemanas, está de acuerdo conmigo. Pero no te lo va a confesar, aquí nadie va a decir nada porque estamos acojonados, fíjate bien lo que te digo, no vaya a ser que parezca que no somos todos más franquistas que Franco.

—Habla usted como si no lo fuera.

—Es que no lo soy. Yo soy monárquico de don Alfonso XIII. Pero en la lucha contra los rojos me pongo al lado de quien sea: de Franco, de Mussolini o del mismísimo Hitler.

Raúl asiente y coge la botella.

—¿Me permite, mi capitán?

—Adelante, muchacho. No tienes que preguntar.

Raúl rellena las dos copas, da un sorbo y paladea el coñac, con el sabor a barrica que le llega a las sienes, echando la espalda hacia atrás en el sillón y cruzando las piernas.

—¿Cómo eran esas obras de teatro de los dos hermanos?

—Pues… históricas, entretenidas y muy populares. Pero estaban escritas en verso.

—¿En verso?

—Sí, como el teatro clásico. Lope y Calderón. ¿Conoces algo de eso?

—No.

—Pues ahí tienes un mundo, chico. Mucho mejor que la farfolla vanguardista.

—¿El qué?

—El siglo de oro, hombre. Ya veo que no has hablado mucho con

Manuel Machado.

—Ni de literatura, ni de nada. Se ha pasado el viaje sin abrir la boca. Pero cómo iba a hablar, teniendo en cuenta el motivo del viaje. Hemos charlado un poco durante la cena.

—Ya.

Beben en silencio, unos minutos, como si la conversación hubiera dejado de ser imprescindible. Están solos en el bar americano, aunque de vez en cuando llega algún murmullo desde el vestíbulo o el repiqueteo de unos tacones subiendo las escaleras.

—Es curioso. Pero durante mi último permiso, hace un año, me crucé aquí mismo con un tipo con el que también acabé hablando, o discutiendo, mejor dicho, de los hermanos Machado. No recuerdo su nombre, pero sí su rencor, que me pareció enfermizo, como si escupiera cada palabra. Y venía de Burgos.

—¿De Burgos? —se interesa Raúl, incorporándose.

—Sí —el capitán se echa hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas y la copa entre las manos—. Fue la misma noche que Manuel Machado leyó su discurso de entrada en la Academia. Precisamente antes te hablaba de los sectarios que hay en los dos bandos y este era un sectario de cojones. De los más radicales que he visto. El tema lo sacó él, venía ya calentito tras asistir al acto. Yo lamenté mucho no haber llegado a tiempo, porque mi permiso había empezado esa misma noche, y el tío casi me pega. Vamos, que lo tuvieron que sujetar. Parecía que estaba endemoniado. Luego, cuando conseguimos serenarlo, acabó pidiéndonos disculpas, pero se quejó de que en Burgos, y también aquí, en San Sebastián, y ya incluso en la Real Academia, pudiera haber tantos conversos protegidos, como Manuel Machado. ¿Cómo lo llamó? Sí, republicano y masón. Pero con virulencia.

—¿Y cómo era ese hombre?

—Pues no sé, bastante mayor que yo. No parecía avejentado, aunque nos quedó claro que se le había quedado el culo pelado de combatir. Tenía los pómulos hundidos y unas ojeras tremendas. Al principio de la conversación nos pareció a todos un tipo normal, hasta simpático, pero al hablar de Machado se le puso una cara de loco que nos asustó.

Raúl permanece pensativo, imperturbable, y suelta el vaso en la mesa.

—¿Qué pasa? ¿Es que lo conoces?

—Podría ser, pero no estoy seguro. ¿Qué hizo después?

—Se marchó. Pero no me extrañaría que esa noche acabara pegándose con alguien.

Durante unos segundos, a Raúl le viene a la memoria la reacción

de Abel Cubero el día en que liberaron a Manuel Machado. Estalló en cólera como nunca lo había visto, con una animadversión que parecía rumiada desde una región honda de sí mismo. Fue imposible calmarlo. Invocando la vigencia de su rango superior en la Falange, Abel Cubero obligó a Raúl a acompañarlo a la prisión militar, donde exigió interrogar a uno de los presos: un periodista encarcelado en los primeros días que, milagrosamente, aún no había sido fusilado. Estaba sentado en una silla, con las manos atadas a la espalda, en una celda vacía en la que sólo había un cubo de agua y una toalla empapada sobre el suelo. Raúl vuelve a escuchar las palabras de Abel, como las ha recordado tantas veces, y también la expresión aterrorizada de aquel hombre, en camiseta de tirantes, encogido en la silla, con los pies descalzos.

—Ese mariconazo se ha librado, pero este todavía no. Venga, chaval. Empieza tú.

22

LA INTERVIÚ

Cuando Raúl despierta, siente una extraordinaria placidez. Estira las piernas bajo la manta y se da cuenta de que se ha quedado dormido con el uniforme puesto. En su tenue duermevela lo acompañan imágenes aisladas, inconexas, que asocia al mundo que ahora lo acompaña. Al abrir la puerta estaba demasiado excitado por el alcohol y las frases que había cruzado con ese Jaime en el bar americano sobre los hermanos poetas como para poder dormirse directamente. Además, ese joven capitán, sólo unos años mayor que él y ascendido con toda probabilidad por las imposiciones de la guerra, seguramente no habría imaginado que a Raúl, cuando regresara a su habitación, le estaría esperando en la mesilla el libro que le había prestado Manuel Machado con la poesía de su hermano. Aunque eran las dos de la madrugada, se había sentido tan despierto al sentarse en la cama, que encendió el quinqué, se apoyó en el cabecero y comenzó a leer. Ahora extiende la mano y lo apaga, porque ha seguido iluminándolo toda la noche, mientras saca el libro de las sábanas y lo vuelve a poner en la mesita. Mira el reloj: es casi mediodía y no recuerda a qué hora se durmió, porque se abandonó obsesivamente a la lectura de unos poemas que le parecieron algo totalmente distinto a cuanto había leído antes, de una desarmada sencillez, pero con impactos sutiles, en un efecto de ecos interiores que lo forzaban continuamente a releer, y a la vez devorar las páginas siguientes con la misma avidez de un cigarrillo fumado con ansiedad. Se ha retrasado, sí, pero Manuel y Eulalia también deben de haber dormido hasta tarde, o le habrían avisado. Con la mirada perdida en las últimas imágenes, que ya se empiezan a difuminar, se quita el pantalón, la guerrera y la camisa, y entra en la bañera.

El chorro de agua caliente prolonga la impresión que empieza a diluirse, pero sus sueños han sido poderosos y se resisten a desaparecer, como si Raúl hubiera continuado leyendo esos poemas de Antonio Machado mientras dormía. Era un escenario a la intemperie: árboles desnudos sobre tapices de hojas secas, fuentes con aguas de

apariencia serena y lechos profundos en los que se agitan, temblorosos, los rostros sumergidos de niñas recién muertas, montes encrespados con un aire purísimo que todavía recorre sus pulmones si lo piensa, tras escalar hasta la cima de la montaña desde la que contempla un tiempo anterior, sencillo y claro, en que los hombres aún no se despedazaban entre sí ni encontraban motivos para hacerlo. La esperanza febril de una primavera que no llegará y esas manos de pronto convertidas en ramas formidables de un árbol quemado por un rayo, humeante y dormido sobre su propia alfombra de cenizas. Colores amarillos en los mantos serenos cubriendo las laderas, la imagen redentora del padre que trabaja mientras los niños juegan a sus pies y luego se convierten en hombres que contemplan esa misma estampa, que ahora también flota dentro de la mirada de Raúl cuando se fija en el brillo dorado del grifo. La luz que se refleja en él se difumina, como si también cayera sobre el hombre que, en el sueño, lo ha mirado desde el fondo de su fotografía.

Vuelve a abrir el libro y lo contempla, estudiando sus ojos. A la mañana siguiente de haberlo visto por primera vez, su mirada sigue sin resultarle amable. Quizá sea por el resto de altivez que asoma en su expresión, una especie de desdén remoto que no se toma la molestia de embozarse y se ofrece casi con la misma transparencia de sus versos; si los compara, a pesar de las circunstancias penosas de su duelo, en lo que ha podido entrever cuando Eulalia se subió a la habitación y se quedaron los dos solos en el comedor, le parece más relajado el gesto de Manuel.

Sin embargo, cuando se los encuentra al entregar la llave en la recepción, aunque Eulalia lo saluda cordialmente, nota tenso a Manuel. Se pregunta si será por su demora; pero está seguro de que, si le explica la razón de su retraso, Manuel comprenderá que se haya quedado despierto hasta tarde leyendo los versos de su hermano; fue él, a fin de cuentas, quien tanto le insistió en prestarle el volumen la noche pasada. Pero, al percibir el gesto taciturno de Manuel, se dice que no tiene que ver con su llegada. Raúl le pregunta si ha descansado bien con una mención cómplice a los últimos tragos. Pero Manuel, con el ceño fruncido y la mirada turbia, ni siquiera parece recordar que se quedaron juntos hasta tarde, y tampoco repara en el libro que Raúl lleva entre las manos, con la portada cubierta por la carpetilla con los mapas.

—No, no he descansado bien —le responde—. Me desvelé a las cuatro, tras una pesadilla, y ya no he conseguido pegar ojo. Estoy reventado, pero qué le vamos a hacer.

—Bueno, eso ya pasó. Con un poco de suerte ahora te duermes en el coche, Manolo.

—Claro que sí —añade Raúl, algo desconcertado por el cambio en

Manuel, como si no hubieran compartido la charla nocturna—. ¿Han desayunado?

—Sí —le responde Eulalia—, hace una hora. Pero con mucho gusto te acompañaremos.

—Muchas gracias señora, pero no se moleste. Será algo rápido. Un café.

—Un café y lo que quieras, ¿verdad, Manolo? Que luego tienes que conducir y no sabemos lo que vamos a encontrarnos por el camino. Mejor salir con el estómago lleno.

Raúl elige un desayuno inglés y Manuel y Eulalia piden más café. Manuel parece abstraído y sólo Eulalia le da conversación, preguntándole si se quedaron hasta muy tarde. Le explica que ella se durmió enseguida y que siempre ha tenido el sueño pesado, sin que Manuel se dé por aludido, como si esas explicaciones no le concernieran.

—No mucho, señora. Lo justo para acabarnos aquel coñac.

—Estoy segura de que hubo algunos más y os sentaron muy bien.

Raúl decide obviar la llegada de ambos a la habitación del matrimonio, la entrada de Manuel casi a hurtadillas, para no despertarla, el libro de su hermano, el regreso al vestíbulo y la otra conversación en el bar americano. Y, por supuesto, su noche de lectura.

Cuando salen del salón comedor, el hombre que está sentado en una de las butacas del *hall* se levanta como por un resorte, cerrando el periódico que tiene entre las manos y dirigiéndose hacia ellos. Lleva una gabardina gris y a Raúl le parece bastante corpulento.

—Don Manuel —comienza, con un acercamiento que resulta invasivo, porque le está obstaculizando el paso.

—Dígame.

—Soy Alonso Bayo, de *La Voz de España*. Hemos sabido que se encuentran ustedes en San Sebastián y he venido a hacerle una interviú. Temía que ya se hubieran marchado.

Eulalia y Raúl permanecen en silencio. Manuel mira de hito en hito al periodista.

—Lo lamento, pero no podemos detenernos.

—Será sólo un momento, don Manuel. Es para nosotros una gran ocasión poder entrevistar en el periódico al poeta más grande, con José María Pemán, de la España leal.

Manuel susurra algo tan bajo que ni siquiera Raúl, a su lado, consigue escucharlo.

—¿Perdón, me decía?

—Nada. No le decía nada. ¿Sabe usted a qué se debe mi paso por San Sebastián?

Alonso Bayo alza las cejas rápidamente, sobre sus ojos de búho, se recoloca las gafas con un movimiento nervioso de la mano y después vuelve a relajarlas, lentamente.

—Tengo entendido que van a la frontera con Francia, por la muerte de su hermano.

—En efecto —contesta Manuel, en un tono que sigue siendo algo susurrante, pero que todos oyen—. Por tanto, y sintiéndolo mucho, no tengo ninguna interviú que hacer.

—Pero don Manuel —se resiste el periodista, avanzando hasta colocarse muy cerca de su cara, intimidante, y Raúl se pone en guardia—, las circunstancias de su hermano…

—De las circunstancias de mi hermano nada tengo que decirle ni a usted ni a nadie.

—Permítame que insista. Le estoy ofreciendo una oportunidad para que, como buen español, dé una explicación y condene el alineamiento político de su hermano, el poeta Antonio Machado, con el bando rebelde, que lo está celebrando como un mártir.

Antes de que a Manuel le dé tiempo a contestar Raúl da un paso al frente. El periodista lo mira desafiante y se guarda las gafas en un bolsillo.

—Ya le ha contestado dos veces —interviene Raúl, con amabilidad —. Ahora apártese.

El periodista, que tiene hechuras de boxeador, suelta una sonrisa de confianza.

—¿O qué, niño?

En un movimiento velocísimo, Raúl mete la mano por la apertura de la gabardina hasta agarrarle los testículos. Alonso Bayo se dobla, Raúl se acerca más y le habla al oído.

—O te arranco los huevos, hijo de puta.

Cuando entran en el coche ninguno de los tres comenta nada sobre el incidente al que acaban de dar la espalda, al descender apresuradamente por la escalinata de la puerta principal del hotel, con ese hombre tan grande encogido en medio del *hall*. Si todo va bien, dentro de un par de horas se detendrán en los Pirineos Atlánticos, en Pau, para hacer un descanso y almorzar, y luego seguirán hacia Toulouse. Es posible que se queden a pasar la noche, porque Raúl ha pensado, sin consultarlo con ellos, que no tendría sentido enlazar con el último tramo de la ruta entre Toulouse y Collioure para llegar allí de madrugada. Ignora qué recibimiento les espera de los refugiados republicanos, por más que Eulalia y Manuel sean familia de Antonio Machado y acudan a su entierro; por esa razón, quizá les convendría llegar de noche. Cuando dejan atrás San Sebastián, Raúl vuelve a ver

el trayecto que estudió por la mañana en el mapa: San Juan de Luz, Bayona, Peyrehorade, Orthez, Lacq y Lescar, antes de llegar a Pau. Un viaje cómodo adaptado al horario de salida; porque, si hubieran salido antes, habrían llegado a Collioure por la tarde.

—Muchacho —comienza Manuel, y Raúl advierte el gesto de atención de Eulalia cuando los contempla por el espejo retrovisor—, estoy seguro de que tu intención era noble, has estado demasiado expeditivo con ese hombre.

Las miradas de Raúl y Eulalia se cruzan, y él se mantiene en silencio.

—Manolo, ¿me dejas que intervenga?

—¿Cuándo te he negado yo intervenir en algo, mujer?

Raúl se fija en lo solitaria que está la carretera. Parece a punto de empezar a llover.

—Pues perdona que te contraríe delante del muchacho. Pero en este viaje todos, empezando por ti y por mí, estamos haciendo lo que tenemos que hacer. Y eso es precisamente lo que ha hecho Raúl con ese hombre.

—¿En serio? ¿Es así como vamos a solucionar las cosas a partir de ahora, Eulalia?

Raúl ni siquiera pestañea al descubrir que se está librando un combate en el asiento trasero, con otras implicaciones más profundas.

—Así es como Raúl ha pensado que tenía que hacerlo y a mí me ha parecido bien. No me ha gustado la manera que ha tenido ese hombre de acercarse a ti. Te estaba intimidando. Yo misma me he sentido violenta. Por eso cuando hemos entrado en el coche no he podido decir nada. Tengo las piernas flojas desde que hemos salido del hotel.

Raúl los observa. Eulalia continúa mirando a su marido, que ha girado la cabeza hacia la ventanilla y parece absorto en la arboleda.

—A lo mejor tendría que haberme sentado con él y dejarle hacer su entrevista.

Ella lleva su mano, lentamente, a la barbilla de Manuel, que vuelve a mirarla.

—En estas circunstancias, cualquier cosa que hubieras decidido habría estado bien.

23

SAN AGUSTÍN EN SU LABERINTO

Raúl se concentra en la carretera. Por una asociación con el diálogo del matrimonio, vuelve a verse subiendo las escaleras de la pensión en la calle Aparicio Ruiz, un año antes, la mañana del viernes 7 de enero de 1938, con las tarjetas de José María Pemán y Eugenio d'Ors para Manuel Machado. Cuando lo encuentra en la salita de la segunda planta, Manuel departe con José María Zugazaga, su compañero más afín, con humildes aspiraciones de discípulo, de la redacción de *El Castellano,* y don José Zameza, el confesor del matrimonio. Las semanas anteriores, Raúl siempre lo ha visto en esas compañías. Hace ya tiempo que no son necesarias sus tareas de sombra, porque la percepción de Manuel Machado, en Burgos, por parte de los círculos conservadores más influyentes, parece haber llegado a una extendida unanimidad sobre su conversión a la España cabal, con aquel primer fervor republicano ya extinguido, como él mismo no se cansa de explicar, porque se marchitó muy pronto. Y respecto al otro tema candente o problemático, en relación con él, que es el destacado posicionamiento de su hermano Antonio, en muchos de sus escritos, a favor de la España desleal, quien más y quien menos también tiene familiares en el otro bando. Por eso aquella misma sensación de amenaza de unos meses antes ya no tiene sentido. Sin embargo, aunque Pemán le indicó hace tres semanas, después de Navidad, que no hacía falta que siguiera velando por él, Raúl ha seguido frecuentando las rutas de sus paseos, siempre al atardecer, con la distancia suficiente y una aleatoriedad que harían casi imposible su sospecha si reparara en él. Además, en esos paseos, cuando lo ve de lejos, a veces con los dos y siempre con José Zameza, o incluso si se cruza con ellos, Manuel Machado va tan abstraído en las disertaciones del sacerdote que es improbable que pudiera fijarse en algo más que sus palabras, melodiosas y cálidas, y casi siempre sobre el mismo tema: el proceso de conversión de Agustín de Hipona en hombre santo, tras haber renunciado a una vida salvaje y pecadora.

Ahora, mientras conduce, Raúl recuerda haber escuchado, al

terminar de subir las escaleras, las palabras *pasado, confesiones* y *redención*, y haber reconocido la voz del sacerdote. Cuando se los encuentra, los tres sentados en torno a la mesa camilla, con una cafetera humeante, una jarra con leche y unas tazas recién servidas, tiene la impresión, durante unos segundos, de que Manuel Machado está tan concentrado en escuchar al sacerdote, en semejante estado de trance, que no repara en él hasta que José María Zugazaga y el propio José Zameza lo saludan, antes de ofrecerle una taza de café.

—No, gracias —se escucha responder Raúl—. Tengo un poco de prisa.

—*Voy deprisa por la vida* —susurra Zugazaga a Machado, que todavía parece seguir inmerso en las palabras de Zameza—. *Y mi risa es alegre, aunque no niego que llevo prisa*.

—¿Cómo? —se incomoda Raúl, mirándolos a los tres sin entender a qué se refiere.

—Es una broma nuestra —le aclara, conciliador, el sacerdote—. ¿Qué se te ofrece?

Raúl extiende los tarjetones y se los entrega a Manuel Machado.

—De don José María Pemán y don Eugenio d'Ors. Debo llevarles su respuesta.

Manuel los lee antes de soltarlos sobre la mesa.

—Me invitan a almorzar en el hotel Londres por «un asunto de suma importancia».

—¿En el hotel Londres? ¿Hoy mismo? —exclama José Zameza—. Qué raro.

—Nada de eso —se levanta Zugazaga, extendiendo la mano que Machado estrecha con incredulidad—. Es la noticia que algunos llevamos esperando muchos días en Burgos.

—¿Y cuál es? —pregunta el sacerdote, nervioso ante el silencio de Manuel.

—A lo mejor no es lo que tú crees —le contesta a Zugazaga.

Zugazaga levanta los brazos hacia el techo de la pensión, con una carcajada.

—¿Cómo que no? Ya es cosa cierta que Pedro Sáinz Rodríguez ocupará la vacante del conde de Gimeno, y alguien debe cubrir la de Torres Quevedo. Enhorabuena, maestro.

Manuel se mantiene inmóvil en el sillón. Raúl, sin embargo, a pesar de que en aquellos días, hace ahora poco menos de un año, aún no ha cruzado más que esas primeras palabras con él, después de haberlo seguido con una calculada lejanía y de haberlo observado durante meses, ya cree conocerlo un poco. No interiormente, pero sí en la manifestación de sus estados de ánimo: de apariencia cordial, aunque con una cierta propensión a un ensimismamiento que puede

volverse de granito. Por eso advierte que, en el interior de su postura, con la mano extendida todavía sobre los tarjetones, como si temiera que salieran volando con un golpe de viento, algo se mueve, aunque no sabría decir si hacia la prudencia o el júbilo. No resultaría nada extraño, aunque Raúl no pueda distinguirlo, que Manuel, en ese instante, se acuerde de su hermano Antonio, el nombre cuyo rastro está esquivando desde que consiguió consolidar su posición, ya más acomodada y segura en Burgos. Su hermano, que había sido elegido once años antes, en 1927, aunque nunca llegó a tomar posesión de su silla con la letra V mayúscula y que, en ese momento, está en Valencia, a punto de partir a Barcelona, con la definitiva retirada del ejército y el Gobierno republicanos. El mismo con el que se ha dejado sin terminar una obra de teatro, escrita, como todas, entre los dos, que lleva por título, curiosamente, *El hombre que murió en la guerra*. Para Raúl sí parece claro que sus cavilaciones han abandonado esa tertulia, de apenas unos segundos antes, sobre el posible paralelismo entre su evolución y la de San Agustín, porque parecen haberse sumergido en regiones mucho más sombrías, incluso pantanosas, en contraste con el entusiasmo juvenil de Zugazaga. Manuel se reincorpora y apura el café, mientras mira a sus amigos.

24

SUR DE FRANCIA

Raúl no está presente en la conversación, aunque ha acompañado a Manuel hasta el salón del hotel Londres en el que ya lo están esperando José María Pemán y Eugenio d'Ors. Al llegar, los saluda con una inclinación de cabeza y él se queda aparte, en un sofá junto la puerta, frente a una mesilla con periódicos del día, que comienza a ojear. Al principio, a Raúl le llega el murmullo de sus voces, entre las que distingue inicialmente la de Pemán, pausada y susurrante; aunque nota en sus palabras un timbre de excitación, infrecuente en él, que le recuerda a unos días antes, cuando lo llamó a su despacho para comunicarle que Franco acababa de nombrarlo director accidental de la Real Academia. Pemán no es bebedor, pero para ciertos momentos guarda en el mueble bar una botella de brandi jerezano. Sacó dos vasos bajos y le tendió uno a Raúl, que lo entrechocó con él.

—En realidad no estamos brindando por mí, sino por un amigo o conocido tuyo.

Raúl se quedó perplejo y por un momento pensó en Abel Cubero, aunque luego lo desestimó. Hacía ya tiempo que no sabía nada de él, porque en ese momento, hace aproximadamente un año, ya se había ido de Burgos, y lo ubicaba quizá en San Sebastián.

—¿Quién, mi alférez?

Pemán paladeaba el brandi.

—Esto no va a durar siempre, Raúl.

—¿A qué se refiere, señor?

—A qué me voy a referir. A la guerra. Y en algún momento, todo deberá reanudarse.

Raúl esperó durante unos segundos que continuara; pero Pemán siguió en silencio.

—Reanudarse, claro que sí. Pero ahora lo importante es la victoria. ¿No, mi alférez?

—Por supuesto. Pero después de la victoria también tendremos que ganar España.

—¿Pero eso no se consigue con la victoria?

—La victoria es acabar con el enemigo. Ganar, sólo lo haremos cuando consigamos integrar a quienes fueron nuestros enemigos. No al principio, porque quizá tengamos que hacer demasiadas cosas desagradables para asentarnos, sino más adelante. Ganar, será recuperar y volver a unir España.

—No sé si le entiendo, señor.

—Ni falta que hace, por ahora —Pemán sonrió—. Pero seguro que sí entiendes que no podemos dejarnos atrás a nuestros mejores. ¿Estamos de acuerdo?

—Por supuesto, señor.

—Pues ese hombre que has estado vigilando o siguiendo y protegiendo, sin que él lo sepa, es uno de esos ellos. Y lo primero que voy a hacer como director accidental de la Real Academia es proponerlo, porque la guerra literaria también hay que ganarla, y la estamos perdiendo. Ya me gustaría poder tener con nosotros a Juan Ramón, que nunca quiso serlo y ahora está tan lejos, o a Unamuno, académico electo que jamás leyó el discurso, al igual que Antonio Machado. Porque bien sabe Dios que con un poco más de tiempo los habría puesto de nuestro lado. Pero uno está exiliado, ya no sé si en Washington o Cuba, y el otro está muerto. Y si ellos, por desgracia, tienen a Antonio, nosotros tendremos a Manuel, que es el mejor de los dos.

Raúl evoca ese momento justo ahora, al reducir la velocidad del potente Bugatti Type 57 con motor de 8 cilindros en línea y doble leva, con la carrocería como un rayo azul y negro que llama la atención cuando entran en Pau. En esa fotografía de hace un año escaso, en Burgos, cuando él aparenta repasar la prensa en el hotel Londres, Pemán y d'Ors continúan invitando a Manuel Machado a aceptar su candidatura como miembro de la Real Academia Española para cubrir la vacante de Leonardo Torres Quevedo. Es más que probable que Manuel haya gastado alguna broma con el apellido del finado, un ingeniero y matemático que poco o nada tenía, verdaderamente, que ver con la poesía, salvo en el territorio de la imaginación que ponía en pie con sus inventos. En su instantánea de aquel almuerzo —más breve de lo previsto— en el salón del hotel Londres, en la plaza de Alonso Martínez, de Burgos, que Pemán suele usar como segundo despacho, todo es azul y blanco: quizá el empapelado de las paredes o el brillo de luz prístina que entra por la ventana, tan azul y tan blanco como el hermoso boulevard des Pyrénées, en Pau, bajo la protección poderosa de su castillo medieval, en el que Raúl aparca.

Cuando salen del coche, se asoman por el pretil al cauce caudaloso del río Gave de Pau, bajo la presencia imponente de los torreones.

Manuel echa los hombros hacia atrás, estirando la espalda bajo el abrigo, antes de dirigirse a Raúl. Le ofrece un cigarro que Raúl acepta con un asentimiento, esperando a que Manuel se lo prenda. Le sienta bien la primera calada, con el humo recorriéndole el pecho con su espesor caliente. Ante la armonía esbelta del paisaje, en ese instante mudo, sin saber por qué, recuerda los poemas de su hermano que ha estado leyendo por la noche.

—Ayer, con la copa —comienza Manuel, mientras echan a andar— me dijiste que fue tu padre quien te enseñó a conducir. Y que tú tenías solamente doce años. ¿Es correcto?

—Correctísimo —responde Raúl.

—Pues te enseñó muy bien.

Raúl esboza una sonrisa.

—Muchas gracias. Creía que no se acordaba de nuestra conversación tras la cena.

Manuel deja de andar y echa una larga bocanada de humo que deshace el viento.

—¿Y qué te ha hecho pensar eso?

—No sé, todo lo que ha pasado esta mañana.

Eulalia se va quedando rezagada, pero antes les llama la atención sobre el restorán que se anuncia al otro lado del río. La esperan y comienzan a cruzar el puente. Ella se mantiene a la misma distancia por detrás, mientras mira a su alrededor. Podría parecer que lo hace por respeto a la conversación de los dos hombres; y quizá también se deba a eso, aunque sólo en parte. Porque la verdadera causa por la que Eulalia ralentiza el paso es su estupefacción ante esa costumbre de vivir que observa en los franceses, y que de pronto le parece más aterradora que las noticias que vienen de la dura retirada republicana bajo la lluvia, los últimos bombardeos o el hacinamiento de miles de sus compatriotas, aunque pertenezcan al otro bando, por más que sepa que son sus enemigos, en los campos de prisioneros de Valencia. Para todo eso, Eulalia tiene una explicación. Pero desde que se ha bajado del coche, después del primer momento, no se ha fijado en las pulcras almenas medievales ni en la belleza vertical de las fachadas de Pau, casi resplandecientes bajo el sol de febrero, sino en las parejas que pasean por la acera, con las madres empujando un cochecito, en las ancianas que salen de una panadería con su bolsa de tela, o en los niños que corren junto a ella, con sus pantalones cortos a pesar del invierno y los calcetines caídos, agitando las carteras. Lo que la paraliza, lo que le hace detenerse y casi arrastrar los pies, es la desolación que la ha invadido por la normalidad con la que siguen viviendo todos esos hombres y mujeres, esos niños y ancianos y muchachos jóvenes que se siguen queriendo, que se siguen

encontrando cada noche y cada amanecer en el calor de sus casas, que pueden dedicarse a esas mismas cosas a las que también ellos se dedicaban antes de esta locura en la que los españoles se siguen descuartizando entre sí, con las familias rotas, como si el único desenlace contemplado fuera la aniquilación, con su pobre cuñado muerto en un pueblo del sur de Francia del que no ha oído hablar nunca; y no se sabe de qué, si de hambre o de frío.

—Comprendo —contesta Manuel, ajeno por completo a los pensamientos de Eulalia, aunque podría compartirlos—. Pero claro que recuerdo lo que hablamos ayer; y, sobre todo, me impresionó tu orfandad.

—Nos ha pasado a muchos. Y, con la guerra, más.

—Verdaderamente —cabecea Manuel, mientras apura el cigarrillo— es algo terrible. Pero dime una cosa. ¿Cómo fue aprender a conducir con doce años? Yo no sé conducir.

—¿En serio?

—Nunca se me ha ocurrido. En mi mundo, los hombres no necesitan saber conducir. Uno siempre puede encargar un taxi o tener un chófer.

—Ya —ríe Raúl—. Ese soy yo.

Manuel le devuelve la sonrisa.

—Efectivamente. Pero volvamos a lo importante. Porque también recuerdo que ayer te hablé de mi padre, y un poco de mi abuelo. Háblame tú del tuyo.

Raúl adopta un gesto de extrañeza.

—¿Por qué quiere que le hable de mi padre, don Manuel?

—Pues porque los amigos hablan de esas cosas. Vamos, si no te incomoda.

El muchacho aprieta los labios y piensa en las palabras que acaba de escuchar.

—Es que apenas recuerdo nada.

—Seguro que hay algo, hombre. Con doce años ya se acuerda uno de todo.

Raúl se detiene. Están a punto de terminar de cruzar el puente.

—Era valiente.

Manuel también se detiene y permanece pensativo unos segundos.

—Pues eso ya es decir mucho.

—Una vez —Raúl pierde la vista por el río, que viene con fuerza— lo estaba esperando en la puerta de un taller. Se dedicaba a probar coches y a repararlos. Habíamos ido a buscar unas correas. Yo debía de tener doce años.

—Entonces, fue poco antes de su muerte.

Asiente.

—Había un grupo de muchachos, mucho mayores que yo. Algo dijeron de mi padre que no me gustó, les respondí y comenzaron a pegarme. Eran seis por lo menos y bastante grandes. Si lo pienso, debían de tener diecisiete o dieciocho años. Ya eran unos hombres.

Eulalia se les ha unido, pero se mantiene en silencio. Raúl descubre en Manuel la expresión de la noche anterior, cuando se quedaron solos: como si lo acabara de conocer y no llevaran dos días de viaje, ni tampoco se hubieran cruzado nunca en Burgos. Hay algo en él que lo desconcierta, porque a veces parece que lo mira por primera vez.

—Cuando mi padre salió, vio que me estaban pegando. Intentaba defenderme, pero me estaban dando una paliza. Yo estaba en el suelo y me pateaban el pecho, los costados y la cabeza. La verdad es que no recuerdo demasiado, casi perdí el sentido. Pero puedo ver a mi padre arremetiendo contra ellos hasta quitármelos de encima. Después los persiguió a correazos por la mitad de la calle, hasta que desaparecieron. Entonces volvió y me cogió en brazos. Sé que tenía doce años porque murió unas semanas después, en ese accidente de coche que también se llevó a mi madre.

Manuel le pone una mano en el hombro y le palmea la espalda.

—Es un buen recuerdo de tu padre. De verdad lo es. Gracias por habérmelo contado.

El restorán es pequeño, con las mesas muy pegadas. Les dan una junto a la ventana. Eulalia se fija en las vigas de madera a la vista en el techo, contundentes y recias, y esa imagen la lleva extrañamente a sus cavilaciones de minutos antes, como si pudieran desplomarse sobre sus cabezas. Manuel comenta que, por fortuna, Pemán se ha encargado de que no les falten francos para mantenerse durante el viaje. Piden *foie gras* semicocido, escalopes y una botella de burdeos. Les queda el tramo hasta Toulouse, donde pasarán la noche; y, al día siguiente, a mediodía, estarán en Collioure.

Cuando la camarera, de unos cincuenta años, rolliza y escotada, con un rostro ovalado y pálido, les sirve el vino, Manuel repara en ella fugazmente y por un instante le cambia la expresión, como si hubiera dejado de ser un hombre avejentado, con ciertas dificultades para respirar si camina distancias más extensas que sus habituales paseos.

—Mi pobre hermano —comienza, y contiene un sollozo—. Con todos los esfuerzos que hizo siempre para estar en Madrid, o cerca, hasta que consiguió la plaza de Segovia, y lo poco que le gustaban Francia y los franceses. Quién iba a decirle que terminaría así.

Eulalia le coge la mano, sobre el mantel, y Manuel asiente, entornando los ojos. Raúl no sabe qué decir, pero algo en ese momento lo hace regresar a aquel otro almuerzo, en Burgos, en el

hotel Londres, hace poco más de un año, cuando Manuel salió, sin ocultar su emoción, cogido al brazo de Eugenio d’Ors, que llevaba un purito entre los labios. Qué ajena le parece ahora a Raúl aquella alegría tan entusiasta de José María Pemán, que al andar palmeaba la espalda de Manuel, antes de pararse frente a él.

—Vamos, muchacho, levántate. Hay mucho que hacer. Nos vamos a San Sebastián.

—¿Qué ha pasado, mi alférez?

Pemán entonces lo miró satisfecho y se inclinó para hablarle al oído.

—Nos ha dicho que sí.

25

LA ACADEMIA

La historia que se narra a continuación podría titularse de muchas maneras. *Cómo convertir una desventaja en ventaja* o *Manuel Machado encuentra su camino de Damasco, pero después se vuelve*. Porque la primera impresión o el primer tiento al leer su discurso de entrada en la Real Academia Española, es que si una parte de quienes han condenado a Manuel Machado se hubieran molestado en leerlo con agudeza, quizá sus juicios serían otros. La especial dureza y al cainismo patrio de machacar las presuntas sombras de un hermano para verter los focos sobre el otro se revelará en las opiniones que disculpen en Antonio lo que reprochan a Manuel: el conocimiento de los crímenes de su propio bando en la retaguardia o la escritura de poemas bélicos, en una exaltación de la violencia y la sangre. También cabría preguntarse por qué hay que juzgar a Manuel Machado, cuando no se juzga a Antonio, y qué tipo de superioridad íntima convierte a ciertos estudiosos y escritores en valerosos guardianes de la moral pública cuando ha pasado el peligro. Pero eso forma parte del alma española, que al final existe, y si nos detenemos demasiado en ello estaremos contribuyendo a reafirmar esa mirada tosca, injusta y sin matices sobre nuestro paisaje. Pues bien: todo esto podría cortarse de raíz, sencillamente, leyendo atentamente su discurso de entrada en la RAE.

Es verdad que para comprender el discurso de Manuel Machado también hay que salir del maniqueísmo español, esa visión simplista de la realidad que reconforta a los temperamentos infantiles y que tanto daño ha hecho a la visión comparativa y poco contrastada entre los dos hermanos, que es también una visión de España que encuentra su sustento —y su argumento— en la necesidad de redimirnos con certezas morales. Y es cierto que para entrar al trapo que nos ofrece Manuel Machado en su discurso hay que tener algo de *manolería*, pero no en el sentido oscuro del canibalismo ético que le imputan tantos de sus detractores, sino en esa otra galantería verbal de la finura y la gracia en lo aparente, del velo y la estrategia, del amago de envite, el

paso atrás y al frente en el burladero poético, pero también moral, de Manuel Machado como hombre, que encuentra su plenitud en un discurso que también es otro de sus autorretratos. Pero no estaríamos hablando de un autorretrato más, sino de uno que bien podría titularse *Brindis de Manuel Machado el 19 de febrero de 1938 con ajenjo de Verlaine, caña de manzanilla en honor a su hermano, azufre somnoliento, escapulario y Franco al fondo*. O sea: finta y estocada de libertad personal, pero en plena guerra civil y con peso de plomo dentro de su laberinto.

Cuando Manuel Machado se sienta con José María Pemán y Eugenio d'Ors en el hotel Londres está seguro del motivo de la invitación, aunque todavía no sabe que, sólo dos días antes, el 5 de enero, en la primera junta de la Real Academia en esta nueva etapa con la guerra, ya se ha propuesto su candidatura por unanimidad. Desde que se ha enfundado el abrigo, dejando en la pensión a José María Zugazaga y José Zameza, en el trayecto que ha cubierto con Raúl —que todavía no es Raúl, sino sólo el muchacho que le ha llevado sus tarjetas— ya está valorando la estructura de su respuesta. El único biógrafo de ambos hermanos que los conoció a los dos, y además fue su amigo, es Miguel Pérez Ferrero. Su biografía tiene la naturalidad del documento que se ha vivido de frente, de manera que el propio Pérez Ferrero acaba siendo un personaje discreto de lo que narra. Según Pérez Ferrero, la contestación que les da Manuel Machado es la siguiente:

—Que no lo he solicitado jamás, ustedes lo saben mejor que nadie; que no lo esperaba en este momento, no puede ser más cierto; pero que no lo deseara, eso ya es otra cosa… Yo estimo muchísimo, señores, esa elección, y tengo por la Academia un gran respeto y simpatía. Constituye, al cabo, para el escritor, la consagración suprema, algo así como el tercer entorchado para el militar.

Estamos, sí, ante una aceptación a bombo y platillos que quizá resulte un poco rimbombante: es posible que cuando Manuel se lo relate a Pérez Ferrero, mucho tiempo después y poco antes de morir, en su casa madrileña de la calle Churruca, lo adorne con la prosopopeya que sigue siendo afecta al momento y la época, y también a la verbosidad franquista, esa especie de retablo en pan de oro que será el pedestal lírico de los poetas garcilasistas. Pero eso será más adelante y ahora estamos en el momento en que Pemán le ordena a Raúl que se prepare, porque se van a San Sebastián. La ceremonia será el 19 de febrero en el Palacio de San Telmo, durante la segunda sesión solemne del Instituto de España, el organismo creado por Pedro Sáinz Rodríguez y el propio Eugenio d'Ors, bajo el Movimiento Nacional, para aglutinar a las distintas Academias en la España de Franco.

Es seguro que Manuel mide el peso y el alcance de sus palabras. Pemán y d'Ors le preguntan sobre el tema que elegirá para su discurso, que generalmente versa sobre otro escritor, y aquí es donde confluyen el vértigo y la idea de Manuel Machado, pero también el riesgo y su apostura. Les contesta que, al haber quedado atrapado en Burgos desde el comienzo de la contienda, como ellos saben bien —especialmente Pemán, tras el incidente provocado por el artículo de Mariano Daranas— toda su biblioteca permanece en su casa de Madrid, por lo que no puede afrontar, o eso les argumenta, la preparación de un discurso serio sobre la obra de ningún otro autor, al carecer de fondos bibliográficos.

Y aquí es donde Manuel Machado se la juega. Porque esta circunstancia —el hecho de haberse visto obligado a permanecer en Burgos—, es el vector que dirige y condiciona toda su existencia desde que estalla la guerra: no sólo en la rotundidad de su alineación con la causa franquista, tras haber sido detenido sin una acusación previa y haberse puesto su vida en peligro, sino también en su separación definitiva con Antonio, al que no volverá a ver nunca. Así que Manuel decide que, como no puede elaborar un discurso sobre nadie, porque no tiene a mano los títulos necesarios, lo escribirá sobre el único autor que conoce lo suficiente como para afrontarlo sin tener que consultar sus libros. Es decir: él mismo.

Está claro que para cualquier escritor siempre puede resultar más fácil preparar un discurso sobre su propia obra, porque el grado de conocimiento que se tiene sobre ella suele ser superior, si no lo es siempre, al que se pueda tener sobre ninguna otra, por mucho que se la admire. ¿Pero es esa la verdadera razón? Como director de la Biblioteca y Museo Municipal de Madrid, aunque lleve dos años sin poder ejercer, es evidente que Manuel está al tanto de la existencia de la Biblioteca Pública del Estado, en Burgos, que en 1938 tiene la sede en la Casa del Consulado del Mar, en el Paseo del Espolón. Y aunque es cierto que la premura también es un valor que conjurar aquí, porque la propuesta de Manuel es aceptada por unanimidad el 5 de enero, y la lectura del discurso se espera el 19 de febrero, apenas con un mes de diferencia, un hombre como Manuel Machado, que no ha estado ocioso durante la contienda y ha seguido escribiendo artículos y poemas, que siempre ha sido un escritor de prensa en sus críticas de teatro y en sus artículos del día a día de su calendario, tiene ese fogonazo mental de los reflejos y la soltura de muñeca ágil para improvisar, en ese tiempo, un discurso sobre San Juan de la Cruz, por poner un ejemplo, o sobre el mismo San Agustín, tema sobre el que también podría ayudarle su buen amigo el sacerdote José Zameza; bien mirado, si pretende confirmar su total adhesión al ideario nacional-católico de la nueva España, el proceso de conversión a la fe

de Agustín de Hipona podría resultar mucho más evidente y redentor.

Sin embargo, Manuel Machado prefiere hablar de sí mismo y a todo el mundo le parece bien. De hecho, cuando salen del hotel Londres los tres están convencidos de que es la mejor solución. Raúl no ha podido escuchar mucho de la conversación. ¿Habrá sido idea de Pemán, en un intento de fortalecer la situación de Manuel en el nuevo régimen? Puede ser. Aunque, en ese caso, no es descabellado razonar que Pemán podría inclinarse quizá por algún poeta de un catolicismo a prueba de absenta, para bendecir su devoción lírica ante el poder franquista, como el citado San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Jesús. Pero no será así. Y no porque su intención sea, precisamente, la facilidad de la escritura. Cuando los cuatro salen del hotel, Manuel ya ha decidido que hablará de sí mismo en su discurso.

26

EL MAL POETA

El 19 de febrero de 1938, en el Palacio de San Telmo de San Sebastián, Manuel se prepara para leer su discurso de ingreso en la Real Academia Española. Están sentados, en primera fila, Eulalia y José María Pemán, que será el encargado de ofrecer la réplica como director accidental, Eugenio d'Ors —aunque, curiosamente, o por las circunstancias de premura impuestas por la contienda, y siendo ya cargos electos, ninguno de los dos ha podido aún leer sus discursos de ingreso— y otros miembros de la Corporación. Raúl, que en ese momento no deja de ser un desconocido para el matrimonio, permanece de pie al fondo. Tras la presentación del candidato, Manuel Machado se dirige al atril. Lleva un frac entallado que le sienta asombrosamente bien, teniendo en cuenta que es el único que quedaba en San Sebastián y que lo han podido alquilar esa misma mañana, tras una gestión de Pedro Sáinz Rodríguez. En las últimas semanas, al afanarse en la redacción del discurso, Manuel ha perdido varios kilos y su figura luce ahora más esbelta y firme, o quizá más apolínea de lo habitual. Sin embargo, se dice Eulalia mientras Manuel carraspea, poco antes de comenzar a hablar, ella nunca lo ha visto consumir tantas cajetillas de tabaco, con unas humaredas que la han llegado a obligar, a menudo, a salir de su cuarto en la pensión; porque Manuel ha estado tan ensimismado en la escritura del discurso, y lo ha perfilado tantas veces, que su habitual consideración, o sus delicadezas habituales hacia ella, a pesar de sus costumbres de fumador irreductible, compartidas por su hermano Antonio, de moderarse algo al reparar en su presencia, por ese estado casi febril de concentración no las ha tenido en cuenta en los últimos días.

Eulalia, estas semanas, ha vuelto a recordar aquellas nubes de humo en los encuentros dominicales en Madrid, antes de la guerra, en la casa de General Arrando 4, con Antonio y su suegra, Ana, sus cuñados José y Matea, sus niñas Eulalia —que es su ahijada—, María y Carmen, y sus otros cuñados: Joaquín y Francisco, el más joven de los hermanos, con su mujer, Mercedes, y sus hijas Ana, Mercedes y

Leonor, ahijada a su vez de Antonio y llamada así en memoria de su esposa fallecida. Cuando Manuel comienza a leer el discurso, con una voz armónica desde el tono seguro —*La obligación, ineludible y ritual, en estas recepciones, de hacer elogio del académico a quien venimos a suceder, excusa, sin duda, el que yo tome aquí en boca el nombre insigne de don Leonardo Torres Quevedo, gloria de la ciencia española y universal* — y con un gesto adusto y grave, Eulalia evoca el momento, ya acabando los postres y con los restos de la olla del cocido sobre el poyete de la cocina minúscula, con pequeña ventana que da al patio interior, en que los hermanos se encierran en el despacho de Antonio, la única habitación de la casa con un pequeño balconcito, a charlar de poesía o sobre los estrenos teatrales, entre los recitados amplios de ambiciones rapsódicas de Francisco, las coplas que Manuel improvisa sobre la marcha, las risas y las exclamaciones de Joaquín o los dibujos sigilosos de José, entre Antonio y Manuel, mientras fuman obsesivamente; tanto, que después las mujeres tienen que abrir todas las ventanas de la casa. Aunque, y Eulalia lo piensa dolorosamente, con melancólica tristeza, en aquellos últimos encuentros de domingo, las conversaciones han virado duramente —pero sin aspereza— hacia la política nacional, entre la incertidumbre y la inquietud ante dos frentes ya constituidos, especialmente después de las últimas noticias de asesinatos y luchas callejeras; y esas carcajadas que a veces se podían oír desde la calle se han atemperado.

¿Las oye Manuel en este preciso instante, en el Palacio de San Telmo, mientras lee su discurso? ¿Las ha vuelto a escuchar en algún momento íntimo de los últimos días, al enfrentarse a una rescritura de su vida? Es probable que sí. Cuando sus ojos se detienen un segundo en los de Eulalia, ella siente que pueden habitar ese mismo instante resguardado en el tiempo. Pero por encima de todos esos sentimientos de remota ternura por los días perdidos, prevalece en Eulalia un orgullo fundado en el presente: porque al final ha vencido, y Manuel ha llegado a ser el hombre que ella siempre supo que sería. Los acompaña, también en primera fila, un testigo fundamental de ese proceso: José Zameza, amigo y su confesor, director espiritual del proceso de redención de Manuel. Una evolución que bien puede parecer oportunista, sobre todo para quienes conozcan el episodio de su encarcelamiento en Burgos, unos meses después del inicio de la guerra; pero una vez superado ese viacrucis de su anterior pasión de vivir, ha alcanzado la conversión total, religiosa y poética, y también política, al adherirse sin fisuras a la España de Franco.

Pero ¿lo cree de verdad Manuel Machado? Es difícil saberlo. La respuesta no está en esa eternidad desde la que nos habla, sino en este texto. Parte de tres premisas que está desarrollando bajo la mirada atenta de Eulalia, que en cada una de sus afirmaciones ve pasar las

etapas cruciales de su vida: esperando a Manuel, en ese primer tiempo extendido de su juventud, y viviendo con él, después de casarse, que ha sido esperar de otra manera. De esas tres premisas, la primera es haberse quedado atrapado en Burgos al comienzo de la guerra y no disponer de su biblioteca, que sigue en Madrid. Ahora viene la segunda línea de su discurso, aunque también podríamos hablar de una segunda línea de defensa: porque este acto solemne, en el Palacio de San Telmo, no es sólo la celebración de su llegada a la Real Academia, sino su redención como poeta nacional-católico. Así, por no poder preparar un discurso más fundamentado, desde el enfoque de la erudición, hablando de cualquier otro escritor, ha elegido hablar de sí mismo: *De mí sé deciros que me avergüenza, ahora más que nunca, tener que entreteneros —en tales momentos de España— con el pobre asunto de mi semi-poesía y de mis semi-realidades. Pero si ello ha de ser, sea pronto. Y sírvame de disculpa única el no haber tenido a mano ninguna otra clase de documentos*. Unos minutos después, por si no ha quedado suficientemente claro, vuelve sobre el mismo argumento: *Por otra parte, hubiera preferido desarrollar ante vosotros un tema más objetivo y propio de nuestra institución, algún estudio erudito de historia o crítica literaria. Y, en verdad, que no me faltaban asuntos. Y aún tenía en el telar, en mi pobre taller de Madrid —¡qué habrá sido de él, con todos mis libros y papeles!—, algo sobre Lope, que… Pero, en fin, a qué anunciar los bellos imposibles si hemos de atenernos a tan pobres posibilidades*. Además de conocer muy bien sus capacidades —o sus *posibilidades*— Eulalia sabe que Manuel, durante estas semanas, podría haber acudido a otras muchas fuentes en Burgos. Y que conoce tanto a Lope de Vega —como Antonio— que podría haber escrito un discurso brillante sobre él sin tener sus comedias al alcance de la mano. Aunque no han hablado sobre el asunto, Eulalia está segura de que, si no lo ha hecho, ha sido porque no ha querido. Por eso habla de sí mismo, de la vida azarosa de Manuel Machado contada por él mismo, con un fondo poético que es también moral: su intención expiatoria.

Escuchémoslo con precisión quirúrgica, porque estamos hablando de un poeta simbolista, que aprendió de Jean Moréas que la apariencia es sólo una percepción que luego vuelve con otro nombre y rostro: *Pero, en fin, a qué anunciar los bellos imposibles si hemos de atenernos a tan pobres posibilidades*. Los bellos imposibles quizá no sólo sea esa disposición sobre unos libros que permanecieron en Madrid. Dejemos por un momento su coartada evidente para hablar de él, para reivindicarse en esta España nueva como un hombre y poeta de fe, y analicemos esos *bellos imposibles* y esas *pobres posibilidades*. Quizá Manuel Machado no está hablando —sólo— de la dificultad de una elaboración más erudita; sino de las circunstancias, que parecen muy alejadas de los bellos imposibles y están mucho más cerca de las

pobres posibilidades. Porque conoce su universo y el lugar que ocupa en él, como sabe muy bien quién es su hermano o quiénes son Unamuno, Juan Ramón y Lorca, los bellos imposibles de la literatura a la que Manuel siempre ha pertenecido; aunque sólo haya sido, estos últimos años, con gesto de torero veterano que decide cortarse la coleta para volver al ruedo con más fuerza y ser un nuevo fénix. Así que comprende, casi mejor que ningún otro en la sala —o tan bien como José María Pemán—, la magnitud del mundo que permanece fuera de su candidatura y de las pobres posibilidades del momento. Y por eso las nombra, por eso mismo las pone por delante del texto, en lugar de ocultarlas.

En esa línea argumentativa, que ya no abandonará, y también en tercer lugar de su alegato, toma a Zorrilla como referente porque él también escribió su discurso de ingreso en la Real Academia como un relato lírico de sí mismo. Manuel, así, legitima su enfoque. Pero José Zorrilla lo hizo en verso, y él reconoce humildemente sus limitaciones para emularlo: *Pero poeta yo menor, poeta «di camera»; poeta del matiz, del siesnoés y del gesto inacabado —he aquí una de mis acepciones: pronto veremos otras—, luego conocí que la tarea de enfilar al pie de siete u ocho versos de una vez —quizá no he escrito otros tantos en mi vida— no era para mí.* Unas limitaciones irreales, porque podría escribir su vida en copla casi sin despeinarse, con un pitillo en la mano, mientras se bebe seis cañas de manzanilla. Sin embargo, más allá de una modestia que en este caso no parece falsa, tampoco deja de ser una provocación reivindicarse o reconocerse como un poeta menor o del matiz, del gesto inacabado, cuando la prensa nacional le reclama otra actitud, más cercana a los arcángeles guerreros y a los cantos heroicos de una Reconquista renacida: «De las dos literaturas, en tonos mayor y menor, preferimos para hoy, para estos momentos de guerra, el Arte mayor, exaltado y grande de las grandes exclamaciones y narradas glorias», podrá leerse al día siguiente en *La Voz de España* de San Sebastián, el mismo periódico al que justo un año después Manuel se negará a conceder una entrevista en su ruta de peregrinación a Collioure.

Pero ahora estamos en el Palacio de San Telmo, un año antes, ante un hombre que busca la aceptación del público, porque será también su paz social, y la de Eulalia, en la España de Franco, que a partir de ahora será también la suya. ¿Qué piensa Pemán cuando lo escucha declamar un discurso que él ya ha leído antes, porque es el encargado de la contestación? Conoce su obra: ha sido uno de sus poetas predilectos desde que comenzó a escribir. Si acaso no en los temas, decididamente sí en la forma, en ese simbolismo coloquial que hace una escritura en marcha de la vida, una declaración que se sostiene a través de varias sombras interpuestas, de retratos cubiertos por paños

damasquinos y con un espejo sucediendo a otro. Porque hay un escritor que no se nombra, que ni siquiera gravita en la conciencia de los más recelosos entre quienes lo escuchan, un hombre que Manuel también trató en París, y no poco, en esas noches turbias de llovizna, saliendo de palacios en la niebla. Aunque aquí la influencia no es estrictamente lírica, sino más artística o vital, porque ese hombre ha contribuido a su poética a través de una forma de aparentar y ser, pero también a través de una novela: Wilde, con *Dorian Gray*. Sin embargo, ni se le cita ni nadie lo percibe en su disertación de rostros enfrentados en el lienzo, entre los hombres que somos y los que fingimos ser, saliéndonos del marco. Pero la suerte está echada. Porque con ese gesto inacabado del siesnoés, en ese arte menor que recupera como tono vital, Manuel Machado no ha acudido a San Sebastián para sellar su testamento poético, ni a montar un altar del sacrificio con su vieja vida parisién, mientras exalta su revelación, sino a mostrar el capote y levantar su vista de buen banderillero, haciendo el paseíllo sobre la realidad.

El título del discurso ya dice mucho, o todo: *Semi-ficción y probabilidad*. ¿Es eso la vida? ¿A eso justamente estamos asistiendo mientras Manuel se adentra en la alusión a sus años de París, en esa juventud de humo y absenta, vagando tras los pasos de Verlaine? ¿Es semi ficción o es probabilidad? ¿Cuántos disfraces guarda bajo el frac? Su conversión pública al franquismo —seguramente real en muchos de sus niveles—, quizá se ampare en el temor ante una posible sovietización de España, aunque la política no aparezca citada expresamente en su discurso. Pero al día siguiente, la prensa franquista lo criticará por haberse referido a Baudelaire, Rimbaud, Jean Moréas o André Gide: los poetas a los que, con Verlaine, en cuyo hotel vivió no por casualidad, más debe Manuel la voz de su poesía. Esos mismos poetas a los que José María Pemán, en la inteligente contestación a su discurso, se referirá como «la pléyade de poetas satánicos y cabareteros de Europa». Qué bien demuestra aquí Pemán conocer a Manuel: al que ha sido y al que seguramente sigue siendo, en fueros más internos que no hay que remover cuando el lecho del río guarda sombras terribles. Porque, a lo largo de su intensa vivencia y de su obra —a fin de cuentas, eso es lo que viene a redimir aquí esta noche, y lo que José María Pemán tratará de revelar como conversión católica—, además de preferir lo chic y lo torero, Manuel Machado habría estado encantado de ser considerado un poeta de los cabarés, donde ha sido muy joven y feliz, antes de que su vida lo saque de la arena.

Tras la presentación y las justificaciones que suenan a *excusatio non petita*, con la boca pequeña también de arte menor, viene el desarrollo:

pero contemplado, únicamente, dentro de sus márgenes posibles. Así, refiriéndose a su título, *Semi-ficción y probabilidad*, dice lo siguiente: *¡Ah! El título de este trabajillo acaso os recuerde el de otro muy ilustre, nada menos que de Goethe, que decía: «Poesía y Realidad». Pero la imitación de los buenos modelos no es cosa prohibida. Y, además, yo no llamo a mis versos sino semi-poesía, y a mis realidades, que obedecen a la ley de vida de los simples mortales («que es vivir como se puede»), no oso llamar otra cosa que posibilidad*. Antes de contemplar —o de escuchar— su serie de autorretratos, que Manuel ha incluido en el discurso, este pequeño párrafo debe ser revisado, porque es seguro que la mayoría de los asistentes que siguen con más o menos atención estas disertaciones del poeta ya entrado en la sesentena —pero con restos de su viejo garbo en la manera de mover las manos al hablar o al levantar la vista, sosteniendo las miradas que lo escrutan desde las primeras filas—, seguramente no han reparado en el alcance de todo lo que acaban de escuchar. Más allá de ese empleo tan reiterativo, aunque quizá no excesivo, por necesario, de la *captatio benevolentiae*, Manuel Machado acaba de afirmar que va a hablarnos, justamente, de su poesía y de su realidad, es decir: de su vida toda. Y también que su poesía anterior, frívola y nocturna, sensual y atrevida, de tabernas y lechos entre muslos y vino, opuesta al código de la nueva España, esa poesía que a continuación dará por superada, porque ya está ungido por su conversión definitiva a la moral católica franquista, no hay que tomarla muy en serio: a fin de cuentas, ni siquiera es *poesía*, sino *semi-poesía*. Aunque, siguiendo con ese razonamiento, podría afirmarse lo mismo de su obra más reciente, la que viene escribiendo desde su estancia en Burgos, concentrada en asuntos espirituales: que tampoco habría que darle demasiada importancia, después de todo, por más que sea de signo religioso, porque la mano que la escribe sigue siendo la misma. También acaba de decir, en ese gran salón del Palacio de San Telmo, sin darle especial énfasis, con una suavidad que parece salirle de muy dentro, como una melodía, que la ley de vida de los simples mortales es «vivir como se puede».

¿Es eso lo que está haciendo Manuel en este preciso momento? ¿Vivir como se puede? ¿Hacer lo que no le queda más remedio que hacer para seguir viviendo, aludiendo a su humilde condición de mortal para decirnos, para explicarnos, y también decirse y explicarse a sí mismo, que tan sólo se está moviendo dentro de lo posible, y que por eso a su vida y su poesía no osaría llamarlas otra cosa que *posibilidad*? Eso y afirmar veladamente que, lo que está haciendo, lo está haciendo obligado, podría ser lo mismo. Porque, independientemente de que se comparta o no el trasfondo de ese doblez ético, lo cierto es que las palabras significan lo que significan y Manuel está logrando la *manolería* de intentar quedar bien con la

jerarquía franquista, su corte de escritores falangistas, curas y generales que endurecen el gesto cada vez que escuchan el nombre de un poeta francés, y también mantener, ante sí mismo, la posibilidad de la escapada de sus propias palabras.

27

ADELFOS

Manuel evoca París durante la primavera de 1899. Es el París del caso Dreyfus y el triunfo del simbolismo. Un París bohemio en el que nadie es extranjero. Verlaine, Rimbaud, Laforgue acaban de morir, y la primera luz poética se llama Jean Moréas. *Mi primer cuidado fue perderme en el mar —mejor diría en la marejada— de la gran ciudad. Por desgracia, o por suerte, no llegué nunca al fondo. Mi vida fue plenamente la que llevaban allí los estudiantes y los artistas jóvenes del mundo entero. Una bohemia sentimental y pintoresca, rica de ilusiones. Me embriagué —siguiendo a Baudelaire— muchas veces y me enamoré muchas más*, reconoce Manuel desde el atril, mientras detalla una visión del recuerdo adaptada al escenario, que en esos muros sea provocativa.

Comienza entonces, dentro del discurso, la sucesión de autorretratos poéticos de Manuel Machado leídos por él mismo. Estamos en su médula, en su circulación pulmonar. Porque al mirarse al espejo, Manuel Machado es un poeta moderno en cualquier tiempo. Y no porque lo haga, como parece, sin filtros y con íntima verdad, sino precisamente por los filtros que aplica. *Esta es mi cara y esta es mi alma, leed,* lee el propio Manuel, al comienzo de uno de sus autorretratos. ¿Son las declaraciones oportunas para consagrar su proceso de conversión? *Unos ojos de hastío y una boca de sed…* Una sed acabada, la misma sed que ahora ha saciado su fe redescubierta y victoriosa, que al final se corona sobre el débil pasado. Y también un me acuso, que no puede ser santo de la devoción de la mayoría de los presentes: *Me acuso de no amar, sino muy vagamente*. Y otra: *Medio gitano y medio parisién*. Pero lo mejor llega ahora: *Con Montmartre y con la Macarena comulgo*. ¿Cómo se puede comulgar, y mucho menos unir, en el mismo verso, a la Macarena, que es la Madre de Dios, con ese golferío de putas y aguardientes en París? Algunos uniformes y sotanas comienzan a agitarse en sus asientos como los cócteles del Calisaya que sigue preparando Miette tras su retina en permanente duermevela: las autoridades militares y eclesiásticas muestran una inquietud cada vez más sonora, como un vuelo de arena debajo del

silencio. El murmullo podría recordarnos, si fuéramos Manuel Machado, a aquel frufrú de enaguas de las bailarinas de cancán en el Moulin Rouge y también en las fiestas del frontón Jai Alai, en el Madrid perdido de su juventud. Pemán había previsto esa reacción y no se inmuta ante las expresiones de matizada ira, por ahora, o entre la indignación y el desagrado: aún resuenan en el salón los versos anteriores, esas calaveradas y amoríos, su aroma de mujeres, y además francesas. ¿Se está moviendo Eulalia en el asiento? Seguramente no, pero ha sentido una punzada de incomodidad cuando se ha preguntado si era imprescindible leer esos poemas.

¿Por qué los ha elegido? ¿Únicamente para retractarse a continuación, lanzándolos a su propia pira? ¿Por qué ha encendido ese fuego? Podría arrepentirse del pasado mencionándolos, sin más; y, sobre todo, podría haberlo hecho sin recitarlos con esa cadencia, de principio a fin, enteros, o escogiendo tan sólo unas pocas estrofas significativas, sin obligarse a sí mismo a leerlos en voz alta, y a los demás a escucharlos.

Pero Manuel Machado no se detiene ahí. En su camino hacia la redención, para que sea completo, tiene que destripar su poema *Adelfos*, arrancarle las vísceras y acertar a arrojarlas al centro del altar del sacrificio. Porque no estamos hablando de otro poema más de Manuel Machado, sino del más famoso autorretrato de un poeta famoso por sus autorretratos, ese espejo ahondado de sí mismo ante una indolencia de vivir que ahora hace saltar en mil pedazos.

Por eso se remonta a aquella tarde en el hotel Vaugirard, frente al gran jardín de Luxemburgo. Su cuarto cae sobre la puerta principal y está en el último piso. Lo describe como una vieja casa señorial, y se refiere a su habitación como una celda clara y tranquila en la que sólo duerme, aunque no siempre, y que apenas ocupa algún día que otro. *Pero aquella tarde, renunciando al consuetudinario aperitivo en el café Cyrano de la Place Blanche y a la bulliciosa tertulia de amigas y amigos de Montmartre, decidí subir a mi habitación solitaria*. ¿Su habitación solitaria? Recuerda su conversación con Jean Moréas en otra mesa del café Cyrano. Moréas, que sabrá darle el timbre de escritura o un pistoletazo de salida. ¿Es justo al considerarse el primer poeta de Francia, y quizá de Europa? Probablemente sí, en ese momento, o eso corrobora retrospectivamente.

Pero por una vez, Jean Moréas no habla de sí mismo, sino de Manuel.

—Señor caballero. Bien se ve que es usted un poeta. Pero ¿dónde están sus poemas?

Manuel sonríe con socarronería, pero con respeto, mientras da un sorbo a su café.

—Ya los escribiré, maestro.

Moréas lo mira largamente, imaginando quizá que sus elucubraciones no son sólo poéticas.

—¡Bravo! También los mejores míos están aún por escribir. Pero no se demore, mi querido amigo, porque el fuego de juventud que ahora lo aguarda nos habla sólo una vez.

No sé por qué, pero conforme ascendía la empinada escalera, se iba acentuando en mí la sensación de que alguien me esperaba allá arriba. Y sí, alguien lo esperaba: Miette. Su cuerpo se le aparece ahora a Manuel, desnuda y aún dormida entre las sábanas. Esa imagen, que no le ha regresado al escribir esta parte del discurso, se le impone ahora con una solidez que le hace imaginar que no está de pie, frente a un atril, en el Palacio de San Telmo, minuciosamente observado por Eulalia, que parece también haber entrado en esa habitación, con un atardecer de ocaso grana: Eulalia, con ese gesto dulce que de pronto se tuerce ásperamente, con sus tobillos gruesos y su vientre abombado, comparte por unos segundos ese pensamiento en que Miette lo está esperando, anhelante en sueños, envuelta en el sudario de esas sábanas que han humedecido con jadeos, entre sus muslos pálidos, algo amoratados en las partes por las que él los agarra con más fuerza, dejándole ahí las huellas exactas de los dedos en busca de sus nalgas, abiertas en sus manos.

Nadie, sin embargo. Soledad y sosiego. ¡Y qué beatitud eufórica la mía en aquellos momentos! Sentado a la mesa, ante la ventana que encuadraba la fronda del Luxemburgo, a una luz crepuscular, todavía muy suficiente para mis ojos jóvenes, y sobre unas cuartillas que allí parecían esperarme, amarillas del tedio, me puse a escribir, a escribir, como si realizara una cosa sencilla, fatal y suave. Todo es entonces muy fatal y suave: porque está en la vida, y ese cuerpo lo espera antes y después del poema que escribirá esa tarde, con la vista acariciando sus curvas relajadas y el olor mezclado de los dos anegando la habitación como un rocío purísimo, y tiene por delante la escritura y sus máscaras.

Manuel comienza a recitar *Adelfos*, el poema fundacional de su poesía que escribió una tarde lejana de hace cuarenta años, cuando era aún aquel antiguo muchacho, en el hotel Vaugirard de París, y el auditorio también se transfigura. Quizá sea el tono de voz, con algunas ligeras variaciones, porque parece hablar desde una latitud profunda de sí mismo, como un sueño recién recuperado, una aparición interior de su alma que después se desvanecerá. *Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron*. ¿Ha hablado alguna vez, con semejante verdad, un poema por él? *Soy de la raza mora, vieja amiga del Sol…* Esa sensualidad recostada en la arena, unos cuerpos dorados. *Que todo lo ganaron y todo lo perdieron*: como ha perdido él, como ha perdido Eulalia, como han perdido todos y seguirán perdiendo. *Tengo*

el alma de nardo del árabe español. Este poema es la negación del ardor vigoroso de los combatientes: *Mi voluntad se ha muerto una noche de luna*. ¿Mi voluntad se ha muerto? ¿Es que puede morir la voluntad en una España que se está destrozando entre sí para salvarse de las hordas contrarias? *En que era muy hermoso no pensar ni querer*. ¿No pensar ni querer? ¿Qué se puede pensar, qué se puede querer, en este instante único, que no sea la victoria? *Mi ideal es tenderme, sin ilusión ninguna…* Por eso este poema, ahora, no gustará ya a nadie, en ninguna de las dos Españas posicionadas y extremas: José Moreno Villa, desde la trinchera republicana, se lo tomará al pie de la letra, no como manto o como descripción de metales fundidos. Porque los dos bandos están en ese otro hierro de la sangre y no admiten matices interpuestos entre los objetivos y carne o la carnaza de cañón: el precio que pagamos para conquistar una colina, los pagos que acreditan, precisamente, esa firmeza de la voluntad, en una ilusión terca por lograr el aplastamiento de los otros, su desgarro final. Es el poema de un tiempo perdido, por más que transfigure a los presentes hacia una realidad de ensoñación, con densas humaredas que desvelan una carnalidad que, por ahora, se impone a esa opacidad de las sotanas y a la reciedumbre de los uniformes: *De cuando en cuando un beso y un nombre de mujer*. ¿Hedonismo, confesión o antifaz? *Besos, pero no darlos. ¡Gloria, la que me deben!* Una indefinición que es sospechosa y que también alerta sobre el lecho brumoso del discurso: *Que las olas me traigan y las olas me lleven, / y que jamás me obliguen el camino a elegir*. Eso podría ser definitivo: una declaración, si se entendiera con literalidad. Pero es un veterano simbolista. Porque los hombres eligen su camino con determinación y él también lo está haciendo: ha elegido vivir, ha elegido seguir siendo un poeta que arrastra su pasado y lo refunde. Alguien que aprendió pronto que somos otros: una figuración, ese disfraz oculto bajo rostros fugaces que pudieron ser nuestros, *en una nube vaga que eclipsa un vano sol*.

Qué importa, entonces, que después nos lea su poema *Castilla*, en el que el Cid cabalga. Qué importa su concepto de alma como razón y epígrafe de toda su obra poética, empezando por el título su primer libro, y que luego aparezca otra vez en *Alma. Museo. Los Cantares*, con esa bella mujer en la portada que parece llegar del fondo vaporoso de cualquier cuadro de Romero de Torres. Qué puede importar a nadie que Manuel asegure que hoy siente *casi vergüenza de este libro en que se desnuda en público un alma lamentable y pecadora*; cuando, en realidad, lo que está haciendo es desgranarnos el detalle carnal de esos pecados, con algunas ausencias y un cierto regusto sensual. *Todo esto es agrio, duro, detestable*. Hombre, Manuel, quizá no tanto, o no estarías recitando precisamente estos poemas. *El Greco* y *Velázquez* son temas

españoles. Y también *Cante hondo*, del que bien que presumes de sus diez ediciones. Pero ni al citar expresamente a tu hermano Antonio, ese poeta rojo —lo que sin duda tiene su valor, porque nada te obliga a mencionarlo y, sin embargo, te expones y lo haces—, cuando te atreves a nombrarlo ahí, en mitad del discurso, en ese otro centro del franquismo que es San Sebastián, durante tu investidura como académico, recordando vuestras obras teatrales, y cuando te refieres al 18 de julio de 1936 como *momento cumbre de nuestra Historia* o citas veladamente a Unamuno, al asegurar que se debería españolizar Europa, lograrás disipar el efecto turbador del poema *Adelfos*.

Es lo que se dice Abel Cubero, cuatro hileras de asientos por delante de Raúl. Aún no ha tenido ocasión de encontrarse con él durante los días previos, pero lo ha distinguido rápidamente, en cuanto ha entrado en el salón, muy pendiente de cada afirmación de Machado y también de los gestos de Pemán, del que Raúl continúa siendo el asistente. Abel Cubero lleva en San Sebastián varias semanas y, desde que conoció la noticia de su nombramiento, ha estado esperando la llegada de Manuel Machado. Escucha con atención el discurso: conoce los poemas y está seguro de haber comprendido el doblez de su enfoque, entre la apariencia de arrepentimiento y la reafirmación que supone su exhibición del pasado. Ha leído con detalle todos los libros de Manuel y conoce sus giros y requiebros, los amagos y embustes de esas fintas con tanto arte como puterío, cuando está claro que el único propósito de Manuel Machado, con ese discurso, es salvarse a sí mismo.

—Y así —continúa Manuel, con un tono que a Abel le parece demasiado afectado—, ahora que vemos a nuestra España en la cumbre de un nuevo sacrificio por la Civilización Occidental; en trance de heroicidad por un ideal católico, es decir, universal, como en sus tiempos de Granada y de Lepanto, el poeta, que mostró a su Patria en el espejo de la Historia todo un ayer glorioso, es asombrado a su vez por el heroísmo actual de la Patria y la gesta admirable de su nueva Reconquista. De aquí se deriva la primera parte de un libro de poesías patrióticas y religiosas, titulado *Horas de Oro. Devocionario poético*, que está en prensa en la actualidad —y prolonga la pausa, oteando hacia el fondo—. Como veis, sigue siendo *Alma* el título general de toda mi obra. Porque es mi alma entera también, tal como hoy la llenan y desbordan Patria y Religión, la que os doy entera en ese libro.

Manuel Machado, como colofón, lee los poemas *Tradición, Blasón de España*, y uno de los más conocidos de esta nueva etapa, ya definitiva: el titulado *Francisco Franco*. Sus versos finales arrancan el aplauso de la sala entregada: *para una España más y más España, / ¡la sonrisa de Franco resplandece!* Vienen después los poemas religiosos:

Amor de Dios y *Domine ut videam*, dividido en tres partes, que a Abel Cubero le parece extraordinario, especialmente en su tercer fragmento. Pero cuando Manuel termina el discurso con el verso *siempre el amor acaba satisfecho*, Abel Cubero no aplaude, pese al entusiasmo de un salón que sí ha creído la transformación de este hombre, que ahora baja humildemente la cabeza, como si estuviera saliendo al escenario tras un estreno teatral.

28

LAS MANOS SUCIAS DEL ALBA

Un año después de su consagración como académico y poeta oficial del bando nacional en el Palacio de San Telmo, y en unas circunstancias muy distintas, Manuel y Eulalia llegan a Toulouse. Raúl ha aparcado el coche frente a la puerta del hotel Le Grand Balcon. Durante el almuerzo, a pesar de algunos intentos tímidos y prudentes de levantar los ánimos, por parte de Raúl, se les ha hecho inminente la llegada a Collioure al día siguiente. La muerte del hermano de Manuel se ha vuelto más corpórea que en ningún otro momento, como una presencia que los ha acompañado en el interior del Bugatti. En el restorán, solamente se han ocupado de comer, y cada uno de ellos se ha abandonado a su propia melancolía. Es cierto que, al principio, cuando les han servido la botella de burdeos, Manuel ha parecido salir de su ensimismamiento, con esa mirada de ceniza, y ha servido las tres copas con un vago entusiasmo. Pero, a continuación, Eulalia les ha llamado la atención sobre la inquietante normalidad en torno a ellos: las parejas paseando animadamente con sus hijos, los muchachos silbando, los ancianos degustando el plato del día allí mismo, en las mesas de al lado, antes de fumarse un cigarrillo; y ellos tres, mientras, en ese mismo lugar, pero con sus caras y sus movimientos tristes incluso al levantar las copas y dar el primer sorbo, como si hubiera un peso invisible sobre sus cabezas, en tensión y al acecho, o una nube oscura a punto de romperse. Eulalia, Raúl y Manuel vienen de un mundo semejante sólo en apariencia, pero tan alejado como otro sistema planetario: una realidad próxima, aunque opuesta, en la que los hombres no se sientan en un restorán simplemente a comer, porque los están esperando sus trabajos, sus familias o sus soledades, sino que se masacran entre sí. Y los hijos no llegan de la escuela, sino que son acogidos, porque se han quedado huérfanos demasiado pronto. Mirando alrededor, los tres se sienten, ahora más que nunca, y a pesar de saber que están ganando la guerra, extranjeros en ese país aparentemente tan cercano, pero ajeno a una situación que no los abandona ni siquiera ahí, ni tampoco cuando se

suben al coche con destino a Toulouse, aunque se internen en el sur de Francia. Porque han dejado atrás no ese mediodía luminoso, con la tranquilidad de los paseos y de los bulevares, mientras les sirven los platos, sino una sucesión de horas sombrías con amaneceres en los que las mujeres acuden a los cementerios para identificar, junto a las tapias, los rostros y los cuerpos de sus esposos, sus padres o sus hijos. Una geografía en que las afueras de algunas ciudades, como Madrid, se reducen a escombros por los bombardeos, con impactos de balas en los muros de la Ciudad Universitaria que permanecerán ahí durante décadas, igual que ese dolor bajo las piedras.

Han cubierto los casi doscientos kilómetros de distancia entre Pau y Toulouse en apenas tres horas, pero en ese penúltimo tramo del recorrido han tenido la impresión de haberse abismado aún más, al internarse en los bosques del Languedoc, en un viaje que los está sacando del pasadizo más crudo y violento que han atravesado en los últimos tres años, desde que comenzó la guerra, sólo para enseñarles, al final, sus consecuencias más definitivas. Han tenido un viaje tranquilo y silencioso, interrumpido apenas por alguna observación sobre el paisaje, con árboles movidos por el viento que parecían cambiar de sitio misteriosamente, apareciendo después más adelante, o eso ha pensado Manuel poco antes de caer dormido. Se han ido refugiando en sus cavilaciones, que al menos han sido serenas, y sólo han encontrado algunos camiones del ejército francés con los pilotos procedentes de los campos de entrenamiento o del aeródromo de Toulouse.

No ha sido al salir de San Sebastián, por la mañana, a pesar de haber pasado con el coche delante del Palacio de San Telmo, cuando Raúl ha recordado aquella tarde en que Manuel leyó el discurso de ingreso en la Real Academia, sino cuando han vuelto a subir al coche después de comer en Pau. El almuerzo ha sido deprimente; pero, también, extrañamente tranquilizador. Quizá ha sido ese silencio, y también la certeza de que el viaje se acaba. Pernoctarán en Toulouse y al día siguiente estarán en Collioure. En su recuerdo, a Raúl le llama la atención cada vez que Manuel se refiere a su hermano en el discurso. Sabe que es un poeta rojo, aunque entonces aún no lo ha leído y ni siquiera se plantea hacerlo alguna vez. Un enemigo, sí; pero ese hombre, a fin de cuentas, está hablando de su hermano. Le sorprende que tenga la valentía de referirse a él públicamente, cuando todos los asistentes de la sala conocen su adscripción al bando rebelde, sin importarle lo que puedan opinar los demás y la cúpula franquista, del hecho de que en ese instante lo recuerde y lo cite. Es más: que haya decidido recordarlo y citarlo, porque en el discurso no hay nada dejado a la improvisación y Manuel Machado lo ha llevado escrito.

Están entrando en Toulouse cuando Raúl evoca la contestación de

José María Pemán. Le parece magnífico en todo lo que dice; pero, especialmente, en la intención de cuanto dice, porque está depurando la razón de una vida. Así, comienza su intervención poniendo en valor que Manuel Machado haya acudido a inmolar su pasado a la vista de todos, repudiando sus juveniles años modernistas y su temperamento decadente. Aquella enfermedad está hoy, como afirma Pemán, afortunadamente superada, coincidiendo con la ocasión gloriosa en que la nueva España resurja entre sus llamas de purificación, al descubrir Manuel la única verdad de la fe redentora. Por eso Pemán lo invita a reposar de todo su ajetreo de vivir, tras haber apagado ese hastío infinito de sus ojos jóvenes, en la Real Academia, que siempre ha protegido esas cosas eternas, honradas y cristianas que son las que ahora España defiende contra el mundo. Esos mismos valores que siempre sobreviven a todas las llamas, saciarán su sed y calmarán su angustia.

Para Pemán, lo que salva a Manuel de aquel infierno del libertinaje modernista es su condición de andaluz: *Porque del brazo de Lola no se puede ir al vacío, ni a la Nada, ni al barrio latino de París. Del brazo de Lola no se puede ir más que a eso, a los Puertos…, es decir, a la sal, a la luz y a la vida*. O sea: no a las tinieblas lúbricas de fiestas saturnales con absenta y orgías, danzas demoníacas y pasiones ocultas tras la pipa de kif.

Raúl recuerda las palabras de Pemán con una nitidez que lo sorprende al cruzar la primera avenida de Toulouse, con su brillo rosado en las fachadas antiguas. Tituló su discurso de contestación *La poesía de Manuel Machado como documento humano*. Lo que más le sigue gustando, de todo lo que recuerda que escuchó, es aquello del fuego celeste. Se le quedó grabado, al afirmar Pemán que Manuel Machado había robado eso, el fuego celeste, sin quemarse con él. Así, *inmunizado de humanismo andaluz pudo asimilar, sin peligro, el veneno. Para él fue tónico lo que para muchos fue intoxicación*.

Aunque, y esto también lo evoca ahora Raúl, al detener el vehículo en la puerta principal del hotel Le Grand Balcon, él no fue el único que comprendió el alcance y el sentido del lavado de imagen de Pemán, que había desinfectado la figura de Manuel Machado de toda mácula republicana o roja. Fue justo a continuación del juramento de Manuel Machado, tras terminar Pemán su discurso de contestación. Ahora lo ve dormido a través del espejo retrovisor, mientras aparca: pero, en su evocación, Manuel está de pie, gallardamente, con la mano derecha sobre los Evangelios y un tomo de *Don Quijote*. Pemán sigue a su lado, como padrino de su bautismo nacional. Eugenio d'Ors pregunta a Manuel, mediante la fórmula escrita por él mismo, con su voz grave y tronante:

—Señor académico, ¿juráis por Dios y ante nuestro Ángel Custodio

servir perpetua y lealmente al de España, bajo imperio y norma de su tradición viva, en su catolicidad, que encarna el Pontífice de Roma, en su continuidad, hoy representada por el caudillo salvador de nuestro pueblo?

—Sí, juro.

—Si así lo hiciereis, Dios os lo premie, y si no, que os lo demande.

Mientras Eulalia lo zarandea dulcemente por el hombro —*Manolo, despierta, que ya hemos llegado, y te vas a hacer daño en el cuello con esa postura*—, Raúl recuerda como un latigazo la palmada que recibió en la espalda al salir de la ceremonia. Raúl se vuelve pensando en devolver el golpe, pero se encuentra con el semblante tan airado como sonriente de Abel Cubero.

—¿Qué te ha parecido la obra de teatro?

—Hombre, Abel. Cuánto tiempo sin verte.

A Raúl le llama la atención el brillo tan crispado de los ojos, encendidos de furia. Pero lo que más le inquieta es su extraña sonrisa. Lleva sin verlo varios meses y tiene la certeza de que algo ha cambiado definitivamente en él, y no para bien.

—¿Y toda esa patraña del fuego celeste? Vamos, que el hijoputa este es Prometeo, no te jode. El Prometeo rojo que viene a cagarse en nosotros y en nuestros caídos con su fuego sagrado. Si hasta escribió un himno para la República y lo recitó en el Ateneo de Madrid. Es un farsante, pero a mí no me engaña; a mí este tío no me engaña.

Pemán le ha dado la noche libre porque cenará con el matrimonio Machado, d'Ors, Sáinz Rodríguez y otros académicos. Como acaba de reencontrarse con él, después de bastante tiempo, Raúl decide no separarse esa noche de Abel Cubero. No le cuesta mucho convencerlo para ir a tomar unos vinos al casco viejo de San Sebastián. Entran en una tasca especializada en mejillones y, después de dos rondas, comienza a verlo algo más relajado, aunque sigue siendo un Abel Cubero muy distinto del que conoció en la Falange, al principio, que le recomendaba libros y hablaba con él sobre San Juan de la Cruz y Santa Teresa, tratando de orientarlo hacia una dialéctica de los puños y las pistolas que no se dejara necesariamente atrás los enaltecimientos del espíritu a través de la palabra poética. Sin embargo, como ya ha venido advirtiendo Raúl en sus últimos encuentros, algo le ha ocurrido que lo ha vuelto más agrio, hosco en el trato y en su percepción de los otros, o quizá sea el propio Raúl el que ya no es el mismo ante sus estallidos de ira o de violencia.

—Dime la verdad, chaval. ¿Qué te ha parecido toda esta farsa? —le suelta, mientras escupe un hueso de aceituna que rebota en el suelo cubierto de serrín—. Es una indignidad, Raúl, y una falta de respeto a

nuestros caídos.

—Francamente —comienza a responderle—, de verdad que no entiendo dónde ves tú la indignidad y la falta de respeto, y mucho menos a los caídos. El hombre es un literato. Un poeta. ¡Si hasta ha escrito un soneto a Franco! No hay más.

—¿Cómo que no hay más? —se encrespa Cubero, dando un paso al frente, quedando sólo a un palmo de su cara—. ¿Pero es que no has oído lo que te he dicho antes? ¡Ha sido un teatro! Igual que cuando lo sacaron de la cárcel en Burgos. Demasiadas manos se movieron durante aquellos dos días. Tenía que haberse podrido allí dentro, joder. Aquel artículo de Mariano Daranas, que sí es un auténtico escritor y un patriota, lo dejaba claro.

Raúl trata de no inmutarse, aunque lo incomoda su agresividad.

—¿Y qué era lo que dejaba claro?

—Pues que ese lírico burócrata es un rojo camuflado. Ni más, ni menos. Que se ha terminado aprovechando de su amistad con Pemán para coronarse como nuestro nuevo poeta oficial. Y eso es una puta vergüenza. Tenemos muchos muertos que se han dejado la piel en cualquiera de los frentes, o en las retaguardias, torturados en las checas, para gastar aquí nuestras energías en consagrar a este hijo de puta masón tan republicano como Azaña.

—Quizá estés en lo cierto —trata de apaciguarlo Raúl—, y sepas cosas que yo no sé. Pero espera, vamos a pedir otra ronda y unos mejillones al natural. Yo invito.

Abel Cubero apura su vaso de vino, coge un palillo y se lanza sobre los mejillones. Durante un rato, que se prolonga después con el paseo, Raúl consigue rescatar la mejor versión de ese hombre, que se había fijado en él ocho años antes, durante su visita al Hospicio Provincial de Burgos, porque le pareció más despierto que la mayoría de los chicos, por sus preguntas y su mirada noble, que de alguna manera consiguió conmoverlo. Abel ya estaba en Burgos impulsando la sede de Falange y fue cuestión de semanas que Raúl se integrara en su organización, destacando en sus competiciones deportivas. Además, Abel Cubero supo pronto que, si se trataba de sacudir, Raúl no se arrugaba y podía hacerlo tan bien como cualquiera. Pero, aunque acatara sus órdenes y lo acompañara en varias reyertas con los comunistas, siempre le quedaba la impresión de que una parte de él se interrogaba sobre todo eso, seguramente porque las consignas que convencían a otros no eran suficientes para él, y a veces sus preguntas ni siquiera Cubero sabía responderlas. Sin embargo, tampoco se arrugó en aquel tiroteo contra los ferroviarios anarquistas de Miranda de Ebro, pero un balazo le atravesó el costado y Abel tuvo que subirlo al camión que llegaba, con refuerzos, para que lo llevaran de vuelta al hospital militar de Burgos.

En la barra de La Espiga piden otros dos vinos tintos y dos delicias frías. Cuando ya parecía haberlo alejado de su obsesión inicial, Cubero vuelve a los Machado. Raúl muerde el pincho de anchoa, huevo duro, vinagreta y mayonesa, mientras lo escucha.

—Dime una cosa, Abel. ¿Tú los conociste en Madrid, antes de la guerra?

—Qué más da eso —responde, seco, mientras coge su pincho—. Sí, los traté algo. Acudí a su tertulia. Yo los había leído y los admiraba. Les di a leer unos poemas míos, porque yo entonces todavía quería ser poeta… Eran unos soberbios y se creían los dueños de la poesía, del teatro, de la literatura. Pero el peor de los dos era este, que se reía de todo y de todos. Auténtica gentuza.

—Comprendo.

Salen de La Espiga y dan un paseo bajo una lluvia leve. Abel parece calmado. Pero al llegar al pórtico de la Basílica de Nuestra Señora del Coro, con su escenografía barroca abovedada casi a punto de desplomarse sobre ellos y sus esculturas al acecho, Raúl se paraliza cuando los dos descubren, completamente solo y derrengado en un banco de piedra, con el nudo de la corbata deshecho y la cabeza adormilada entre las manos, a Manuel Machado.

—Míralo. Está borracho —le susurra Cubero—. Qué suerte hemos tenido.

Recuerda la carrera de Abel resonando en el pavimento bajo la lluvia y su silueta al abalanzarse sobre Manuel Machado, a través de la luz espectral de las farolas, antes de que Raúl intente detenerlo.

29

EL AVIADOR FRANCÉS

Esta vez les dan las habitaciones contiguas. La de Raúl tiene una cama con cabecero metálico y un escritorio frente a la ventana. Las paredes están empapeladas con un dibujo de cenefas verdes que parecen diluirse como un fondo marino con el juego de luces cuando enciende el quinqué. Al bajar, Eulalia y Manuel aún no han llegado. Se fija el resto de los comensales del comedor. Todos son pilotos de la aviación francesa. Raúl se pregunta cómo debe de ser servir en el ejército en un período de paz, aunque los vientos que vienen de Alemania anuncien su estallido. Pero esos hombres, sin embargo, la mayoría jóvenes, parecen tranquilos esa noche en Toulouse, como si la tragedia no pudiera tocarlos mientras fuman, beben y eligen sus platos. Hay uno que le llama la atención más que los demás, porque parece bastante mayor. Si los otros, distribuidos en varias mesas, están en la veintena, este hombre ha cumplido ya los cuarenta años, pero también lleva un uniforme de piloto. Raúl se detiene en él no solamente por su edad, que se evidencia en las entradas pronunciadas de su pelo y en algunas arrugas, incipientes, junto a las comisuras de los labios, y en los párpados hinchados; sino por el detalle de que está solo, en una mesa al fondo, con una copa de vino blanco y un libro abierto sobre el mantel.

Raúl se dice que en su vida anterior a la guerra sólo le han importado los coches de carreras, porque le gustan y también porque son uno de los recuerdos que guarda de su padre. Pero, hasta que tuvo a Abel Cubero como su superior en la Falange y después, al ser herido y destinado a la Oficina de Prensa, jamás habría imaginado que pudieran existir tantos hombres, y muy distintos entre sí, para los que leer libros y escribirlos fuera tan importante.

Cuando llegan al restaurante, Raúl se levanta y le aparta la silla a Eulalia, que se lo agradece con gesto afectuoso mientras baja los párpados. Tanto ella como Manuel tienen las ojeras muy marcadas; pero en él, además, la incomodidad se ha pronunciado. Cuando llega el momento de pedir, con el camarero firme junto a ellos, pajarita y

chaqueta blanca, con un bigotito recortado que podría recordarles a Charlot, por primera vez desde que han bajado de su habitación, Manuel Machado se dirige a Raúl.

—Hoy no quiero beber solo, muchacho. No pediremos vino si tú no me acompañas.

Eulalia hace ademán de intervenir; pero, cuando se fija en la expresión desapacible de su esposo, con ese presagio de tormenta, comprende que será mejor dejarlos luego solos a los dos, y permanece callada.

—Será un placer acompañarlo.

Antes de elegir la botella se demoran en la elección de la cena. Raúl se fija en un plato, *l'estouffat toulousain*, porque le recuerda al cocido madrileño. Además, al mediodía ha comido poco. Manuel no parece convencido, así que le pregunta al camarero, en su perfecto francés. Lo escucha, asintiendo, y traduce la respuesta a Raúl.

—Lo que yo pensaba. Es un plato demasiado contundente para la cena. Aunque tú eres joven… Es un estofado de ternera, tocino y manitas de cerdo, que aquí las llaman pies de cerdo, guisado con cebollas, patatas, zanahorias, y otras verduras que no recuerdo. Por lo visto es típico de Toulouse. Pero el camarero insiste en que es pesado para la noche.

Raúl sigue dudando, y señala al plato con salchichas que acaba de pasar a su lado.

—Eso te lo puedo contestar yo. Son unas *saucisses* especiales de aquí, parecidas a la butifarra. Tengo una idea —se queda pensativo, como si su cena se hubiera convertido en un asunto fundamental—. Pídete el *cassoulet*: es un estofado de carne con alubias blancas y salchichas. Así tienes un poco de las dos cosas.

Manuel y Eulalia compartirán un *magret* de pato; pero, desde que el camarero les descorcha la primera botella de burdeos, a ella y a Raúl les queda claro que a Manuel lo que menos le interesa esa noche es la gastronomía de Toulouse. Se ha animado con la elección de la cena porque quizá le hace recordar sus años en Francia, en ocasiones compartidos con su hermano, cuando ambos eran sólo dos jóvenes poetas trabajando para la editorial Garnier Frères, con una colección de libros en español, tratando de encontrar los secretos nocturnos y diurnos de París. A Manuel le sienta bien ese recuerdo: le hace mantener cierta distancia, aunque sin desentenderse de la situación que los acerca a Collioure: el frío interior que no lo ha abandonado desde que Raúl los recogió, en la puerta de la pensión, y se subieron al coche. El motivo del viaje, que concluirá al día siguiente, es una brisa gélida y cortante que se le ha agarrado a las articulaciones, a las manos que no deja de frotarse. Quizá la exterioriza en sus cambiantes estados de ánimo, entre el dolor y el desgarro. Sus facciones adquieren

vida propia y basculan de la ira al ensimismamiento, entre la ensoñación y la tristeza, con un deseo silente de enajenación o acabamiento; pero sin dejar de proteger, a cada instante, como una presencia entre ellos, la sombra de su hermano, porque todo el trayecto ha consistido en una fotografía continua de los tres, mudos o habladores, dentro o fuera del coche, siempre con Antonio al fondo.

—Me estoy acordando de una de nuestras últimas tardes en el Varela —comienza, con la mirada perdida en el otro extremo del comedor, donde el piloto que dobla en edad a los demás continúa absorto en la lectura—, antes de todo esto. Ahora mismo, casi parece un sueño. Si hasta creo que puedo oír el piano.

—¿El piano? —se extraña Raúl—. ¿Qué era, un café cantante?

—Un café cantante —susurra Manuel, con un cierto regusto que se disipa pronto—. No tanto. Dejémoslo en café. Pero con piano, y con un buen pianista, Aurelio, que además sabía de literatura. Qué habrá sido de él… Los últimos tiempos —prosigue, mientras levanta la copa, manteniéndola en el aire sin dar todavía el sorbo— antes de la guerra, cuando Antonio venía de Segovia, nos veíamos allí. Era nuestro lugar. Incluso teníamos una mesa permanentemente reservada —sigue, para marcar después una pausa en la que se queda mirando las velas encendidas de la mesa, con las llamas que oscilan ante cada palabra—. Una tarde en que estaba con nosotros Unamuno apareció Manolo Altolaguirre, siempre animoso, y nos contó las aventuras de su nueva editorial. Había venido a pedirme un libro de versos. Pensé que era una broma; pero Altolaguirre iba en serio. Hombre, le contesté, si usted sabe que yo me he cortado la coleta. Aunque tenía varios inéditos que me gustaban, esa es la verdad. Tras insistirme mucho y rechazarlo yo con toda cordialidad, pero tajantemente, por un momento creí que había conseguido desalentarlo. Entonces fue cuando le dije: *Mejor publíquele a mi hermano, porque su poesía no tiene tiempo. Y la mía, sin embargo, sí lo tiene…* Eso le sugerí. Unamuno iba a mediar; porque Unamuno, que Dios tenga en su gloria, era incapaz de estar en una tertulia, literaria o política, sin intervenir en todos los asuntos y llevar el peso de la conversación; pero, por una vez, aunque se dio cuenta de que iba a cortarlo antes de empezar, y a pesar del mucho respeto que le ha tenido siempre, se le adelantó Antonio, poniéndome la mano en la muñeca. ¿Y sabéis lo que dijo, delante de Unamuno y de Altolaguirre, pero como si hablara sólo para mí? Fue impresionante su voz: *Hermano, esto ya lo hemos hablado, pero no me importa repetírtelo: ninguna poesía tiene edad si es auténtica poesía. Y la tuya lo es. Así que más te vale entregarle al joven Altolaguirre ese libro que tienes entre manos desde hace tiempo, con poemas que me parecen francamente formidables. Será tu renacimiento*.

Permanecen callados. Manuel apura la copa y las rellena.

—¿Y le dio el libro?

—¿A quién?

—A ese hombre que fue al Café Varela a pedirle un nuevo libro de poemas.

—Claro —se sorprende Manuel, como si regresara de alguna parte —. Le di *Phoenix*.

—¡Hombre!

—¿Qué sucede, muchacho? —se sobresalta Eulalia.

—Es que yo he leído ese libro de versos. De hecho, lo he leído muchas veces.

—¿De verdad? —se sorprende Manuel, sonriendo con malicia—. Es muy curioso que lo hayas leído, porque se publicó justo antes de la guerra. ¿Y cuál es tu poema favorito?

—Me gusta mucho *Canto a Andalucía* —reflexiona—. Pero, sin ninguna duda, el que más veces he leído y sigo leyendo es *Nuevo autorretrato*.

—Pero entonces ¡es cierto! Ya sabía que conocías mi poesía, pero esto…

Manuel suelta una carcajada y Raúl tuerce el gesto.

—Manolo, estás molestando a Raúl. Si te ha dicho que sí, no hay razón para dudar.

—¿Cómo no voy a dudar, si en España no lee nadie? Y eso que yo era de los leídos.

—¿Era? —le pregunta Raúl.

—Era. Porque, a pesar de lo que decía mi hermano, yo sé que mi tiempo ya pasó.

Se queda pensativo, evocando algo, y después continúa, con una extraña sonrisa:

—Y, además, no importa.

—Deja eso, Manolo, por favor. No te martirices. Si Antonio lo decía, sería por algo.

—Claro que era por algo —contesta, dando un trago—. Porque era mi hermano.

—No sólo por eso, y lo sabes. Y no me parece justo que hables así de ti mismo. Antonio te adoraba. Igual que tú lo adorabas a él. Por eso escribíais juntos.

El silencio es sólido y espeso sobre sus cabezas. Raúl habría preferido no presenciar esa conversación, pero se mantiene impávido en su silla.

—Me lo dio Pemán —interviene entonces.

—¿Cómo?

Manuel se le queda mirando, y por segunda vez parece regresar de

un lugar lejano.

—Que fue don José María Pemán quien me prestó ese libro, *Phoenix*, en Burgos. Lo tenía en su despacho. Yo le pregunté por usted. Fue poco después de aquel incidente.

—¿Qué incidente? —le pregunta Eulalia, distraídamente, mientras parte un trozo de *magret* de pato en pedazos pequeños, mezclándolos con puré de patatas.

Raúl duda unos segundos antes de contestar:

—Pues… Cuando lo detuvieron, don Manuel, y lo llevaron a la prisión de Burgos.

Ahora son los dos, Manuel y Eulalia, los que están mirando fijamente a Raúl.

—Por error, naturalmente —se apresura a continuar—. Como todo el mundo sabe.

—¿Todo el mundo? —masculla Manuel—. Pues entonces no pareció saberlo todo el mundo. Menos mal que tengo una mujer extraordinaria. Fue ella la que me sacó de allí.

Eulalia levanta la cabeza, con los ojos brillantes.

—Yo sólo hice lo que tenía que hacer. Y a eso no hay que darle más importancia.

—Otra se habría quedado en el cuarto de la pensión lamentándose, y tú te recorriste todo Burgos buscando ayuda —se reafirma Manuel, mirándola hondamente.

—Nunca he sabido —sigue Eulalia, sonriéndole con ternura, aunque sin detenerse en ese gesto— qué intervención fue la definitiva, pero todos me recibieron: Luca de Tena, José Zameza, mi hermana Carmen, el arzobispo Castro… Y, por supuesto, Pemán.

—Sí, pero tú llamaste a sus puertas. Y afortunadamente, alguno de ellos te escuchó.

Eulalia extiende la mano y toma la de Manuel.

—¿Y tú —se dirige ahora a Raúl—, se puede saber cómo estás al tanto de todo eso?

—Burgos es pequeño, señor. Y yo entonces ya estaba con Pemán.

—En la Oficina de Prensa.

—Sí. Y un día, hablándole de usted, me prestó el libro. Pemán lo admira mucho.

—Bien que lo sé —cabecea Manuel, rellenando sus copas y excluyendo la de Eulalia—. He tenido esa suerte… Y debo dar gracias por no estar como mi hermano.

—Manolo, por Dios.

—Esta noche yo sólo puedo estar con la verdad. De hecho, yo sólo quiero beber y estar con la verdad. Mi hermano se ha muerto en una cuneta, Eulalia. Mañana me encontraré con él. Así que tengo derecho

a hablar. Si nos hubiéramos quedado en Madrid, si no hubiéramos ido a Burgos aquel 15 de julio para el santo de tu hermana, habríamos acabado cruzando la frontera con él, con mi madre, José y Matea. Y entonces el muerto a lo mejor habría sido yo —sigue, abriendo la pitillera, ofreciéndole un cigarrillo a Raúl, que lo acepta con un asentimiento, y cogiendo él otro—, porque no hay ninguna razón para pensar que mi salud era mejor que la suya, que yo habría resistido más. Y todo eso, suponiendo que no me hubieran fusilado en una checa de Madrid.

Prende los dos cigarros y aspira con avidez. Su bocanada se esparce por el salón, mezclándose con las humaredas que se extienden hacia el otro extremo, donde ese hombre continúa leyendo, ajeno al bullicio y con su propio humo, apartado en su mesa.

—Cariño —se inquieta Eulalia, apretándole la muñeca—, estás incomodando a Raúl.

Manuel lo mira de frente. Se fija en sus ojos sinceros y en la firmeza de su mentón.

—¿Por qué, mujer? ¿Es que un hombre no tiene derecho a enfrentarse a una noche como la que me espera, sin poder hablar honradamente?

—Por supuesto que sí, pero no olvides que este muchacho ha sido un combatiente…

—En lo que a mí respecta —interviene Raúl, interrumpiéndola con rapidez—, nada de lo que yo pueda escuchar va a salir de esta mesa.

Manuel levanta la copa y Raúl lo imita. Ella también, pero sin convencimiento.

—Pues por lo que respecta a mí, Raúl es mi amigo y puedo hablar con él libremente.

Eulalia se levanta y los dos hombres la acompañan en el movimiento, arrastrando las sillas. Pero ella coloca una mano sobre el hombro de Manuel, que permanece sentado, y a continuación se inclina sobre él, aunque Raúl también puede oírla:

—A mí no tienes que convencerme de que el muchacho es excelente. Pero antes de seguir hablando sobre lo que pudo suceder, no olvides lo que costó sacarte de la prisión.

Entonces es Eulalia quien coge la botella, que ya es la segunda y casi está acabada, y rellena las tres copas, aunque en la suya únicamente sirve un par de dedos.

—Ahora soy yo la que quiero brindar.

Manuel y Raúl las levantan con algo de sorpresa.

—Brindo por Raúl. Nos ha traído de maravilla y ha sido un compañero prudente y delicado en momentos muy duros para nosotros. Y también brindo por ti, esposo.

Entrechocan sus copas sin hacer ningún comentario.

—Y ahora os dejo. Necesito descansar. Buenas noches.

Cuando se quedan solos, llaman al camarero y Manuel pide la tercera botella de burdeos. Los pilotos continúan con una especie de jolgorio latente y ahora se interpelan entre las mesas, porque al parecer todos se conocen. Sin embargo, no es algo que resulte molesto, sino que los acompaña. Raúl agradece esa jovialidad y parece que Manuel también, porque hace un comentario alusivo a lo que algunos de esos muchachos pueden ir a buscar cuando salgan del hotel. Raúl advierte que ese hombre —al que apenas está empezando a conocer, aunque lo ha estado observando los últimos tres años—, que ha permanecido callado todo del viaje, puede estar varias horas hablando de su hermano. Quizá lo necesite, y a Raúl le agrada escuchar sus historias de cafés y tabernas, de estrenos de teatro o de supervisiones de los ensayos, tertulias y reuniones para planificar la estructura de una obra y los perfiles de los personajes, porque comienza a vincularse a ese escenario y es la primera vez que se siente parte de un mundo que todavía no posee.

—¿Te gustan las mujeres, muchacho?

Raúl se queda paralizado y casi se atraganta con el sorbo, pero se termina la copa.

—Cómo no me van a gustar.

—Sólo es una pregunta. ¿Te gustan, o no te gustan?

—Claro que me gustan, joder.

—Pues no te olvides de este consejo: las copas y las putas, siempre de dos en dos.

—¿Y eso a qué viene?

—Pues viene —Manuel vuelve a servirlos, y queda apenas un tercio de la botella—, a que, si vamos a ser amigos, estoy obligado a compartir contigo esa gran verdad universal.

—Muy bien, lo tendré en cuenta —ríe, mirando su copa—. Aunque aspiro a tener algo como lo que usted y la señora Eulalia tienen.

—Ya es hora de que me tutees. Además, el tuteo lo pusisteis de moda los falangistas.

—Te lo agradezco. Pues sí, me gustaría encontrar a alguien, casarme y tener hijos.

—¿No eres un poco joven para eso?

—¿Usted a qué edad se casó, si puede saberse?

—Jovencísimo: todavía no tenía cuarenta años.

Raúl estalla en una carcajada.

—Venga ya. Pero si a esa edad algunos hombres ya están a punto de ser abuelos.

Manuel sacude la cabeza con visible desaprobación y una resignada sonrisa.

—Yo sabía que Eulalia me esperaba. Pero, vamos a ver. ¿Tú qué edad tienes?

—Veintitrés.

—¿Y por qué quieres casarte?

Esta vez, Raúl sí coge la copa muy despacio y da un sorbo antes de contestar.

—Me gustaría tener algo como lo que recuerdo, antes del accidente. Algún día. Una mujer conmigo, en mi casa. Además de enseñarles a conducir —sonríe—, querría ver crecer a mis hijos y acompañarlos en la vida. Porque mi padre me dio algo que me gustaría transmitirles, que no muriera conmigo.

Manuel asiente.

—Es una buena razón. Nosotros no tenemos hijos, ni mi hermano Antonio los tuvo con Leonor. Pero queremos mucho a nuestras sobrinas… Me pregunto dónde estarán.

—¿Cómo era Leonor?

—¿La mujer de mi hermano? Una chiquilla llena de candor. Antonio era diecinueve años mayor que ella: era sólo una niña cuando la conoció. Yo creo que se querían mucho. Cuando murió quedó destrozado… Nunca lo he visto peor. Espera, te la puedo enseñar.

Manuel se lleva la mano al bolsillo interior de la chaqueta y saca la cartera. Extrae de ella una fotografía pequeña que los muestra a los cuatro, con los hombres sentados y las mujeres detrás de ellos: Manuel y Antonio, y Eulalia y Leonor. A Raúl le conmueven los rasgos de esa mujer niña, vestida como una adulta, con esa calidez tranquila de sus ojos.

—Es una fotografía muy bonita.

—Sí, lo es. Ese día, justo después de retratarnos, fuimos a la verbena de La Paloma.

Raúl advierte que sólo permanecen, en el salón comedor, el aviador de la mesa del fondo y ellos dos. Hace tiempo que no aparece ningún camarero.

—Conoció a otra mujer, muchos años después. Créeme: no hay que enamorarse perdidamente de nadie, sino querer cuando toca, y ya está. Mi hermano no lo sabía, era muy sabio para unas cosas y extrañamente poco maduro para otras, y sólo tuvo dos amores: una mujer niña, y esta otra, que casi con seguridad —continúa Manuel, y a Raúl ya le parece relativamente ebrio— se le acercó sólo por su fama. Estaba casada y nunca le vi ni un detalle con él… Fue a buscarlo a Segovia, según parece, durante una de sus crisis matrimoniales. Pero sólo sabía dejarse adorar, creo que ni siquiera se dejaba meter mano.

Vamos, que no consumaron nunca. Ese tipo de mujer narcisista, de las que hay que huir, que sólo quieren tenerte en su red. Yo pienso que en todo caso se enamoró del poeta famoso, pero no del hombre. Un desastre.

—Vaya.

—Sin embargo —continúa Manuel, y sus ojos parecen ensoñarse unos momentos, como si todo él pudiera transportarse lejos de allí—, la última vez que lo vi me contó algo que me dejó perplejo. Los hermanos teníamos la costumbre de almorzar juntos los domingos, en su casa. En un momento de la sobremesa, con la excusa de salir a fumarnos un pitillo al balcón, me asomé con él. Supe que iba a contarme algo, y temí que estuviera relacionado con esa mujer, Pilar de Valderrama, que siempre me pareció una calientabraguetas con la única intención de aprovecharse de la fama de mi hermano. Pero, afortunadamente, no tenía nada que ver con ella. Sino con Leonor.

—¿Con su mujer fallecida?

—Sí. Me dijo que había vuelto a verla. En Madrid, por la calle Augusto Figueroa.

Raúl sonríe con incredulidad y reparte el tercio restante de botella en ambas copas.

—No puede ser. ¿Cuándo había muerto?

—El 1 de agosto de 1912. Nada menos que veinticuatro años antes. Luego me aclaró la historia: como esta Pilar era una estrecha, él no había dejado de frecuentar los burdeles. Imagina su sorpresa cuando, un día, se encuentra con una muchacha que es el vivo retrato de su esposa muerta. Yo creo que los poemas que había seguido escribiendo a Guiomar hacía ya mucho que no eran a Pilar de Valderrama, sino a una especie de musa, o a una Leonor recuperada.

—Déjame ver de nuevo esa fotografía en la que salís los cuatro juntos.

Manuel se la muestra. El gesto de Antonio le parece en este retrato menos antipático que en la fotografía que ilustra el ejemplar de sus *Poesías completas* que le ha prestado Manuel. Se fija detenidamente en los rasgos dulces de Leonor.

Pasa junto a ellos el único comensal que permanece en el salón, el de la mesa del fondo, con un libro entre las manos. Se detiene al escucharlos y se dirige a ellos en francés.

—Disculpen la molestia. Pero veo que son españoles. ¿Cómo sigue todo por allí?

—No es ninguna molestia —le responde Manuel, también en francés—. Efectivamente somos españoles. ¿Cómo sigue todo? Pues, según se mire… Todo es conforme y según.

—Perdonen, es una pregunta delicada. Además de piloto soy

periodista y estuve en Madrid un mes, antes de la guerra, haciendo unos reportajes sobre la República.

Manuel mira a Raúl, que lo escucha con atención, antes de seguir la conversación.

—Pues la guerra prácticamente está perdida para el bando republicano.

El piloto respira hondamente. Se pega el libro al pecho con ambas manos y dice:

—No sé si eso es bueno o malo para usted, caballero. Para mí es una mala noticia.

Manuel se fija en las ojeras pronunciadas de sus ojos profundos.

—Está usted en su derecho. A mí ahora mismo, si le soy sincero, me da lo mismo.

—¿Cómo puede decir eso? —se extraña, con respeto, el recién llegado.

—Mi hermano ha muerto en Collioure. Estoy aquí de paso, camino de su entierro.

—Su hermano —reflexiona en voz alta, tras guardar silencio—, ¿no sería escritor?

—Sí, lo era. Y yo también lo soy.

La expresión de la cara del piloto francés cambia completamente. Suelta su libro sobre la mesa y le extiende la mano a Manuel.

—Entonces es usted Manuel Machado. Yo admiraba a su hermano y llegué a conocerlo, cuando escribí un reportaje en mi viaje a Segovia. Mi más sincero pésame.

Raúl cree entender algunas palabras aisladas, pero sólo percibe la intensidad de la conversación. Manuel le estrecha la mano y varias lágrimas le cruzan las mejillas. Se las seca con el pañuelo de la chaqueta y le responde:

—Muchas gracias. Dígame a quien tengo el honor de dirigirme, para que pueda recordar el nombre del primer francés que me dio el pésame por mi hermano Antonio.

—Mi apellido no importa… Pero mi nombre es el mismo que el de su hermano.

Le sorprende a Raúl el vigor con el que ambos desconocidos se aprietan las manos.

—Encantado, Antoine. No lo olvidaré. Y buena suerte cuando cruce el cielo.

El piloto recoge su libro y se despide con una marcada inclinación de cabeza.

Cuando se quedan solos, Raúl mira a Manuel con una expresión interrogante.

—¿Y bien?

—Raúl, ¿sabes cuánto tardaremos mañana en llegar a Collioure?

—No demasiado. Si salimos temprano, podríamos estar allí al mediodía.

Manuel se levanta lentamente y Raúl lo imita, mientras se encoge de hombros.

—Ha sido extraño. Resulta que ha estado en España, y conocía a Antonio. Cuando le he dicho que mi hermano ha muerto en Collioure, ha adivinado que se trataba de él.

—Supongo que la noticia ha debido de publicarse ya en la prensa internacional.

—Sí —concede Manuel—. Pero no ha sido sólo eso… Había algo en él, no desde luego un rasgo físico, que me recordaba a mi hermano. Una especie de hondura, de pureza, que cuando la percibes te desarma y sólo he visto en algunos hombres buenos.

30

COLLIOURE

Hay un instante en la última salida de España de Antonio Machado que siempre asalta con vértigo y tristeza: no cuando deja su maleta en el asiento trasero, no cuando su madre, Ana Ruiz, le pregunta, a punto de alcanzar la frontera francesa y delirando, exhausta y fragilísima: *¿Cuánto queda para llegar a Sevilla?*, ni cuando observa la caravana de cuerpos agolpados en la intemperie de hambre y lluvia. No: el momento que vuelve, su percepción azarosa, es cuando el chófer dice que se ha acabado la gasolina y hay que seguir a pie. Porque ese hombre acabado, envejecido antes de tiempo no sólo por su bronquitis crónica, sino por el desgaste vital de la derrota y el éxodo, apenas puede sostenerse a sí mismo; y cómo va a poder, ahora, con esos pies que salen del calor tibio del coche para hundirse en el barro, ayudar a su madre. Afortunadamente no está solo: Corpus Barga la cargará en sus brazos al cruzar la frontera. Pero no sólo eso: ante la carencia de documentos para pasar a Francia, Barga asegura a los gendarmes fronterizos que ese hombre abatido, grandote, adelgazado, que no deja de toser y parece ablandado bajo la llovizna, como un gran pliego de papel andante y empapado, una especie de estatua que se va disolviendo, como si fuera a volverse transparente, es el mayor poeta de España, *nuestro Paul Valéry*.

Sólo unas horas antes de ese 22 de enero de 1939, cuando las últimas columnas de futuros habitantes de los campos de concentración de las playas francesas se dirigen sumisas hacia su matadero, ante la inevitable ocupación de Barcelona por las tropas franquistas, Antonio Machado, tras llegar allí con su familia desde Valencia, se sube a ese vehículo que luego quedará en un arcén, como otros cientos de coches y equipajes, en el colapso final de la escapada. Lo ha conseguido el doctor José Puche Álvarez de la Dirección de Sanidad. A él se suben, además de la familia del poeta, el filósofo Joaquín Xirau, el humanista Carlos Riba, el filólogo Tomás Navarro Tomás y Corpus Barga, con las acreditaciones necesarias para cruzar la frontera. Descansan en una masía de Viladasens. Es la última noche

para Antonio Machado en territorio español, durmiendo en un pajar caliente, entre los utensilios de labranza, los baúles y los muebles acumulados entre el polvo. ¿Se pierde allí el último maletín o se quedó en el coche, ese último maletín que el poeta ya no es capaz de llevar, puesto que ni siquiera puede cargar ya consigo mismo?

En ese instante único, cuando el conductor dice que ahora deben continuar andando, porque se han quedado sin gasolina, en el cuello de botella de la carretera al pie de una cuesta pronunciada, sólo a medio kilómetro de la frontera con Francia, los equipajes se quedan dentro del vehículo, en el último asiento. Cómo debe de sentirse un hombre de sesenta y tres años para no ser capaz ni siquiera de rescatar sus últimos papeles y guardarlos dentro del bolsillo, qué importancia da a esos borradores; quizá cree que aún podrá escribir más o ni siquiera lo piensa, porque el mundo se abre bajo sus pies, en la carretera cubierta de lodo y colapsada por sus cuerpos vencidos, con todas esas almas sin descanso posible. Pero sale, se apoya en su bastón y echa a andar, sigue a los otros cuerpos y remonta el repecho bajo el viento y la lluvia.

Gracias a Corpus Barga y su permiso de residencia como corresponsal en Francia pueden cruzar la aduana. Entonces unos coches los recogen y los llevan hasta la estación ferroviaria de Cerbère. Allí, de nuevo gracias a la influencia de otros —Joaquín Xirau en este caso— han conseguido refugiarse en un vagón que descansa en unos raíles. Intentan dormir en los asientos, seguramente Antonio acurrucado con su madre y José con Matea. Hay que imaginarlos en medio de la nada, porque en ese momento están en medio de la nada de la historia, de la guerra y la vida. Están a punto de ser una escena de reivindicación, incluso para quienes nunca se molesten en asomarse a ella y entender las razones que los han conducido a su heroica miseria, al desamparo que apenas aspira a la sobrevivencia del minuto siguiente o el nuevo amanecer. Son unos hombres y mujeres comidos por el frío y la desesperanza, que prefieren juntarse para reunir calor, agradecidos porque pueden encogerse unos sobre otros. ¿Piensa entonces Antonio en Manuel, por quien siempre les ha preguntado a todos los periodistas que le han hecho entrevistas, durante los tres años de la guerra, porque no ha vuelto a verlo desde el último domingo en que comieron juntos? ¿Piensa en Leonor, que empezó a morirse en París, cuando despertó empapada en sangre durante su viaje de ampliación de estudios? Seguramente duerme a ratos, porque el agotamiento se ha agarrado a sus pies grandes, doloridos y húmedos. Persiste la tos seca que le sale del pecho, aunque intenta ahogarla, para no despertar a los demás: pero, mientras trata de dormir, sigue fumando los escasos cigarrillos de picadura que aún le quedan. Mira por una ventanilla: el humo se

confunde con el amanecer mientras lo demás duermen. Es la imagen del fin: una vía muerta que comenzó a perfilarse mucho antes de salir de Barcelona o llegar a Rocafort, antes incluso antes de abandonar Madrid. Esa vía muerta se escribe, para Antonio Machado, para su media España derrotada y para la otra media, desde que se escuchó el primer disparo.

Cuando salen del vagón en el que han pasado la noche en la estación de Cerbère, el mármol frío del cielo les abrasa la vista. No encuentran nada para desayunar y la noche anterior tampoco cenaron; pero, con la ayuda del filólogo Tomás Navarro Tomás y del escritor Corpus Barga, Antonio Machado, su madre, Ana Ruiz, su hermano, el pintor José Machado, su mujer, Matea, y el propio Barga, montan en otro tren y logran llegar a Collioure a las cinco y media de la tarde del 28 de enero. Dan los primeros pasos por el pueblo, aturdidos por el hambre y el agotamiento. Los lugareños que los descubren, arrastrándose por la carretera como sombras sonámbulas, tienen la impresión de estar asistiendo a un desfile de ánimas perdidas. Antonio Machado se esfuerza por avanzar, aunque está al borde del derrumbe y querría encontrar la paz en la caída, porque su pesado cuerpo se ha quedado sin fuelle, mientras la tos le incendia los pulmones, deshilachados de asfixia, y ni siquiera puede generar la inercia natural del movimiento bajo su gabán raído. Su madre, Ana Ruiz, está a punto de desfallecer cuando los brazos de Corpus Barga, que también la cargó al cruzar la frontera, la elevan y se la pegan al pecho como una novia ingrávida a punto de desaparecer, porque ya apenas pesa.

José Machado ayuda a su mujer, Matea, a caminar por la calle con luminosas contraventanas que se van abriendo progresivamente, como si los moradores de esas casas bajas y silenciosas no se atrevieran a interrumpir la representación. Desembocan en una plaza con una tienda de corte y confección de ropa masculina, aunque en un primer momento Antonio sólo se fija en el resplandor metálico de unas bolas que brillan entre los árboles, con el último resplandor de la tarde reflejado en sus esferas, por momentos volantes, pero tan plomizas como él al golpear en la tierra. Unos viejos están jugando a la petanca y Antonio Machado se pregunta si él también podría mirarse en el espejo de esas bolas y encontrarse tan viejo como se siente, a sus sesenta y tres años, exactamente igual de viejo que esos hombres que dudan si seguir o acercarse a la comitiva que entra en la tienda de Juliette Figueres, como siluetas cada vez más borrosas que apenas se reflejan en el cristal amplio del escaparate que muestra fantasmales camisas borrosas.

Los únicos que hablan francés son Corpus Barga y Antonio Machado. Corpus está pendiente de Ana Ruiz, pálida y exhausta.

Antonio se dirige a Juliette, que los mira asombrada desde el mostrador, todavía con un metro de madera finísimo en las manos, como si fueran una aparición, y le dice que acaban de llegar de España, que no tienen nada con qué pagarle y que le agradecería mucho un poco de agua, sobre todo para su madre, y la señala con una mano abierta, que es mayor y está muy enferma. Se escucha precisar a sí mismo esa observación —que su madre es mayor— y se pregunta cómo lo estará viendo a él esa mujer joven, escurrido dentro del abrigo, como un espectro que hubiera recobrado la capacidad del habla. Juliette Figueres les da café y les permite descansar. Al día siguiente, cuando regresan José Machado y su mujer, les ofrece camisas y unas mudas, pero José se niega, con una mezcla de irresponsabilidad y decoro, porque no tienen nada para pagarle. En el hotel Bougnol Quintana los dos hermanos no bajan nunca juntos ni a desayunar, ni a comer o a cenar; cuando la patrona pregunta a Antonio o a José, uno de ellos contesta: *Sólo tenemos una camisa con la que bajar al comedor, y nos la turnamos*.

Jacques Baills, el ferroviario que se ocupa de ellos al llegar a la estación, descubre la identidad de Antonio Machado al revisar el libro de registros del hotel: se trata del autor de los mismos poemas que él había leído, siendo niño, al estudiar español. Le pregunta: *¿Es usted el poeta?* Antonio le responde: *Sí, soy yo*. Al día siguiente, da un paseo por la playa con José, como esos días perdidos que parecen haberse dibujado sobre el mar. Tras un rato de silencio que su hermano no se atreve a interrumpir, mirando las casitas de los pescadores, le susurra: *Quién pudiera vivir ahí tras una de esas ventanas pequeñas, libre ya de toda preocupación*. Después de ese paseo no vuelve a salir de su cuarto. El 22 de febrero, a las tres y media de la tarde, muere Antonio Machado. Sacan su cuerpo de la habitación levantándolo por encima de la cama en la que agoniza su madre. Después lo cubren con una sábana, por indicación de su hermano José.

Su cuñada Matea se estremece cuando introducen su cuerpo en un ataúd de cinc y lo cierran con un soplete. Dos días después, antes de expirar, su madre, Ana Ruiz, pregunta por su hijo Antonio y se echa a llorar al ver su cama vacía.

Cuando Manuel se abraza a su hermano José, lo primero que escucha es que su madre ha muerto. Se lo dice Pepe, con un gemido, abrazando a su hermano mayor como si en su pecho ahora encogido y tembloroso —se ha pasado la mañana, desde que salieron de Toulouse, tosiendo dentro del coche—, se hubiera concentrado toda su familia. Eulalia y Matea permanecen atrás, muy próximas la una a la otra. Raúl se queda un paso detrás de Eulalia. Son las dos de la tarde del miércoles 1 de marzo de 1939 y hace una semana de la muerte de

Antonio, que fue enterrado, ahora ya lo saben, el miércoles 23 de febrero. Su madre, Ana Ruiz, murió dos días después. Es una información rauda, incisiva como un estilete cuando José se la vierte al oído. Son unas palabras susurrantes que, sin embargo, los cinco pueden escuchar.

Manuel se siente presa de un mareo súbito entre los brazos de José, como si una sacudida interior estuviera a punto de lanzarlo sobre el camino de grava que bordea el hotel Bougnol Quintana. Intenta mantenerse recto y no moverse: teme desplomarse. Sin embargo, la fuerza de su hermano lo sostiene. José Machado siente que, en Manuel, ya está abrazando al pasado. Entonces, cuando lo nota algo más repuesto, José le da el bastón de Antonio.

Se hospedan en el mismo hotel. En cuanto sueltan el equipaje, Manuel pide a José que lo lleve al cementerio. Las mujeres y Raúl los acompañan. Aunque al principio avanzan sin musitar palabra, Pepe empieza a hablarle de la carta que le envió Jean Cassou, solicitando, en nombre de los escritores franceses, enterrarlo en París. Ante la imposibilidad de lograr comunicarse con ellos, le había contestado, en nombre de los demás hermanos y en el suyo propio, que, aunque le agradecía mucho tan cariñoso y devoto ofrecimiento, teniendo en cuenta la personalidad de Antonio, de haber podido elegir, seguramente habría querido quedarse en ese sencillo pueblo de pescadores.

Mientras bajan por la calle central, bajo las miradas de algunos transeúntes, Manuel escucha el relato acerca de los numerosos telegramas de pésame y las dos coronas de flores que recibieron pocas horas después de la muerte de Antonio: una del Embajador de España en París y otra del Gobierno. Cuando José nombra al Gobierno, no especifica que se refiere al republicano; aunque tiene constancia de la adscripción pública de su hermano al bando nacional, sabe que Manuel comprenderá que, tanto para él, como para Antonio hasta que murió, no existe otro Gobierno que el de la República. También le cuenta que el alcalde de Collioure, al frente de la mayoría de sus vecinos, acompañaron al féretro, que cubrieron con una bandera tricolor y llevaron a hombros seis milicianos que lograron escapar del encierro al que entonces estaban sometidos —y en el que continúan—, por su condición de militares republicanos, dentro del castillo de Collioure.

—Por esa calle se va al Ayuntamiento —le indica, señalándola—. El cortejo fúnebre se desvió hasta allí para hacer una parada honorífica, y después regresamos a este camino.

El sitio en el panteón les fue cedido por una señora amiga de la dueña del hotel, y allí reposan ahora, frente al mar, su hermano y su madre. Eulalia se coloca junto a su esposo, cogiéndolo del brazo.

Permanecen media hora allí, bajo un sol radiante. Cuando van a regresar, Manuel dice que prefiere quedarse un poco más. Durante los dos días siguientes, sin moverse de allí salvo para regresar por las noches al hotel, Manuel no sale del cementerio.

En el atardecer del segundo día, sus pensamientos son turbios. Entre las oraciones, las escenas que le asaltan y las que busca intencionadamente, se ha conducido hasta la noche en que leyó el discurso de ingreso en la Academia, en la que tendría que haber compartido su asiento con Antonio. Quizá el viento húmedo y cortante que se ha levantado desde el mar puede haberle traído, a su recuerdo, aquella lluvia fina de la madrugada en San Sebastián, cuando se quedó solo, derrotado al final por el vino y el whisky. Había salido con los demás del banquete en su honor en el restaurante del hotel María Cristina y había subido a su habitación; pero, en el último momento, antes de abrir la puerta, imaginando a Eulalia, que fue la primera en retirarse, dormida al otro lado, decidió bajar al bar a tomarse una copa. A la alegría inicial había seguido un desencanto que acabó convirtiéndose en angustia, aunque se encontrara rodeado de nuevos amigos y Pemán estuviera tan atento con él. Por eso no podía pensar en encerrarse entre cuatro paredes y dormir. No había nadie con quien beber, pero se tomó media botella de bourbon entre pensamientos lúgubres. Ya mareado, decidió que sólo conseguiría relajarse dando un paseo.

Ni siquiera recogió su abrigo del ropero del vestíbulo, porque se sintió acalorado. Fuera, la lluvia leve lo hizo despertar: de pronto se encontró perdido en una plaza, la cruzó y llegó a la basílica, cuya visión nocturna lo paralizó. Se dejó caer en un banco, se deshizo el nudo de la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa. Una angustia agria le ascendió desde el estómago: tanto que se dobló hacia delante, tratando de sostenerse la cabeza entre las manos, poco antes de escuchar un sonido de pasos que corrían hacia él y recibir el primer golpe en la cabeza, que lo derribó sobre el pavimento y lo dejó con la cara en un charco.

Ahora, en su memoria, erguido pese a llevar varias horas en el cementerio, vuelve a escuchar las exclamaciones y susurros, los lamentos entrecortados y el forcejeo de impactos sobre cuerpos, hasta que unas manos mucho más fuertes que las suyas lo levantan con facilidad del suelo y lo vuelven a sentar en el banco.

—Manuel —escucha decir—, ya es muy tarde y hace frío. Será mejor volver al hotel.

Reconoce tras él los pasos que han venido a buscarlo al cementerio. Es entonces cuando se disipa, casi un año después, la niebla de aquella noche: su memoria vuelve a iluminar aquel

momento desde el presente, al unir el recuerdo de una cara a su voz.

El tercer día, Manuel ya no regresa al cementerio. Desayuna temprano con Eulalia y, cuando se encuentran con Matea y José, a media mañana, pide a su hermano que lo acompañe en el mismo paseo que dio con Antonio la última vez que salió del hotel. Se despiden de las mujeres y le pide a Raúl que se quede con Eulalia, porque prefiere estar solo con Pepe. Bajan hasta la playa y se descalzan, andando por la arena hasta unas barcas. En una de ellas, amarilla y brillante, con una franja roja que la recorre, se sientan los dos. El sol del mediodía casi no da calor y los dos hermanos sienten, como José escribirá luego, que sus cuerpos entierran sus sombras bajo los pies. Parece que no tienen demasiado que decirse; pero permanecen juntos, oteando el horizonte, con palabras invisibles establecidas entre ellos con la misma cadencia de las olas que llegan y parecen llevarlos, como si en ese instante ninguno de los dos tuviera que elegir un camino, porque el único sentido es dejarse dorar y asistir al silencio que también los une.

—¿Te acuerdas de aquella tarde en el Varela —comienza José—, una de las últimas, en la que vino ese periodista joven que os admiraba tanto, especialmente a Antonio? No recuerdo su nombre, pero sí que era muy amigo de Gregorio Marañón, como vosotros.

Manuel asiente, mientras se fija en unas casitas de pescadores, con las redes sobre las fachadas, que parecen de harina bajo la plenitud del mediodía.

—Miguel Pérez-Ferrero, sí. ¿Por qué te has acordado ahora de él?

—Pues —continúa José, enterrando y sacando los pies de la arena, y dejándola caer despacio—. Hubo un momento en que te levantaste, porque fuiste a hablar con Aurelio, el pianista, creo que a pedirle una canción. En ese momento, el periodista, ese Pérez-Ferrero, aprovechó para decirle a Antonio que pensaba escribir una biografía sobre él, y que iba a necesitar hacerle unas entrevistas. ¿Y sabes lo que le respondió nuestro hermano?

Manuel mira fijamente a Pepe, lazarillo fiel de Antonio hasta el final, que lo había acompañado en ese mismo paseo, hace una semana, pasando por delante de las mismas casitas de pescadores con ventanas pequeñas en las que, probablemente, habría sido posible para ellos una vida tranquila.

—No, no lo sé.

—Antonio le contestó rápidamente, y te aseguro que no necesitó ni un segundo para pensarlo: por supuesto que aceptaba, pero con una condición. La biografía que escribiera no podría ser únicamente sobre él, sino que debía tratar sobre vosotros dos. Mi vida sólo se entiende si

la cuentas en paralelo con la de mi hermano Manuel. Eso le dijo. Así que tú serás un nuevo Plutarco, y tu biografía podría titularse *Vida de Manuel y Antonio Machado*.

Manuel aprieta las manos en el borde de la barca y cierra los ojos. Cuando los abre, distingue entre el oleaje, lejos de la orilla, pero visibles sobre la espuma, un grupo de delfines que entra y sale del agua.

—Mira —le indica a José—. ¿Puedes verlos?

Su hermano asiente, y los dos sonríen.

Bajo ese sol de infancia de las viejas historias familiares, recuerdan la preferida de todos los hermanos, sobre todo de Antonio: la de los delfines del Guadalquivir que, a favor de la corriente, se habían dejado llevar y habían llegado hasta Sevilla. Fue un día de cielo abierto, muy parecido a este, en el que mucha gente acudió al río a disfrutar de ese espectáculo. Entre esa multitud estaban sus padres, jóvenes aún, que ese día se vieron por primera vez.

Desandan el camino por la orilla, hundiendo los pies en la arena, movediza bajo sus pisadas, hasta dejar atrás la hilera de barcas y remontar la cuesta hacia el pueblo. Cuando llegan al hotel, la fachada reluce bajo el sol; tanto que no distinguen del todo las siluetas de Eulalia y Matea, brillantes y borrosas. Raúl los observa con los brazos cruzados, apoyado en la puerta el Bugatti azul y negro, aparcado en la entrada y todavía con el motor apagado. Justo en el instante en que los ve llegar, pesados y lentos, los delfines se pierden en el mar y ya no vuelven a verse tan cerca de la playa.